

RAUL SILVA CASTRO

VISION

DE

U

S

A

ZIG-ZAG

VISION DE USA

COLECCION HISTORIA Y DOCUMENTOS

© Empresa Editora
Zig-Zag, S. A. 1964.
Derechos reservados
para todos los países.
Inscripción N.º 28622.
Santiago de Chile.
1964.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

RAUL SILVA CASTRO

VISION DE USA

Z I G - Z A G

DOS PALABRAS

SÓLO DOS palabras para explicar el título de este libro: VISIÓN DE USA. He vivido algo así como veinte meses en los Estados Unidos, durante los cuales conocí de preferencia ciudades de la costa del océano Pacífico y del golfo de México, recorrí los Parques Nacionales y me asomé a Nueva York. Estas páginas son apuntes rápidas, hechas como para un diario de viaje. No hay trabazón cronológica estricta en ellas, pero sí temas a los cuales el autor se aproxima, una vez y otra, con el ánimo de comprender bien.

En los países de origen español se ha difundido mucho la imagen risible del periodista norteamericano que pasa unas pocas horas en el hotel de mayor viso, tomando tragos con otros sujetos de su misma lengua, y al cabo de tan superficial trato con la nación de que nada sabe, se anima a escribir —¡y escribe de verdad!— un capítulo o un libro entero sobre aquellas cosas que apenas entrevió. La literatura norteamericana está repleta de libros así, al través de cuyas imágenes se forma el criterio del hombre medio en lo que toca a las naciones del hemisferio austral. Para semejantes observadores, Chile sería un país repleto de vacas y de trigo, donde unos señores muy adinerados ejercerían todos los cargos públicos, sin otro interés que el de mantener indefinidamente en pie sus fortunas y la posición

social y política a que ellas les abren camino. En medio de aquel extraño país, con latifundios a porfía, existirían como oasis las minas de cobre, donde el tesón y la ciencia técnica del capital norteamericano habrían establecido una escuela práctica de trabajo. Porque el norteamericano típico cree que sólo él sabe trabajar en el mundo y que todos los demás seres humanos se pierden en el ocio...

No sigamos. No vale la pena. Lo que sí quería decir es que las observaciones de este libro han sido podadas y recortadas de sus obvias implicaciones, por el temor de errar. El autor, en suma, no ha querido imitar en nada al viajero frívolo, de modo que no generaliza, no dice nada que pase más allá de lo que cualquier viajero despierto puede ver. Una pequeña anécdota permitirá establecer todavía mejor lo que venimos diciendo.

Llegó un día a Nueva York el célebre arquitecto Le Corbusier, y como manifestara interés por hacer un estudio detenido de la urbanización de la ciudad, se le proporcionaron antecedentes de toda índole para informarle. Entre ellos iban las estadísticas demográficas, donde Le Corbusier, con grande asombro, descubrió que de las causas de divorcio que se habían despachado en la ciudad, en el curso de un año determinado, el 98 por ciento era por adulterio, y sólo el 2 por ciento restante correspondía a motivos propiamente jurídicos, como errores de forma, nombres falsos, etc. Armado de tan fenomenal descubrimiento, Le Corbusier quiso hacer un diagnóstico rápido de la situación, y al escribir sobre Nueva York asentó que la existencia en esta ciudad era de tal modo incómoda y angustiosa, que conducía inevitablemente al adulterio.

Menos amigos de generalizar, nosotros hemos estudiado el asunto, y con las mismas estadísticas en la mano podemos refutar a Le Corbusier. El adulterio es la única causal subjetiva de divorcio que acepta la legislación del

Estado de Nueva York, y en consecuencia no es la forma de vida de esa ciudad la que produce el adulterio.

Por los motivos citados, este libro ha sido escrito con mucha timidez, poniéndose el autor a la defensiva y tratando de no comprometerse con inferencias que salgan del ámbito de la observación inmediata. Pero, eso sí, el autor se jacta de ser muy observador y de ver, en los países que visita, muchas cosas que pasan inadvertidas al ojo corriente. Y tiene también alguna destreza. Este viaje a los Estados Unidos, de 1961 a 1963, no es el primero que ha hecho, ya que antes, en 1942, fue invitado por el Departamento de Estado a un recorrido circular, que le permitió conocer las principales ciudades del país, y dentro de ellas, bibliotecas, periódicos, museos, templos, parques, residencias de categoría, etc., programa en fin con el cual se logra una excelente aproximación a la enorme variedad que es el país, gigantesco por las dimensiones materiales, y asimismo gigantesco por el desarrollo que en él han cobrado las instituciones de cultura.

En el fondo de las observaciones que aquí se hacen, hay a menudo comparaciones implícitas, entre lo que se podía ver en 1942 y lo que era dable contemplar veinte años después. El resultado es abrumador. Estados Unidos sigue captando en todo el mundo lo que le agrada e interesa, adquiriendo, conservando. Los tesoros de sus colecciones de arte son, salvo alguna excepción, los más ricos del mundo, y el ritmo de su enriquecimiento es hoy más acentuado que ayer. A esto deben agregarse, en fin, en plano más casero, la comodidad del vivir cotidiano, la puntualidad, la perfección de ciertos servicios, la honestidad de todos los tratos, la eliminación casi absoluta de la desconfianza, como rasgos con los cuales el pueblo norteamericano enseña a los demás del mundo la verdadera dimensión de su riqueza espiritual.

VISIÓN DE USA no pretende haber hallado ninguna novedad en todo esto, pero sí quiere reservarse el privilegio de expresarlo dignamente, en forma pausada, sin arrebatos, con buen humor, inclusive con algunas templadas restricciones, ya que en esa nación, como en cualquiera otra, el viajero suele sentirse desorientado o incómodo, hasta que entiende el verdadero sentido de lo que le sale al paso.

Como en este libro, en fin, se menciona algunas veces el nombre de John F. Kennedy, Presidente de los Estados Unidos hasta fines de 1963, debe hacerse la advertencia de que se le juzga o considera sólo en calidad de gobernante, y que cualquier inferencia que pudiera ser ingrata a la memoria del estadista arrebatado a la vida en la flor de sus años, no puede justificarse en las palabras propias del texto.

SAN FRANCISCO Y SU REGION

SANTOS Y PECADORES

VAGANDO por las tierras de California, llama no poco la atención la abundancia de nombres de santos que se halla en las ciudades y calles, todo lo cual forma cierta contradicción con los hábitos usuales del mundo circundante, donde, para decirlo en breves términos, domina antes la saciedad de la gula y de la lujuria que el ascetismo. San Anselmo, San Bernardino y San Bruno hacen cortejo a Santa Paula, Santa Rosa y Santa Clara, sin olvidar por cierto a Santa Bárbara, San Carlos, San Clemente y San Diego. La toponimia nos mete de rondón en la corte celestial, y nos asoma a un cachito de gloria.

Pero de tejas abajo la cosa es muy diferente. Recordaba alguien el otro día, en una tertulia, que San Francisco, el puerto de California, lleva ese nombre en recuerdo de San Francisco, el de Asís, fundador de la orden, que también lo conserva; y recordaba, asimismo, que forman parte del tesoro mostrenco de la lengua expresiones que recuerdan los usos y la prédica del santo: se habla de la pobreza franciscana, y se presume que ella forma parte de toda una doctrina de renunciamiento y abstención ante los placeres de la vida. Sin ahondar en el tema, se supone que en el sentir franciscano son preferibles aquella pobreza, la castidad, la sencillez y la humildad, a los sentimientos y pasio-

nes opósitās: la riqueza, la concupiscencia de la carne, la complicación y la soberbia. Y si recorre uno las calles de San Francisco, y se detiene en algunos de sus vericuetos urbanos, ¿qué halla? ¿Quién vive aquí, San Francisco en su tosco sayal u otro príncipe o arcángel de quien por el momento no queremos dar el nombre?

Vamos viendo. San Francisco es, desde luego, el paraíso gastronómico de los Estados Unidos, desde el Fisherman's Wharf hasta las más recoletas *boîtes* en los hoteles de lujo. La variedad cosmopolita de los guisos, donde se cocina ya a la húngara, a la japonesa, a la china, a la india, ya a la noruega, a la española y a la italiana, pone continuo cerco al hombre afecto al ascetismo, o por cortedad de bolsillo o por sobra de años. San Francisco, el otro, el santo, mezclaba sus alimentos con ceniza para no incurrir en el delito de gustar golosamente del manjar que estaba destinado sólo a mantener en sus cuatro pies al "hermano asno", es decir, la sucia vestidura de carne que lleva el alma en su tránsito por el mundo. Este San Francisco, el de las colinas, come concienzudamente sus platillos internacionales, sin perjuicio de anunciarlos y de trompetearlos.

Porque San Francisco es, además, una ciudad algo estruendosa, de psicología en que ciertas partículas de ingenuo orgullo entonan muy bien con el conjunto. Es una ciudad que ha respondido victoriosamente a muy graves desafíos; en 1906, un terremoto la arrasó, y en las ruinas, además floreció el incendio con sus rosas rojas, violentas, insaciables. Era el tiempo de la luz de gas, y el terremoto partió las cañerías y dejó en libertad el combustible. El hecho es que las casas que habían sobrevivido siquiera parcialmente al terremoto, hubieron de ceder al fuego. Todo quedó en ruinas. Quien la vea hoy, tan airosa, tan empinada sobre sus colinas, tan abastecida de luces, tan limpia,

con tan lindos jardines, con soberbios edificios públicos, conservando como reliquia unos cuantos de sus viejos tranvías tirados por alambres, bien puede justificar algunos de los rasgos de la psicología franciscana, que otros observadores menos prevenidos pudieran juzgar con escasa benevolencia. Pero es que el habitante de San Francisco vive en el aire, suspendido sobre las aristas de sus colinas, siempre en peligro de caer al agua, rodando, rodando si se descuida, si vacila el pulso, si el ánimo se acobarda...

El hecho es que sobre una superficie que ondula y se quiebra, donde las calles reptan y no se arremansan, entre nieblas y atroces vientos, San Francisco canta. Hay amores transitorios, arrebujados en los *motels*, donde se pregunta muy poco al peregrino, a condición de que vaya acompañado; hay una calle Broadway, que en algunas cuadras de su recorrido ostenta rincones de fama turbia. Allí, pues, San Francisco entona sus canciones de arrabal, tal vez melancólicas, en todo caso encanalladas.

La verdad es que hay que tener el oído claro para oír el son de estas cancioncillas, musitadas a menudo desde el sombrío interior de las *boîtes*. Las pasiones fomentadas al calor del encierro no siempre se atreven a exhibirse extramuros, y una atmósfera tibia, de voluptuosidades recónditas, se forma para compensar el frío de fuera, sometido a las violentas rachas de la ventolina que corona y acaricia los cerros. Perfectamente satisfecho de lo que hace, San Francisco no cultiva ya el amor del pardo sayal, ni adoba sus platos con ceniza; no hace penitencia, no usa cilicio, no odia la carne ni condena los placeres. Todo lo contrario. Quien vague por el mundo, desaforado, buscando algo exótico y picante, algo provocativo, algo fuerte, para excitar paladares ya estragados, tal vez lo halle en San Francisco, no en balde tradicional refugio de muchos desterrados voluntarios. Como la luz del sol les era hostil, aquí, en la

sombra, creen hallar la muda correspondencia, el apretón de manos tribal, el signo sutil de inteligente complicidad, tras el cual recorrieron tantos países.

Si del santo de Asís tiene San Francisco tan poco, ¿no podría ya procederse a llamarle Sodoma, sin tapujos ni sobresaltos?

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¿ CALLES O SERPENTINAS ?

VENGO llegando de San Francisco, la ciudad más importante de California y el principal puerto del océano Pacífico. Dentro de Estados Unidos ocupa, además, lugar aparte por la vida intensa y regocijada que allí se hace. En días pasados se inauguró la temporada de ópera y los diarios llenaron columnas describiendo los trajes de las damas que se habían apretujado en el teatro para oír, una vez más, los compases de *Lucía de Lammermoor*. Esta vis mundana, dentro de la cual naturalmente pueden descollar sólo hombres de grandes fortunas, es uno de los rasgos característicos de San Francisco.

A un ser de cortos recursos, por lo demás, no se le alcanzan estos detalles de la existencia elegante de San Francisco, sino al través de las publicaciones de la prensa, la cual, dicho sea de paso, es bastante generosa en su relación. A los pobres les quedan el espectáculo de la calle, la arquitectura de los edificios, el pintoresco tranvía, los rincones típicos, como el barrio chino, hoy esplendoroso de nuevo, después de varios años de notoria decadencia... Y se puede asegurar que también esto es llamativo. Sin pretender, pues, escuchar la ópera entre la gente rica, podemos pasear por las calles, subir y bajar y contemplar los escaparates y al pueblo que entra y sale en las tiendas. Fascinante espectáculo, ciertamente.

Al señor que os diga que en Estados Unidos la gente se viste mal, podéis asegurarle que jamás asomó las narices por San Francisco, porque allí en una sola cuadra del opulento centro que rodea a la Union Square, en pocos minutos verá docenas y centenares de bellas mujeres vestidas en forma primorosa. Esta vez la moda exige que la mujer corone su estructura con sombreros de gran vuelo, generalmente de piel o de géneros peludos. Es verdad que no todas las damas los llevan, y que especialmente las jovencitas parecen encontrarse muy bien sin ellos; pero las señoras de alguna edad completan armoniosamente su garbo con estos cilindros hirsutos, que las yerguen en su prócer estatura y les añaden encanto y distinción.

Por lo demás, con este detalle indumentario, el pueblo de los Estados Unidos muestra muy a las claras cuán práctico es. En San Francisco soplan, generalmente, brisas muy intensas, que de pronto hacen bajar la temperatura y que en todo caso destruirían el peinado. La mujer opta, pues, por el sombrero para proteger sus rizos y no ofrecer, a poco de andar por la calle, aspecto de Magdalena.

Después de haber cruzado el airoso puente que lleva de Berkeley y Oakland a San Francisco, se plantea el grave problema de estacionar el automóvil; pero esta vez no cuesta nada resolverlo. No bastando en San Francisco, ciudad estrecha, los espacios de la calle misma, se han estado construyendo edificios especiales para que allí espere el automóvil. Uno de ellos, ubicado en la convergencia de las calles Sutter y Stockton, ofrece seis pisos para el estacionamiento, más una terraza, en la cual también suelen aceptarse vehículos. Hay que pagar por el espacio, pero todo ello es tan cómodo, seguro, expedito, que la tarifa parece corta ante la comodidad del servicio.

Dejado, pues, el automóvil en sitio seguro, donde nadie rayará su barniz recién salido de la usina, quedan libres las

piernas para ir, calle abajo, calle arriba, al seductor barrio chino. Pero antes, si os gusta, nos detendremos en un bar algo oscuro a paladear una cerveza; o, si os parece preferible, entraremos al Sheraton a contemplar la galería de joyas que presenta Salvador Dalí... En San Francisco hay de todo, y el comercio es de tal vuelo, tan opulento en sus manifestaciones, tan rico, tan variado, presentado con tanto primor, que termina uno por encontrar barato todo lo que allí se nos ofrece. Si la prisa no os domina, fijad un poco la atención en la superficie de las calles, pulida como a mano, o en la señalización del tránsito, que evita todas las dudas posibles... En San Francisco se han debido vencer dificultades tales, que el ingenio humano, exigido al máximo, rinde y sigue rindiendo. Las calles...

Pero merecen, por cierto, párrafo aparte esas calles que suben y bajan, que se detienen en terrazas, pero que trepan de nuevo, en pendiente de tal rigidez, que cuesta imaginarse que haya automóviles capaces de vencerlas. Allí han debido establecerse márgenes de seguridad para que los vehículos no choquen, y la amplitud de los cruces permite dar a los conductores la visibilidad necesaria para que la calle no se convierta en un campo de Agramante. Y no se convierte; sino todo lo contrario. En la calle reina la mayor cortesía, y todos parecen ansiosos de cederse el paso. La cuesta empinada del brusco recodo, la sorpresa que suele hallarse en la ceja misma de la colina, inclinan a todos los automovilistas de San Francisco a ser afables y resignados, pacientes y solícitos.

Pero no todo ha de ser andar en automóvil, ya que al fin y al cabo en San Francisco hay muchas cosas que sólo pueden dominarse si se anda a pie. El barrio chino, desde luego, es una de ellas. El rito exige entrar en cada una de las tiendas, ver lo que se ofrece y seguir de largo. Miles de chucherías se hacinan en prolijas exposiciones, donde, na-

turalmente, lo que primero se domina es lo trivial, lo feo, lo de fantasía heteróclita, que lo mismo pudo producirse en Hamburgo como en Cleveland. No es lo único, gracias a Dios. En medio de tantas tiendas desplegadas para vender baratos *souvenirs* a todos los paseantes, hay algunas donde el jade allega su color transparente, el mueble de teca sus líneas impecables, la seda sus diseños... Nos hemos olvidado del marfil, acaso; no, no nos hemos olvidado; lo que sí pasa es que el marfil, como ciertas porcelanas muy escogidas, no sale ya del Oriente, y no va al encuentro del aficionado, sino en ciertos rincones donde hay contrabando. Y en San Francisco el contrabando no se conoce.

Si la tarde ha corrido y se nos ocurre pasar por el puente cuando la noche cae, sentiremos, ahora sí, la prisa que domina a este pueblo. Porque ese puente es tan bello, y el espectáculo que se domina desde sus alturas tan amplio y variado, que echamos de menos la posibilidad de sujetar en él, siquiera por unos minutos, la emoción que produce aquella travesía. El puente con sus columnas, sus tirantes, sus plataformas, sus estribos gigantescos, aparece iluminado por los destellos del sol que cae. Por el cielo vuelan aviones militares de sordo zumbido; luces de colores varios se ven en las islas, en las costas del oriente, y de San Francisco sube a lo alto el vaho rojizo de la gran ciudad, para revestir las nubes que habitualmente la cercan, y que ahora acarician las agujas de los encumbrados edificios. Es una sinfonía, en la cual no falta ni siquiera el ligero temblor que lleva el viento a las cuerdas de acero del puente, estremecidas como las de un arpa.

LA ORACION ES INFINITA

LA CIUDAD de San Francisco aparece cortada, de lo alto de la sierra hasta el mar, por un gran parque llamado Golden Gate, donde habitualmente se hacina el pueblo para disfrutar del descanso. Bien pavimentadas avenidas lo cruzan, y campos de césped se ofrecen al juego de los chicos. Las familias van allí, los días festivos, con mantas para tenderse en el suelo y algunos comistrajos para entretener el diente. Un día vimos junto al automóvil detenido en la acera, a la sombra de árboles venerables, a una dama que había instalado una silla plegadiza y que pacienzudamente reanudaba su tejido de lana. Por sus años, bien podría ser la hacendosa abuelita que ofrecerá un chaleco de abrigo a su nieto cuando éste cumpla los doce primeros meses de su vida...

En aquel ambiente idílico, en un día claro, de sol algo ardiente, pero a ratos temperado por el viento impetuoso, arremolinado, caprichoso, se acaba de realizar una enorme manifestación popular, con escasos precedentes en la vida de San Francisco. La multitud allí congregada no fue a deleitarse con las proezas de los campeones deportivos de que tanto se habla, ni pudo disfrutar pasivamente del aire que circula por entre las ramas de los árboles, no sin contagiarse de su aroma. Quinientas mil personas, según cálculos muy prudentes, se aglomeraron allí para oír rezar al

padre Peyton, y para seguirle, por su cuenta, en un gigantesco rosario presidido por el grito de guerra que ha hecho suyo el animoso irlandés: "La familia que ora unida, permanece unida".

A Peyton se le conoce en Chile, como en otras partes, porque en su cruzada se ha propuesto recorrer todos los países anunciando la buena nueva, esta reviviscencia de la fe a que dedica sus fuerzas. En los Estados Unidos se insiste mucho en que tiene cincuenta y dos años, es sobreviviente de una gravísima crisis de salud, carga blancos cabellos y es grande y fuerte como una torre. Para llegar a tiempo al parque de la cita, el padre Peyton hizo uso del helicóptero, y así y todo, en la parte final de su recorrido, hubo de ser defendido por un grupo de voluntarios, ante el asalto de los fieles que anhelaban estrecharle las manos, y que, entre sollozos, le contaban sus cuitas. El, por su parte, es la sencillez misma. Habla sólo de orar; a cada paso expresa su gratitud a Dios, y allí, en el Golden Gate Park, apenas hubo divisado aquella impresionante muchedumbre, habló de "un océano de amor", justo premio de su entusiasmo por la cruz.

Las familias habían acudido a la cita desde todos los puntos cardinales, y las autoridades tomaron medidas para proteger su llegada y su evacuación, ésta siempre más difícil. Normalmente, las calles del centro de toda ciudad norteamericana están llenas de automóviles, y algunos miles de éstos quedan estacionados en solares ad hoc y aun en edificios de varios pisos. Si a esto se agrega la cita del Golden Gate Park, bien podía esperarse una gravísima congestión del tránsito, con detenciones de horas en todos aquellos puntos críticos en que las calles, aun anchas como son las de San Francisco, resultan estrechas para tanto vehículo. Nada de esto ocurrió. Las medidas de emergencia fueron tales, que todo pasó con ejemplar facilidad.

En el centro del parque, iluminadas por el sol de la tarde, aquellas quinientas mil criaturas, muchas de las cuales se mantuvieron de rodillas durante todo el tiempo, atornaban el espacio con sus preces. El padre Peyton, elevado en una tribuna, junto a una gigantesca imagen de la Virgen María, les dirigió la palabra en términos encendidos. El no promete nada, ni afirma nada que salga del terreno común, de modo que en sustancia su discurso se reduce a pedir a sus hermanos allí congregados que oren, que oren mucho, que adquieran el hábito de hacer sus oraciones en familia, todos unidos siempre, porque la oración, tal como Dios lo ha prometido, es un instrumento de contacto entre Este y el hombre; un canal, un conducto del espíritu, que permite restablecer, cuando es necesario, la comunicación filial que toca al hijo con el padre. Una vez alentada la multitud en aquella doctrina clara, precisa, sin misterio de ninguna clase, vino la parte más impresionante de la cita. Invitados por el padre Peyton y guiados, los más vecinos, por su potente voz, aquellos quinientos mil seres recitaron al unísono los padrenuestros y las avemarías que componen el rosario, siguiendo los más, con los dedos, el curso de las cuentas en que se inscriben las diversas etapas del rezo.

Un poeta nuestro, Andrés Bello, dijo ya hace más de un siglo:

*La oración es infinita,
nada agota su caudal,*

y cabe recordarlo ahora, en presencia de estos actos de fe, en los cuales se configura el portentoso ascenso que cobra, dentro del pueblo de los Estados Unidos, la fe católica. El dicho del poeta se aplica, por lo pronto, indistintamente, al hombre a solas con su conciencia y al hombre en masa,

en una vasta multitud. En este último caso, sin embargo, hay corrientes ocultas de simpatía y entusiasmo que se van formando al calor de la reunión, que permiten soportar la fatiga y la tensión nerviosa, y que convierten en minutos las horas. Unas cuantas docenas de fieles cayeron desmayados al suelo porque se habían insolado en la espera. Otros acudían presurosos en su auxilio y se los llevaban, en silencio, hasta donde podía aliviárseles. Las falanges dejaban paso; todos se entendían con señas; nadie alzaba la voz, y el murmullo era la consigna.

Y todo este silencio, ¿por qué? Nada más que porque el padre Peyton, instalado en un altillo, junto a la imagen de su Señora y Reina, había iniciado las oraciones del rosario. El viento que jugueteaba entre las ramas y entre los hombres hacinados, que retorció las tocas de las monjas y enredaba el pelo de las chicas, levantaba de pronto la invocación: "Padre Nuestro que estás en los cielos", para dejarla caer en seguida, y para que el insistente alarido de la muchedumbre se trocara en susurro apenas audible. Pero de nuevo el viento, travieso compañero de las gentes, volvía a hinchar el campo con la voz de la multitud, y se oía, clamorosa, la invocación: "sin pecado concebida". Y entonces, mirando a la Virgen María, petrificada en su sonrisa milenaria, parecía posible percibir un gesto nuevo de asentimiento y de gracia.

Había oído, y su misericordia descendía sobre aquella multitud arrodillada para convencerla de que orar con fe nunca es perdido en ese océano de amor que Dios ha querido formar con sus criaturas.

UN ADIOS PARA ALCATRAZ

CUANDO se llega a San Francisco y se pretende abarcar el espectáculo de la bahía, y para ello se trepa a una eminencia adecuada, como Telegraph Hill, llaman la atención las islas dispersas en el agua. Están quietas, pero en algunos instantes parecen flotar, cuando se asoman a la vista entre los desgarrones de la niebla, o cuando, al caer de la tarde, las luces se encienden en unas antes que en otras. Y entre esas islas, la más próxima a la ciudad, la que mejor se ofrece a las miradas, está coronada por un castillo de amarillas paredes, donde diversas estructuras se superponen. Si la miramos más de cerca, rodeándola por el agua, podemos ver algunas de sus muchas instalaciones, con chimeneas de que se escapa, liviano, el humo azul.

Es la isla Alcatraz, famoso presidio del país, reservado a los más peligrosos criminales.

Lo rodea la leyenda de ser inviolable, y efectivamente, en los muchos años de su ocupación con tal presidio, de nadie ha podido decirse que salió con vida de él si para ello creyó conveniente hacer uso del engaño, de la astucia o de la fuerza. Los prófugos fueron siempre habidos por la justicia, y algunos que desaparecieron para siempre se presumen devorados por el mar mismo. Y no es que la distancia a la costa sea muy grande, sino que se habla de corrientes que los nadadores no son capaces de vencer.

Las construcciones del castillo ocupan toda la parte útil de la isla, y de allí hasta el agua siguen barrancos muy escarpados, rejas con circuitos de alarma, torres de vigilancia y muchas otras defensas que tienen por objeto asegurar a los presos en su clausura. Y si el turista puede contemplar la isla y para verla mejor armarse de un antejo, que la acerca y permite dominar los detalles más pequeños, del mismo modo los presos también disponen de instrumentos ópticos para ver a distancia, y los emplean para contemplar la ciudad vecina y sus alrededores. Tiene San Francisco la ventaja de que está construida sobre los cerros hasta la cúspide, de modo que sus calles suben, bajan, vuelven a subir, y ofrecen las más variadas perspectivas. Merced a ello, pues, los convictos de Alcatraz ven a los habitantes de San Francisco en sus quehaceres diarios.

En la región del puerto ven llegar y salir barcos, los cuales perezosamente se deslizan hasta ocupar el sitio que les ha sido asignado en los muelles. Otros que siguen hacia el norte doblan para salir al mar libre, al océano Pacífico, bajo la estructura de hierro del puente Golden Gate, no pintado de oro como sugiere su nombre, sino de rojo azarcón. Algunos de ellos se pierden tras la isla del Angel, para aparecer de nuevo rumbo a San Rafael o más al interior, porque aquella enorme bahía que se complica con la desembocadura de los ríos, tiene no pocos puertos disponibles para diversas especialidades, inclusive el petróleo. Otros más son, en fin, embarcaciones de menor calado, que se quedan entre las islas, se detienen, lanzan los aparejos de pescar, esperan el resultado, y si éste es bueno, vuelven a San Francisco, donde un rincón especial los está esperando: el famoso muelle de los pescadores.

Allí, mientras los cangrejos hierven en calderos instalados en la propia calle, y los aficionados a la cosecha del mar pueden gustar sin intermediario alguno de la almeja

y del ostión, están asimismo los grandes restaurantes que llevan nombres italianos, y a los cuales caen en grandes bandadas, de día y de noche, los turistas. Todo les parece muy exótico, porque en esos sitios se sirve el crujiente pan francés, que goza de gran predicamento entre los golosos de esta tierra, y se tienta el paladar con delicados vinos de Francia, de Alemania y de Chile.

Los huéspedes de Alcatraz pueden divisar también, desde las galerías de su encumbrado castillo, algunos rincones del barrio chino, que sigue las ondulaciones de la ciudad, hasta caer en el plan, en un barrio bohemio que es famoso en todo el país. Sobre estas pequeñas estructuras dominan, claro está, la torre del puerto con su iluminado reloj, el edificio de Zellerbach, el más alto de San Francisco, y los picos del edificio de Hearst y de los hoteles que marcan el rumbo de la calle Market y la concentración de la Union Square. Hay mapas planos y en relieve. El mapa en relieve de San Francisco, que se domina desde Alcatraz, es sin duda el más bello, el más pintoresco de todos.

A condición, eso sí, de que no olvidemos el puente que une a San Francisco y a Oakland, tendido a lo ancho de la bahía con diferencias notables de estructura, que perfora la Isla del Tesoro por un túnel, y que aparece a toda hora del día y de la noche ocupado por interminables rosarios de automóviles, camiones y buses, en sus dos plataformas o superficies. Y es ahí, en el puente a veces sacudido por violentas ráfagas, donde mejor puede advertirse la pujanza de este rincón de los Estados Unidos, donde la belleza física de los contornos geográficos se dobla con la nota de arte que añadió el hombre, el color de los edificios, los relieves de las cosas y el movimiento, el constante movimiento de seres que van y que vienen.

¿Para qué? Y el hombre que desde Alcatraz mira aquella corriente constante es el menos indicado para entender

el intrínquilis. En la quietud de la prisión, con horas fijas de rancho y de recogida, todo puede entenderse mejor que ese movimiento de fuera, que debe parecer simple y vulgar locura.

Pero todo esto pertenece ya al pasado. La isla Alcatraz acaba de ser desalojada de sus forzosos huéspedes, y éstos, distribuidos en otras prisiones que se presumen tan inviolables como la otra. El aire salino del mar había corroído el metal con que fue forjado el concreto de los muros, y habría sido preciso llevar a cabo costosísimas obras para mantener en pie la leyenda de la prisión inviolable. Los costos estaban también por las nubes, y Alcatraz exigía al tesoro federal, por cada penado, trece dólares diarios, esto es, lo que se paga en un hotel y no de última categoría...

Pero Alcatraz sigue en su sitio, y flotando a la deriva en el mar interior de San Francisco, haciendo soñar a los turistas y a los viajeros, despertando curiosidad y emoción, seguirá cumpliendo el más bello de sus papeles, el de completar la decoración de la bahía junto al cielo azul, a las gaviotas, a los barcos de sirena ululante y a los puentes que se lanzan al aire para caer, en seguida, mansamente en la tierra firme que los espera.

EL REPOSO DEL LAGO

EN LOS últimos días he contemplado algunos millones de árboles que son, naturalmente, unos pocos de los que crecen en los Estados Unidos. Para ir a Lake Tahoe es preciso salir de Berkeley, rumbo al norte, torcer al oriente, atravesar el valle de San Joaquín, y, en seguida, emprender la ruta montañesa que perfora los senos de la Sierra Nevada. La región está llena de nombres castellanos, y algunos, sin duda, proceden de los pobladores mexicanos y chilenos que tuvo en los días de la fiebre del oro. La capital del Estado se llama nada menos que Sacramento; cae junto al río del mismo nombre, y es uno de los principales centros agrícolas de la nación.

Pero allí hay pocos árboles. Una agricultura de selección muestra, de vez en cuando, plantaciones frutales, si bien lo que domina es la llanura calva, planísima, con riego artificial, donde se cultivan cebollas, tomates y otros productos de la tierra, que van a ir a dar a las fábricas de conservas y a los mercados. Los árboles vienen después, en las estribaciones de la Sierra Nevada. Alguien decía si se parecían esta sierra y la cordillera de los Andes, y fue preciso confesar que no. La Sierra Nevada está cubierta de vegetación, y sólo se alzan picos desnudos en algunos puntos en que la masa roqueña forma enormes paredes verticales, donde ningún árbol arraigaría. Uno de esos sitios cae pre-

cisamente junto al lago Tahoe, en el rincón llamado Emerald Bay. La quietud de las aguas verdes de este sitio, cerrado en sí mismo como una herradura, combina muy bien con el vertiginoso despeñadero de las rocas, donde tremendos cataclismos geológicos parecen haber impreso su huella secular.

Todo aquello, convulsionado, con las rocas peladas por la lluvia y el agua que surge de las nieves invernales, es de una trágica grandeza. En cambio, en el lago domina una placidez increíble. Es verdad que estamos en pleno otoño, y que no todos los vecinos de la región tienen sus casas abiertas: las avenidas están abandonadas al aire y al sol, y en las playas, congestionadas de bañistas en el verano, no se ve hoy a nadie. Se tiende la mirada hacia el horizonte y se dominan las estribaciones de la orilla opuesta del lago. Todo parece desierto. En lo más vecino se ven jardines, cuevas, pendientes, senderos y bellas casas escondidas entre la verdura. Algunas mariposas surgen de improviso entre los árboles, y tímidas ardillas corren a saltitos, asustadas por el ruido que hacemos los humanos. Y la mejor prueba de que aquello está abandonado y entregado a las fuerzas naturales de creación y destrucción, nos la dan las huellas de los renos.

En el camino se ven, a cierta distancia, letreros que previenen sobre los renos, que suelen dejarse caer en la noche, por las calzadas, cegados por los faros de los automóviles. Y aquí, en el lago Tahoe, salen los renos en familia, de *picnic* nocturno, guiados por la luz de la luna o por los íntimos destellos de su instinto, a roer los tallos frescos de las plantas y a comer flores. Porque esos animales de grandes cuernos, entre sus platos favoritos tienen de preferencia las flores de los jardines. Así dicen, por lo menos, los vecinos del lago Tahoe, que los respe-

tan y reverencian como plácidos compañeros de selva, pero que odian sus hazañas nocturnas...

En la noche hemos dormido, como es de rigor, sin esperar la visita de los renos. Un extraño y sobrecogedor silencio reinaba en torno. En el lago no hay oleaje alguno, de modo que el viejo rumor de mar que esperábamos para acompañar nuestro sueño, no se ha hecho presente. El silencio cósmico cae sobre el lago, sobre los árboles, sobre las casas y sobre sus poquísimos habitantes, tanto de las estrellas como de la luna, o acaso del cielo azul, por donde no cruza ningún meteoro ni se divisa señal de ninguna índole. Hay una soledad que aprieta los poros del alma, y a su calor se agrupan inquietas preguntas en nuestro espíritu. ¿Mora alguien en aquella soledad? Las estrellas no están todas en un mismo plano, y las distancias siderales las aíslan, y entre ellas, ¿qué hay? Esta mudez, este silencio trágico, esta calma quieta y profunda, ¿nunca ha sido rota? ¿No hubo acaso una época en que los peñascos rodaban de lo alto de la sierra para ir formando las riberas del lago?

Sí, la hubo, y nos revela su existencia el gran número de rocas sueltas que suelen verse en las playas, precisamente en las vecindades de Rubicón, que es el título del evocador sitio en que nos hallamos. No son rocas de filo, sino enormes cantos rodados que debieron hacer largos viajes por el lecho de ríos prehistóricos, hasta quedar quietos, como centinelas, junto a las aguas del lago, que tímidamente besan sus contornos suavizados por el descenso. Miramos, pues, al través de aquellos gigantescos guardias de piedra, y alcanzamos a divisar el dinámico sucederse de las edades, el cataclismo, las metamorfosis que precedieron a la forma de hoy. Y como todo eso ya pasó, he aquí que las riberas son plácidas y se prestan a la meditación, al ensueño, al descanso.

Tiéndase el hombre junto a esa ribera, mire hacia el cielo azul, y podrá pasarse las horas sin que nada turbe su reposo. Cerca está Reno, donde una muchedumbre afiebrada y enloquecida persigue la suerte en miles de máquinas que tragan monedas por toneladas; y es fácil ir también hacia allá, para hacer un paréntesis de inquietud a este descanso espiritual que ofrece el lago Tahoe. Y cuando se vuelve, más denso habrá de sentirse el silencio, más espesas las sombras, más sobrecogedor el paisaje que deja entrever la luz de la luna junto al lago. Reno es un bullicioso centro de placer, donde se exhiben con impudor todas las formas del vicio y donde no se hace asco a nada. En el lago Tahoe, en cambio, tienden las alas las aves nocturnas, para cubrirse ante la noche que avanza, trayendo, con la sombra y el silencio, el frío.

Pasó la noche, y a la mañana siguiente rompe sus luces un sol violento que no parece de otoño, sol caliente, rezagado del verano inmediato. Las lagartijas se apresuran a dejar sus cuevecillas y salen a beber de él los colores que les faltan. Las flores que sobrevivieron al *picnic* de los renos muestran sus rutilantes matices; los pájaros cantan o silban, y muy lejos, como perdido en la sierra, suena el martillo de un hombre que termina de levantar su casa montañesa, antes de que el invierno la cubra de nieve. Una iglesia llama a sus fieles, y cuando pasamos por frente a ella comprobamos que de entre los escasos habitantes del lago un puñado es de católicos, que acudieron muy de temprano a la misa dominical.

¿Y qué ocurrió en la vuelta? Pues, que seguimos contemplando millones de silenciosos y quietos árboles, atravesamos junto a varias docenas de canchas de esquí, hoy desiertas y en algunas semanas más pletóricas de jóvenes deportistas; vemos hosterías ubicadas con mucha maña junto a los deslizaderos de la nieve, y el camino que as-

ciende, baja, tuerce, ondula, reptá, ensanchándose a trechos para dar al que viaja la oportunidad de contemplar el bello escenario. Suele, a veces, ofrecerse, como en Emerald Bay, la trágica grandeza de los contrastes, con rocas erup-tivas desnudas y ríspidas; pero más comunes son el estero que fluye entre matorrales, el río que se desliza entre las apiñadas piedras, y tal cual remanso de aguas quietas, donde los pescadores hunden sus lienzas, siempre ilusio-nados y pacientes. Y así, después de muchas horas de raudo trayecto, con las pupilas cansadas de tantos árboles vistos, entrevistos y divisados, recuperamos la docta calma de Berkeley, donde la noche aparece cargada de luces.

PARQUES NACIONALES

ENTRE LOS ALFILES DE BRYCE

EL VIAJERO que desee conocer a lo turista, sin muchas penalidades, el conjunto de los Parques Nacionales de los Estados Unidos, podrá hacerse trazar una ruta que le evite los desiertos y lo conduzca, en lo posible por los aires, a los sitios más recomendables. Dentro del sistema de las Montañas Rocallosas encontrará, desde luego, el mayor número de puntos de atracción, desde Yellowstone, que cierra por el norte esa cinta, hasta las cavernas de Carlsbad, que podría ser el término sur. En el medio hay variedad como para elegir.

¿Preferirá el parque de Zion? Puede ser. Hay allí, como en Yosemite, un valle inferior estrechado por elevadas montañas, y el agua se despeña por las rocas, desmelenada en sutiles cataratas; pero la temperatura en el valle sube en forma peligrosa, no corre brisa alguna y todo parece condenado a desaparecer quemado por los vahos de horno que expiden las piedras del embudo, demasiado vecinas unas de otras. Podría también llamar la atención el Grand Teton, donde unas cumbres gigantescas, taraceadas de ventisqueros, se reflejan en lagos de nítida superficie, apenas rizada por el viento, si no fuera que para contemplar aquel espectáculo necesita el viajero desplazarse en distancias enormes. Dentro del respeto que siente el norteamericano por la naturaleza, no cabe crear obras artifi-

ciales para evitar la fatiga del turista. Y así como las dos márgenes, norte y sur, del Gran Cañón del Colorado están totalmente incomunicadas, del mismo modo el estupendo anfiteatro del Grand Teton exige pupilas superhumanas para apreciar uno por uno sus perfiles, sus gargantas, sus desfiladeros, la roca eruptiva, la cascada, la nieve, sea donde ellos mismos están, sea reflejados en las tersas aguas de los lagos. Por lo demás, los picos del Grand Teton parecen atraer a las nubes, y con frecuencia son jirones de éstas, adelgazados en algunas partes, los que se divisan. Las cumbres mismas, encapuchadas por la niebla, debemos imaginarlas, ya que no las vemos.

En medio de este rosario de parques, con sorpresas que se acumulan y se suceden, hay uno, sin embargo, donde impera generalmente el buen tiempo y donde las nubes, repelidas por el ardiente calor que despide la corteza terrestre, no se aposentan. Un aire nítido, del cual han sido eliminados hasta los últimos vestigios de cualquier sustancia ajena que pudiera restarle transparencia, permite que veamos todo recortado sobre el azul, dotado de vibraciones, y con tales relieves, que se graba el espectáculo en la memoria y llega a parecernos, en fin, inolvidable. Tal es el Bryce National Park, orgullo del Estado de Utah, vecino del desierto pintado y de la selva petrificada, donde otros fantasmas nos esperan, reunidos en diurnos aquelarres.

En Bryce existen grandes, inmensos anfiteatros ocupados por macizos de arena roja y coronados por filas homogéneas de seres fantásticos, tan erguidos y tan hieráticos en sus posturas, como los jóvenes soldados que hacen guardia junto al Palacio de Buckingham, en Londres. En unos podemos reconocer, por sus perfiles y sus volúmenes, las clásicas figuras del ajedrez, como el alfil, el caballo y la torre, modelados un tanto caprichosamente por el vien-

to con sus dedos incansables. En otros se distinguen a la perfección las almenas de los castillos, algo derruidas por los siglos, o los estribos de las catedrales góticas. Pero mientras en éstas la piedra es gris, no poco desteñida y muy sucia por la lluvia que suele regarla, aquí en Bryce todo refulge a la luz implacable del sol. Como muy pocas veces llueve, se conservan hasta los más pequeños detalles de la caladura de la piedra con una coloración que va del cárdeno al bermellón, para seguir al anaranjado y al rosa, pero estos colores no distribuidos a capricho, sino en fajas horizontales, como si el corazón de vibrante rojo que surge de la tierra estuviese fatalmente destinado a palidecer y albearse a medida que lo baña el sol y lo acaricia el viento. Es verdad que los sabios han señalado allí hasta sesenta distintos matices de rojo; pero nosotros, meros turistas, desprovistos de aparatos destinados a medir los espectros de la luz, nos conformamos con señalar la orgía ruborosa de esa tierra como uno de los más genuinos y deslumbradores milagros de esta ruta.

Otra cosa. Estando en Bryce nadie puede imaginarse que éste es un panorama estable. Todo lo contrario: el viento que ulula a cada instante entre estas filas de templarios inmóviles, erguidos en su actitud secular, está modelando de nuevo, conforme las leyes de su enigmático curso, los perfiles de las estatuas y hasta los pedestales en que éstas se estiran como para recibir más de cerca la caricia de la luz. En algunas partes, desde luego, el viento caló ya la piedra, y donde había un muro rosa de tono cardenalicio queda hoy una ventana de irregulares contornos, siempre abierta, al través de la cual divisamos un retazo de cielo azul, coloreado ahora, por contraste, con una luminosidad incomparable.

Esta ventana, por lo demás, no sólo deja paso al viento, que es su amo, sino que a nosotros, espectadores de su

belleza, nos hace sentir la vibración de las edades, que es tal vez la lección uniforme de estos Parques Nacionales, conservados, en lo que es posible, tal como los vio el primer hombre que en ellos asomase. Cuando uno ve allí un ventisquero, no le cuesta mucho imaginar que en otras eras geológicas sobre el ventisquero rodaban peñascos grandes como catedrales, empujados por las misteriosas fuerzas de un terremoto, para ir a aposentarse, trémulos aún por los tumbos de la caída, en el valle inferior, donde cortaban el curso de los ríos e improvisaban —en un juego de centenares de miles de años— los rientes lagos de hoy. En los parques no se contempla sólo el status presente, de infinita quietud, con aguas que se deslizan y nubes que apenas rozan las cumbres, sino también la realidad de ayer, de una edad geológica que no hemos vivido y que apenas podemos soñar.

Pero volvamos a Bryce y a su misteriosa ventana. ¿Qué vemos allí por el huequecillo que se abre sobre el vacío y hacia el infinito? Por lo soleado del panorama, por las lejanas planicies desnudas, donde nada crece, nos imaginamos un desierto, un vibrante desierto de arenas rojas, sobre las cuales cabalga un grupo de jinetes. Al viento ondean sus pendones y los adornos de sus monturas, y como están muy lejos aún, no sabemos cuántos son ni qué cara llevan; pero van acercándose, y llegará el momento en que distingamos una por una sus facciones, milagrosamente despejadas de la tierra que debió haberse aposentado en ellas durante la carrera desatada que han hecho desde el empíreo en que moran hasta nosotros, que los llamamos a la vida. Ya más próximos, los reconocemos como árabes, envueltos en largos albornoces, con las caras a medias cubiertas, para evitar que la violenta reverberación de la luz solar rompa la piel. Todos son altos, erguidos, uniformes; todos parecen príncipes de una guardia

selecta destinada a preservar de indiscretas miradas el arca santa de una fe. Pero galopan en el desierto, suspendidos en el aire, y se cuelan uno por uno entre los alfiles y las torres de este gigantesco ajedrez; alancean las figuras sin romperlas; se convierten en centellas para deslizarse donde no caben; se citan en alguna explanada; vuelven a dispersarse allí donde el aire libre se ha abierto paso, con su insistencia secular, entre las imágenes dormidas, y ceden, en fin, poco a poco, para irse dejando caer, por el borde inferior de la ventanita, a la nada, al abismo, a las lejanías inmensurables de donde los evocó nuestra imaginación ligeramente excitada.

¿Alucinación? Puede ser. En este anfiteatro gigantesco de color rosa, en que alternan el clavel y la sangre, y sobre cuya perspectiva el azul del cielo refulge con intensidad no imaginada, todo parece posible, a condición de que no sea trivial. Contemplado a la distancia, Bryce podría ser, pues, el sitio en que se sueña despierto, aquel donde las fronteras entre realidad y fantasía se disuelven, arrasadas por la caricia del viento, o bien alanceadas por aquellos árabes de blanco albornoz y talla gigantesca.

EL GIGANTE COMPRIMIDO

EN LOS territorios del sur y del poniente de los Estados Unidos, en la vecindad de los desiertos, donde la tierra se pone yerma y se arruga, comienzan a verse los cañones, que abarcan extensiones enormes. Algunas veces queda del cañón sólo un costado, que a modo de empinado farellón limita el horizonte. Otras veces, a la vista están los dos, frente a frente, casi paralelos, con indentaduras que pudieran corresponderse si alguien, con fuerza de titán, lograra acercar otra vez aquellos rasgos de la tierra distanciados por las fuerzas geológicas elementales de un ayer infinitamente remoto.

El más grande de todos es el Gran Cañón del Colorado, que se halla dentro del Estado de Arizona y provoca un movimiento turístico intensísimo en los días del verano. Debe aceptarse que la majestad de aquel tajo trazado en la tierra se redoblará cuando la nieve cubra alguno de sus relieves, y sobre todo cuando entre relámpagos y truenos se iluminen a medias sus perfiles. Pero no siempre es posible escoger la hora y el minuto de la contemplación, y debemos renunciar a las luces nocturnas y a los fantasmales relieves, con tal de poder ver todo lo que allí, por ahora, se nos ofrece. Con el sol alto, cuando un vaho de horno sube del tajo, nos asomamos aquí y allá para ver si dominamos más que la pura superficie de aquel panora-

ma con algo de marino y de selenita. ¿No será así la luna, ya que tiene también mares y cordilleras que de lejos creemos manchas, o, si se prefiere, "lunares" de un rostro socavado por la viruela? Puede ser; pero el tono rojizo, las arenas moradas, los muros de color ocre, las piedras amarillentas, los pequeños rincones ocupados por el verde, coloridos todos con los cuales el panorama vibra y se enciende, no se dan en la luna, por lo menos contemplada desde nuestro rincón terrestre, desde donde siempre la vemos pálida, ojerosa y con aire de viuda.

Impresionado, pues, por el volumen inimaginable del espectáculo, tal vez el más grande a que puede aspirar el hombre sobre la superficie del planeta que habita, quiere uno saber quién lo ha producido, cuál es el agente de la catástrofe y el portentoso artífice de las gigantescas construcciones de piedra y arena. Y después de buscarlo mucho, acaso lo hallará en el fondo del tajo. Es el río. Se le llama Colorado, porque arrastra greda rojiza, desprendida de algunos de los muchos sitios en que sus aguas en lugar de lamer roca pueden atreverse a desprender, prolijamente, las sustancias blandas que son por aquí las menos abundantes.

La verdad es que corre agazapado, con gran fragor en algunas partes, donde el lecho conserva eruptivas rocas; y que no se le puede creer autor de semejante labor, sin duda superior a sus fuerzas de hoy. Y es que no siempre ha sido así. Hubo un día geológico, que acaso duró medio millón de años, en que abarcaba con sus aguas un amplísimo lecho, del cual perviven muestras a la vista en los ribazos más distantes del cañón, los que siguen al nivel del desierto circundante; y otros milenios pasaron en que el curso de este río, tan singular en su conducta, perdiendo amplitud en el ancho, le permitió al forzado irse abriendo paso hacia lo bajo, como si su empeño fuese no menos que

horadar la tierra, deshaciendo el barro, arrastrando los detritus y lavando las rocas, para labrar en ellas, al paso, incesantes festones. Pero allí sigue todavía, lavando ahora el negro basalto en que su empresa debió detenerse. No tiene fuerzas ya para llevarse al mar todo el país que atraviesa, y le ponen un muro por aquí y otro por allá para que su potencia, domesticada, sirva al hombre. Es el destino de todos. El toro, ablandado, se trueca en buey, y el potro brincador adquiere el paso que a su amo acomoda. Este río Colorado no se limita, pues, a mugir a lo rumiante en su profundo lecho rocoso, sino que de vez en cuando, represado por los ingenieros, produce electricidad.

Después de atravesar varios Estados y de perder no poca agua en desiertos de sueltas arenas, el río pasa al territorio de México, donde va por fin a desaguar en el mar, en el mar que separa al resto del país de la Baja California. A los mexicanos les interesa, pues, grandemente lo que sucede con ese hilo acuático, de singular importancia en la parte norte de su territorio, donde abundan pedregales y roqueríos estériles y hay poquísima agua a la vista. Los tratados que se ajustan periódicamente entre los Estados Unidos y México sobre la regulación de las aguas del río Colorado parten siempre del principio de que las aguas nacidas en un predio y que siguen a otro deben ser aprovechadas armónicamente entre los dos predios y no acaparadas por uno de ellos, lo que sería contrario a la equidad natural. La política del Buen Vecino tiene su origen, por lo que se ve, antes que en la voluntad de los hombres, en estos hechos geográficos, aparentemente reducidos: el que una corriente de agua pase de un país a otro, y pueda servir a los dos y no sólo al más poderoso de los dos.

Estas encumbradas reflexiones, por fortuna, no nos son sugeridas en la mera contemplación de este escenario

grandioso, donde la tierra se abre y donde por la abierta, enorme herida, que sangra todavía como reminiscencia de sus milenarias luchas, puede divisarse, si uno se empeña, muy al fondo del embudo, serpenteando entre rocas, empenachado de espumas, a veces rugiente, a veces silencioso, el hosco río que causó aquel prodigio. El misterio que guardan sus aguas, la historia increíble que aparece, a trechos, estampada en los muros de piedra, el significado de todo aquello, no son accesibles con la facilidad que quisiéramos. Sería preciso estudiar mucho de la creación geológica para entender lo que allí pasó. Y entonces, absorto el espíritu, mudos los labios, muy abiertos los ojos para no perder una brizna del espectáculo, nos limitamos a ver con reverencia y pasmo lo que la tierra quiere mostrarnos junto al tajo que para toda la eternidad la tiene lacerada.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

OSOS DE YELLOWSTONE

LOS PROSPECTOS de turismo dicen que en Yellowstone Park hay varios centenares de *geysers*, es decir, de fumarolas, como los llamamos en Chile. Y es la verdad, sin duda, pero hasta dar con ellas debe uno tragarse algunos millones de árboles, que desfilan a ambos lados del camino, árboles grandes y pequeños, gallardos unos, menguados los otros, todos muy verdes por las frecuentes lluvias que caen sobre esta tierra. Hay otros impedimentos en el camino. La cinta pavimentada es angosta y da paso a dos vehículos y no más, y como sube, baja, serpentea y se retuerce en infinitas curvas, esos vehículos deben andar todos despacio, pero, además, de vez en cuando todos se detienen, los de ambas filas, y en pocos minutos la carretera se llena de autos y de buses, mientras, para abreviar la espera, algunos de sus pasajeros se bajan y echan a caminar a pie hasta dar con la causa del obstáculo.

El novicio cree que va a encontrar un auto despanzurado, muertos y heridos, y no pocas huellas más de las que dejan los choques. Pero no hay nada de eso: al revés, las caras están felices y los comentarios son todos placenteros. La primera vez que esto ocurrió era una osa gorda, panzuda, que había sacado a pasear a sus oseznos, tres en total, y que, al llegar junto al ribazo que cae sobre la carretera, se detuvo sorprendida de ver tanto coche que

corría para un lado y para otro, todos pintados de colores alegres, relucientes bajo la luz del sol. Un automovilista la vio y se detuvo para mostrársela a sus chicos, y otros siguieron su ejemplo, y pronto la osa estaba frente a una multitud. Unos le tomaban fotografías, mientras algunos, más afortunados, impresionaban películas para conservar íntegros los tardos movimientos de la osa, que parecía conversar, a la distancia, con alguien para todos invisible.

Estos osos de los Estados Unidos se llaman negros, pero sólo por broma: en realidad son de color café, castaños, a veces descoloridos, y aun cuando jamás crecen demasiado, tienen ya corpulencia bastante como para no pasar inadvertidos. La administración del parque previene que son animales salvajes, que los niños no deben acercárseles, que jamás se les debe dar comida, y que, en fin, los automóviles deben quedar bien cerrados, a fin de que los osos, en sus excursiones nocturnas, no los despedacen; para dar con la sustancia apetitosa en ellos guardada, sea el dulce que olvidó el chiquillo, sea una caja de galletas. Pero los turistas no hacen caso de estas amonestaciones, y lo común es que a los osos se les ofrezcan todas las golosinas imaginables, a fin de que se aproximen y se les pueda fotografiar más de cerca y fotografiar mejor. Es una ventaja que las vistas no conserven el olor de estos bichos, que suele ser un tanto pegajoso.

La segunda detención fue menos dramática, porque los osos tuvieron a bien presentarse en uno de los ensanches del camino, diseñados para poder dar la vuelta y para contemplar el paisaje en alguna de sus mil sorpresas. Esta vez eran dos los osos, hermanos gemelos como si dijéramos, de corta edad, aunque ya adultos. Uno, más sociable, se acercaba a los chiquillos para arrebatárles de las manos las cerezas que se le iban a ofrecer, y el otro, algo más huraño, se trepaba a un árbol, enamorado tal vez por el

perfume de la miel silvestre que suele rezumar de los troncos de los arces, al través de las grietas de la corteza. Cuando éste dejaba su ascensión por el tronco del árbol, corría por entre las malezas con una celeridad de rayo. Juntos posaron poco.

Cuando se llega por fin a las fumarolas, el día está endiabladamente frío, y al sol han sucedido las nubes. Estamos junto al lago, en un sitio en el cual docenas de pequeñas fumarolas alzan sus vahos de niebla entre los árboles. Algunas son secas; otras tienen a la vista barro, y las hay, en fin, que despiden agua a elevada temperatura, la cual traza arroyos que van a desembocar al lago. Hay caminos bien señalados que pasan por en medio, para contemplar más de cerca el espectáculo; pero este día, gracias al frío que espesa la niebla, poco se ve. En algunos casos hay ruidos: el de las burbujas que revientan en la superficie, a espacios isócronos, como la pulsación de un gran corazón oculto, que late bajo la roca y el bosque. Algo hierve allí, algo se cuece, porque hay decididamente relente de cocina, pero todo el espectáculo en sí, sorprendente sin duda, tiene algo de casero. El olor a porotos que de vez en cuando llega hasta nuestras narices nos está diciendo que nada debemos temer, porque la comida puede llegar a su hora.

Esto viene muy a punto para despejar nuestra inquietud. Si alguna vez pudo ser cierto que se está durmiendo sobre un volcán, ello no ofrece duda en Yellowstone, donde centenares de bocas abiertas en medio del enorme bosque nos están recordando, con sus regulares pulsaciones, que debajo hay una fiera a la cual, de pronto, puede ocurrírsele despertar. Entre todas esas bocas llama sobre todo la atención el Old Faithful, que cada cincuenta o sesenta minutos lanza una bocanada formidable de vapor, la cual se alza docenas de metros en el aire, con tal fuerza, que

apenas la desvía el viento cuando sopla. En la noche, por lo demás, no queda duda de que estamos viviendo sobre un volcán, porque varias veces tiembla.

Si queremos conocer algo del parque, donde a cada vuelta veremos nuevas fumarolas, debemos tener mucha paciencia: es enorme, y en sus caminos no se puede correr, por mucho que uno se esfuerce; tal es el número de los turistas. Hay en su recinto varias hosterías, y además miles de viajeros viven no allí, sino en los campamentos, al aire libre. Al norteamericano le agrada mucho, cuando llega el calor, dormir con la cara al cielo, cubierta, eso sí, de una crema que le aleje los mosquitos, porque éstos suelen ser afectos a la carne humana. Y los que no duermen al aire libre, alojan en carpas de tela o en el recinto de los acoplados que suelen llevar los automóviles, como el caracol lleva su casucha auestas. Los campamentos son, al caer la tarde, muy parecidos a las viviendas de los gitanos, porque mientras por aquí suena una música, por allá se oyen las notas estremecidas de una guitarra, en la fogata se asan trozos de carne, y tras cortinas nada espesas se ve a la gente comer en mesas plegables, trajinar, lavar los platos y preparar la cama. Los más conservadores no se toman tanta molestia, y se van a la *cafeteria* (sin acento, para que suene *cafitiria*) a comer, haciendo, desde luego, una reverenda cola en espera de que se les atienda. Todo está lleno, y alborotan sobre todo los chiquillos, porque en los Estados Unidos, como en cualquier nación subdesarrollada, se asiste actualmente a un aumento sorpresivo de la natalidad, que tiene no poco preocupados a los sabios.

Las fumarolas se ven en grupos, aisladas, junto a los ríos, junto a los lagos, entre rocas, en todas partes. Los humos, a la distancia, dan la impresión de fábricas, como en las goteras de las grandes ciudades, donde nunca deja de haber chimeneas que echen al aire sus columnas de va-

por; pero aquí no hay peligro de tal cosa. El norteamericano, tan denostado siempre por su empirismo, tan práctico, tan aficionado a buscar el aspecto crematístico de las cosas, ostenta esa cara de codicioso sólo fuera de su casa. En ella, en cambio, es el ser más desprendido. Nosotros, los chilenos, ansiosos de superar la miseria que nos acompaña con tan ruin fidelidad, andamos siempre en busca de derroteros perdidos, y ante las fumarolas de Yellowstone, pensamos, instintivamente, en los muchos pesos que pudieran hacerse con ellas. En una parte, se podrían instalar baños turcos a precio muy bajo; en otra, el vapor alcanzaría para lavar la ropa de no pocos regimientos, que suele estar necesitada de pasar por el agua tibia; y en la de allá, produciríamos calefacción para una ciudad entera, y, en fin, si el dinero nos alcanza, con las restantes podríamos organizar una poderosa industria termoeléctrica. En Yellowstone no hay nada de todo eso, y el agua caliente que se sirve en los hoteles para los lavabos se calienta artificialmente, lo mismo que en los hoteles de Nueva York, y no hay baños turcos ni cosa que se parezca...

Lo utilitario lo llevan los norteamericanos hacia afuera, como producto de exportación, y en casa dejan las cosas bellas para puro deleite de los sentidos. Por eso existen Yellowstone y otros Parques Nacionales, donde se conservan celosamente todas las manifestaciones de la vida silvestre, desde los osos hasta los venados y las ardillas. Los árboles se caen de viejos, o podridos en las raíces, o azotados por el rayo, y nadie retira los troncos desplomados, salvo que hayan caído sobre la carretera o que signifiquen algún peligro. No hay plantación artificial ninguna, y las flores que suelen crecer, muy ralas por lo demás, en las hierbas de los claros, son de semillas que trajo el viento. Junto al lago, bajo la luz solar que otra vez ciega nuestros ojos, se ve la casona venerable del hotel. El

lago corre azul hacia las lejanías, y en ellas, coronando aquella escena idílica, descuellan las cumbres de lejanos montes, donde quedan blancas estrías de nieve, ventisqueros que darán la vuelta al año sin perder el fondo de su hielo acumulado en siglos. Y ese lago, en fin, donde parece que no vuela un ave, ni siquiera una mariposa, es el mismo al cual, en algunos rincones especialmente dispuestos, se le sangran, para diversión de los turistas, unos cuantos de los millones de peces que contiene en sus aguas.

En la tarde de aquel día, cuando estaba el sol poniéndose entre resplandores de incendio, se nos ocurrió ir a conocer Tower Fall, una linda cascada, que echa sus aguas a un estero que pocos metros después entra en confluencia con dos ríos. El sitio es bellísimo, pero un indiscreto olor a azufre indica, una vez más, que nos encontramos pisando sobre un volcán. El relente sulfuroso no espanta, sin embargo, a los mosquitos (los mismos a quienes en Chile llamamos zancudos), que nos acribillan la cara a lancetazos. Cuando, más tarde, en el hotel, tratamos de embadurnar las heridas y los verdugones con unguento, nos damos cuenta de que esos bichos viven a espaldas de la política del Buen Vecino, y que en cambio practican la del Mal Vecino. Al forastero le agregan tolondrones que la naturaleza no le dio, junto a la nariz, en las mejillas; le ponen los ojos en compota, y le dan, en fin, un parecido sensible y lamentable con las chirimoyas quillotanas. ¿Mal vecino, dije? No, señores, pésimo.

NEW ORLEANS DE DIA
Y DE NOCHE

LUZ DE GAS

DESPUÉS de muchos años de proscripción, vuelve a verse, cómodamente arrebujaada en la penumbra, la luz de gas de los viejos faroles. Con su coloración ambarina y el escaso ámbito de sus rayos, suspendida a media altura en postes de simple diseño, esta luz nos recuerda cosas muy antiguas y escenas ya desvanecidas. Fue la deslumbrante radiación de los teatros del siglo XIX, antes de que la electricidad procediera a sustituirla, y en el ambiente amarillento que ella procuraba fueron estrenadas las más famosas óperas del repertorio mundial. Sarah Bernhardt recitaba sus apasionados monólogos y Ricardo Calvo atronaba el aire quieto de la sala con sus imprecaciones de odio y amor. Todo el arte de aquella centuria se desarrolló así, bajo la luz de gas.

Cuando se quiso evocar en una película la atormentada existencia de Toulouse-Lautrec, hubo de encenderse de nuevo una batería de lámparas de gas, para que éste diera las coloraciones tenues y pálidas que el artista había llevado a sus lienzos, tanto en las escenas de mancebía como en las triunfantes secuencias del cancán. Y ahora mismo, cuando vemos bailar esta danza espiritual y absurda, llena de opulencias femeninas y de encajes, que, estremecidos, oscilan entre enaguas, calzones, sombreros, brazos, ligas, medias de seda negra, y la triunfal arquitectura de las

piernas lanzadas al aire, y la vemos ordenarse y desordenarse a la luz cruda y brutal de las bujías eléctricas, ¿no es verdad que añoramos los días originales de la pecaminosa danza, cuando se la bailaba dentro del ámbito anaranjado de la luz de gas? Así son las cosas, y no se necesita ser adorador de los trastos viejos, ni vivir suspendido en los recuerdos, para echar de menos lo que fue el acompañamiento necesario de una diversión risueña y grata.

Pero en New Orleans, donde tantos vestigios quedan de las jornadas de ayer, galantes y maliciosas, la aparición de la luz de gas viene a subrayar de modo exquisito el ambiente que estamos evocando. Las lámparas de luz amarilla, que arde tenuemente, apenas despejan las sombras, y si está suspensa en el aire la habitual bruma de la humedad nocturna, el foco parece alejarse de nuestras pisadas, aun cuando estemos casi abrazándolo. La luz de gas tiene algo de misterioso en su esfumatura, que acaso ha sido exaltado por la luminosidad tremenda que muestra, a su lado, la luz eléctrica.

Por el momento, son farolitos dispersos en los jardines los que señalan la nueva vigencia del gas. Algunos establecimientos de pleno centro, en el viejo French Quarter, que forma el encanto turístico de la ciudad, también tienen faroles grandes, ventrudos, donde arde el gas en llamas retorcidas por el aire. El reclamo de las luces habla un idioma obvio: aquí hay una atmósfera brumosa —parecen musitar aquellas audaces llamas—, con orquesta que ritma los pasos de la bailarina, y ésta no sólo cantará para sus amigos, todas las noches renovados, sino que también reirá con ellos, les dirigirá palabras de burla y desafío, hasta que en el ambiente enardecido suenen las voces rituales, que la concurrencia habrá de repetir insistentemente. Será en vano que la mujer, tímida, quiera volver a su cama-

rín a desvestirse en paz, a solas, para cobijarse en una bata y arrojarse al baño, que calmará sus nervios. No. Nada de eso. El público la reclama, a gritos, y ante el peligro de que la sala caiga derribada por el entusiasmo de quienes la repletan, la mujer vuelve sumisa para cumplir acompañada el acto que quería realizar a solas.

Pero no lo hace de golpe, ni en silencio, sino, al revés, lentamente, entre exclamaciones triunfales. El ansioso público golpea las manos y las mesas, para que la mujer vaya desprendiendo una por una de su cuerpo las frágiles prendas de su atuendo: un corpiño, unos brevísimos calzones y algún collar que ha quedado allí, abandonado, de cuando el vestuario era más completo. Y así, poco a poco, entre guiños, sonrisas, chistes, aplausos y voces excitadas y algo premiosas, el rito del desnudo vuelve a repetirse ante los turistas, que cumplen su programa y van de un club a otro.

Afuera, cuando salen a la noche caliente y húmeda, los aguarda la luz de gas. Habría estado bien que al lado de ella quedara un viejo fiacre, con caballo viejo y guiado por un cochero más viejo todavía; pero el siglo ya no lo permite así, y en reemplazo de aquellos buenos compañeros de la luz de gas, se ve un autobús rutilante, con aire acondicionado, donde los pasajeros se instalan para irse, número a número, a seguir el consabido itinerario. El autobús refleja en sus cristales el soplo de los mecheros, y en sus pulidas paredes la luz también espejea y brilla, y todo ello se va, rumbo a la noche, cuando, soltando los frenos con chasquidos de besos amplificadas por un megáfono, el autobús se lleva su carga a otra parte. ¿A dónde? Larga es la noche en esta ciudad repleta de callejuelas que huelen a pecado y a paraísos artificiales, y nadie puede jactarse de haberla sondeado hasta el fin. Los balcones protegidos de rejas labradas están cerrados desde temprana-

no, y algunos llevan ya diez lustros sin abrirse; pero la imaginación del turista, que anda en busca de misterio, cree ver que las celosías alguna vez se entreabren para dejar paso a una sombra furtiva que atraviesa el frágil andamio. ¡Alucinaciones de la penumbra! Nadie corre allí, hace mucho tiempo, salvo los gatos, cuando entonan sus trenos a la luna.

La luz de gas viene, pues, poquito a poco, adueñándose del ambiente, tal vez porque éste es propicio a su misterio. Nada pasa, pero todo podría tal vez suceder. En otros años, la ciudad, arrebujaada en la niebla, recibía de noche a los piratas que iban por ella celebrando sus aventuras, en pecaminosa compañía. Más tarde, fueron los plantadores pletóricos de dinero los que exigían cena y canto en sus paseos por la ciudad, donde siempre había rincones dispuestos a recibirlos. Rodaban los discos de oro en el tapete verde, y a los golpeteos de la mazurca y del vals retemblaba el cristal de las lámparas. Era entonces el gas el que alumbraba estas orgías, el gas con su llama trémula y con sus silbidos tenues, subrepticios habitantes del mechero.

Hoy, el gas que vemos obedece silencioso al hombre, y cuando se le apaga, no deja huella alguna en el aire. ¿Qué pasa? Que no es el mismo de antes, aun cuando el efecto evocativo que con él se consigue sea sensiblemente igual. El gas de estos días viene de la tierra, es completamente natural, y no se obtiene quemando el carbón, como el de ayer. Por lo común es inodoro. Se le maneja con la misma sencillez con que se da paso a la corriente eléctrica hasta las luces, para incendiarlas; hasta los motores, para ponerlos en marcha. Es un gas doméstico, dulce, de buena compañía.

Nada de ensueños, pues, junto a los mecheros que evocan los días de ayer. No hay piratas que canten canciones

obscenas, ni plantadores voluptuosos que exijan carne fresca y oro de las aleatorias mesas de juego. Y así como no hay ni piratas ni plantadores, tampoco hay misterios en torno a este gas que alumbra, a trechos, los jardines de las solitarias avenidas y el centro bullicioso del Vieux Quartier.

MUSICA DE JAZZ

NEW ORLEANS vive todos los años, en febrero, el mes de los bailes. Noche por noche las debutantes y los clubes y las fraternidades y las logias ocupan ciertos recintos muy espaciosos, y allí desarrollan su baile de ritual, el que una vez por año congrega a las chicas de dieciséis a dieciocho años, para que con traje de gala atiendan a sus amigos y bailen. Y mientras la música suena y resuena, haciendo vibrar las sólidas estructuras del Auditorio Municipal, las del Templo de Jerusalén y las de los otros sitios, por los cuales se llevan a cabo estas citas, los grandes, los padres y aun los abuelos de las debutantes, las contemplan de lejos, les sonríen y hacen cálculos sobre lo que habrá de durar la felicidad de esa noche.

Desde luego, dura un mes, o para ser exactos, los días que restan hasta el *Mardi Gras*, esto es, la culminación, el apogeo de la fiesta. En los días anteriores baila el joven metido en su frac con la señorita que se estrena en su traje sencillo, elegante, puro, de doncella casta e impoluta. El día del apogeo bailan todos, con frac o sin él, en camiseta, en calzoncillos; no siempre bailan acompañados, sino también solos, haciendo eses sobre el pavimento de las calles, y todos bailan hasta el agotamiento, ansiosos de apurar las horas del día y de la noche, mientras suenan las campanas que anuncian la llegada del Miércoles de Ceniza. Porque

febrero, en esta ciudad, es un mes dedicado enteramente al Carnaval, el mes de la risa, de la gula y de todos los excesos en que indígenas y turistas deben apurarse mucho para cumplir tantos compromisos.

Claro está que para bailar es preciso que suene la música, y en eso ya New Orleans puede jactarse de tener la más original de todas, la de jazz, que nació en su propio recinto. No es sólo de origen africano, como se cree, aun cuando sean los negros del Deep South quienes mejor la interpreten hoy y siempre; y la prueba está en que en el Africa de hoy no la entienden y la juzgan tan exótica como la de Beethoven y la de Bach. El *jazz* es un producto netamente criollo, como aquí se dice, o sea, híbrido, con algo de negro, sin duda, pero con mucho de francés. En días pasados hubo en el Royal Orleans Hotel una reunión clásica, el Jazz Band Jamboree, que esta vez tenía como objeto allegar fondos a la institución benéfica que cuida a los enfermos del corazón. Y allí pudo oírse, en pacífico contrapunto, a dos bandas históricas, la Eureka Brass Band y la banda de Jim Robinson.

Negros y blancos se juntan al calor de la música. El grupo de Robinson es muy reducido, y cuenta piano, contrabajo, batería y piezas de viento, mientras el Eureka, mucho más numeroso, no tiene sino baterías e instrumentos de bronce. Los resultados son muy diferentes, como puede imaginar cualquiera que sepa algo de música. Sobre un fondo siempre un tanto alegre y saltarín, propio de una música hecha para entretener las horas de ocio de quienes han trabajado duramente en el día, surge el ritmo con imperioso vaivén, y se arma así, en el aire, el tinglado que exige la danza. Esta vez nadie bailaba, pero era muy fácil imaginar qué oleadas rítmicas habrían de suscitarse en el más vasto salón, al compás tan armoniosamente trabado por estos prodigiosos ejecutantes.

Pero hubo en el *jamboree* de que estamos dando cuenta, una ligera excepción. La Eureka Brass Band, como no tiene piano, dispone de una movilidad que la otra no puede obtener, y en consecuencia se la emplea, cada vez que suena la hora de la queda y del reposo, para acompañar a los difuntos a los cementerios. Y esta vez se repitió allí, entre los espejos y bajo las maravillosas lámparas del hotel, el programa musical que se reserva a los difuntos.

Se compone esencialmente de tres partes. En la primera, los apesadumbrados acompañantes del finado van, a paso lento, como arrastrando no ya sólo un inerte cuerpo, sino toda la pesadumbre inherente a la muerte. Es una especie de música con *ralenti*, lánguida, modulada en largos ritmos, con una gravedad insistente y repetida, que termina por crear una atmósfera de inquietante duelo, inclusive en el frívolo ambiente del hotel. En la segunda, el cortejo, que ya hace alto junto a la tumba abierta, contempla la ceremonia del enterramiento, y se despide del que los va a dejar. Pero no se despide en forma colectiva, sino que cede la voz a uno de ellos, que canta. Y entonces hemos oído la más patética despedida en la voz maravillosamente timbrada de un negro de pavorosas facciones. La despedida es también insistente, repetida a voluntad, y durante ella se supone que Dios acoge en su seno al peregrino y los acompañantes pueden retirarse. Viene entonces la tercera parte. La banda se rehace, cobra fuego e inicia la vuelta al mundo, a la ciudad, al ajetreo de la vida; se presume que los rostros sonríen, y que arrastrados por la onda del ritmo que sube y que baja, siempre acariciante y algo imperioso, los hombros se sacuden, las caderas entran en vaivén, y el desfile, que antes fue de duelo congojoso y lleno de pesar, se convierte en una danza. Debe señalarse que la danza no la vimos los asistentes a la función, pero existe y se repite cada vez que al enterrarse a un difunto se con-

trata a una de estas bandas. Inundados de risa, contorsionando sus largos cuerpos, echando los brazos al aire, voceando antiguos cantos, pletóricos de la sensación gozosa de vivir, los negros despiden a sus muertos con un baile en la calle, en medio de la curiosidad no siempre compasiva de sus espectadores, para quienes tal manera de acompañar a los difuntos es, por lo menos, de dudoso gusto...

En realidad, bajo el techo del suntuoso hotel, donde varios centenares de personas seguían con avidez el programa, sin tener a la vista ni el cementerio ni el difunto, el acto ritual quedaba despojado de no pocas de sus luctuosas implicaciones y se transformaba sólo en un hecho de arte. Como tal lo hemos disfrutado, sin dar excesiva importancia a las explicaciones de más arriba, que nos daba un vecino comedido y perfectamente instruido en lo que es la música popular o frívola de esta región.

El ritmo de la Eureka Brass Band es irreprochable, por lo menos para el profano. Puede ser que el musicólogo lo tache por aquí y por allá, y nos diga que el bronce sofoca el sordo estampido de las baterías, o viceversa; pero el profano, insisto, sabe ya, al oírlo, por qué se descoyunta el cuerpo al bailar y por qué los brazos y las piernas quieren independizarse del conjunto corporal, alejarse, irse al aire, y allí, distantes del suelo y de la ley de gravedad que tanto cuenta, iniciar danzas distintas, autónomas, en las cuales no imperará otro lazo que el del ritmo. Mientras así ocurre, puede entonces concebirse la danza del retorno, la de la recuperación de la alegría, pero pueden, asimismo, imaginarse muchas otras, todas las que la fantasía individual permita o acepte. Cantan y danzan las mujeres que tejen, los hombres que siembran, las mujeres que cosen, los hombres que aran, y cantan y danzan cuando se cosecha el algodón, cuando se corta la caña, al rayo del sol, a la humedad del *bayou*, a la sombra de los árboles, frente al

rebaño, tierra adentro, junto al río, al socaire del mar, al caer la lluvia, cuando se oculta el sol, bajo el temblor de las estrellas; cantan y danzan los hombres y las mujeres, empujados todos por el imperioso ritmo.

Esa plenitud de las ondas, esos movimientos unánimes, esa melodía en que tan bien conciertan unos y otros, de seguro se nos dan igualmente satisfactorios en las muchas docenas de otras bandas que por aquí existen, y si así no fuera, el *jazz* de New Orleans no tendría la fama que tiene. Pero esa tarde, en el ambiente del lujoso hotel, no era posible imaginar que los muros fuesen sacudidos mejor por la música, ni se podían concebir otros ritmos que esos que estábamos oyendo para reconstituir los actos rituales de la despedida, la ascensión del alma al cielo y la vuelta a la alegría de vivir. Y así, repletos de ritmo, saturados de música, salimos a la noche, que afuera esperaba con sus latigazos de fría niebla.

CANTOS NOCTURNOS

NEW ORLEANS es la ciudad más extraña de los Estados Unidos. No se parece a ninguna de las demás de su misma categoría, y contiene sitios y rincones repletos de historia y de tradición, lo que es también difícil decirlo de las otras. Más todavía. En las riberas de New Orleans el progreso nivelador que opera en el país, con ritmo vertiginoso, y que se muestra en la fiebre de sustituir lo viejo por lo nuevo, construyendo grandes edificios, caminos elevados, puentes y otros embelecos propios de la vida contemporánea, ese progreso modera su ritmo y apenas se le siente actuar. En New Orleans, desde luego, como en las ciudades europeas, no se construye nada nuevo, salvo en un recinto céntrico y comercial muy circunscrito. De allí la impresión de vetustez que da la ciudad, el aire solariego de sus calles y avenidas, el abandono cierto o aparente en que viven barrios enteros, con calzadas estrechas, aceras sin pavimentar, rústicos postes de teléfonos, mientras las casas muestran postigos desvencijados, muros de abolida pintura, rejas y cancelas rotas...

Nada de esto, repito, es usual en los Estados Unidos, donde los vecinos ponen orgullo en pintar varias veces en el año sus primorosas casitas, y donde se vive tijera en mano, para ir recortando el césped intruso, el macrocarpa que ha echado demasiada ramazón y el gajo aquel del árbol

que se inclina al techo de la casa, sin advertir que una racha de viento puede hacerla peligrar. Y donde las autoridades diseñan a primor las calzadas, para dar a cada fila de automóviles una pista, y cuando han hecho eso, añaden señales por aquí, prevenciones por acá, a fin de que todos sepan lo que deben hacer y nada quede entregado al azar, que si a veces se muestra feliz, por lo común acarrea desgracias y deterioros tremendos.

Para acentuar la originalidad de New Orleans, la ciudad conserva, además, dentro de su perímetro, todo un barrio donde el progreso trivial se ha detenido. Es el Vieux Carré, o barrio francés, al cual bien podría, con el tiempo, darse otro nombre que respetara más la historia. Porque el barrio no es sólo francés, sino también español, puesto que la Louisiana perteneció a la corona española no pocos años, en los de su esplendor. Un cónsul general de España en New Orleans, don José Luis Aparicio, hombre activo y providente, ha hecho confeccionar en su patria unas lindas placas de mosaico bellamente coloreado, donde se indica el nombre que tuvieron la calle, la plaza, el jardín, cuando España era aquí la dueña.

Y con estas placas a la vista, ubicadas en los sitios más concurridos, se nos va restituyendo la historia de la ciudad a su verdadero eje, y comienza a descollar la parte que la Hispanidad constructora de ciudades y colonizadora de campos desiertos alcanzó en estas tierras de la boca del Mississippi. La obra de Aparicio es, pues, de las que tienen futuro, aunque aparezca vinculada sólo al pasado.

Ahora bien, ese viejo barrio franco-español está corriendo grave peligro en estos días. Se dirá que siempre estuvo en peligro, pues no todos los norteamericanos son tan amigos de la historia como para respetar las vejeces allí conservadas y a medias resurrectas; pero no creo exa-

gerar si afirmo que esta vez el riesgo es mayor, y tan grande que no creo que el barrio sobreviva.

En otros años, las casas del barrio franco-español no sólo estaban habitadas, sino que en ellas inclusive vivían los más importantes vecinos. Hoy se ven ocupados los primeros pisos con tiendas de anticuarios, librerías, *bric-à-brac*s y otros negocios de interés sobre todo turístico, mientras los pisos superiores están sencillamente abandonados, o los ocupan huéspedes muy secundarios de pensiones y departamentos. Hay excepciones, claro está, y en pleno barrio antiguo suelen verse algunas coquetas mansiones, bellísimamente dispuestas, donde alternan el viejo patio con enredaderas y plátanos, con la reja labrada y la persiana blanca. Pero son excepciones no más, como lo es también el dintorno de Jackson Square, donde se ha logrado efecto parecido al de la famosa Place des Vosges de París, aquella en que está la casa de Victor Hugo, con edificios uniformes, todos destinados a habitaciones, y con el jardín central encerrado en una reja de limpio diseño y muy bien cuidada.

Excepciones, meras excepciones. Lo normal es que el barrio franco-español dé impresión de ruina, con las rejas ganadas por el orín, las puertas desvencijadas, la pintura evaporada al calor de docenas de tórridos veranos, plantas secas en tiestos que nadie riega y gatos que se pasean con filosófica angustia a la espera de que alguien les tienda una mano protectora. Y entonces vemos cuerdas y cuerdas de sitios ubicados en pleno centro, donde con un poco de dinero y otro de inventiva podríamos levantar enormes edificios, especialmente hoteles, para los turistas que se arraciman en los aviones con la esperanza de conocer en New Orleans la vida nocturna que en otras partes del país no existe.

En estos propios días se discute apasionadamente sobre

la posibilidad de construir en aquel recinto un *motel* que no elevaría mucho el nivel usual de las construcciones ya existentes, y que inclusive conservaría en el primer piso los temas decorativos que forman el sello del barrio. Bien; pero por haber aceptado, en principio, estas soluciones, en otros años, se ha llegado a consentir en abominaciones que no sólo hieren el sentido común, sino que además destruyen la armonía del barrio y su esencia tradicional. Dos tiendas que abren sus puertas a Canal Street, por ejemplo, tienen sendos pasajes elevados de comunicación por encima de la calle Iberville, la más vecina a la ciudad nueva, y por lo tanto la más vulnerada.

¿Será tiempo de enjugar una lágrima o de sofocar un suspiro ante lo que está ocurriendo? Quién sabe. La verdad es que el barrio tiene muchos enemigos de todo orden, que no sé si están confabulados en forma activa, pero que, en todo caso, dan muestras de una acometividad especialmente exacerbada.

Porque en el viejo barrio existe la industria de la noche cantante y bebiente, y en sus clubes suele practicarse aquel nudismo unilateral que consiste en que una chica se desnude ante unas cuantas docenas de señores que siguen con sus ropas puestas, y todo eso se anuncia con luces en los muros y aun con pregoneros en las puertas de cada club, que procuran llevar agua a su molino, esto es, parroquianos a su parroquia. Y esta industria de la nocturnidad produce escándalo y horror en la nación puritana, de lo cual resulta que noche a noche va allí la policía, allana comercios, detiene personas y arroja a trompicones a los más pacíficos espectadores.

De una parte se destruye el barrio en lo que tiene de fisonomía propia y sui géneris. De otra se espanta al turista y se difunde por la ciudad y por el país la impresión de que ir a pasar una noche en el barrio francés-español no

es cómodo ni de buen gusto. Porque mientras uno bebe su *high ball* y contempla a las chicas que se pasean en paños menores, llega la policía, arremete con algunos, echa a varios en sus vehículos de ululantes bocinas, y deja a todos emporcados con la acusación de que están practicando o fomentando "el vicio"...

Y el Vicio, con mayúscula, es la gran bestia a la cual se debe combatir. Con una concepción puritana muy estrecha de la vida, los lectores de la Biblia temen que las pútridas esencias de Sodoma y Gomorra se difundan por la nación, trepen por las casas, se cuelen al recinto de los hogares, entren por los oídos de las más tiernas criaturas, creen simpatía por la disolución alegre, y a su venenoso influjo se cuarteen los viejos y venerables edificios que ha construido, en siglos de labor tesonera, la Buena Conducta, cosa que es también digna de sólidas mayúsculas. Esta lucha está desarrollándose en New Orleans en diversos planos. Cabe preguntarse, como indica el rústico buen sentido chileno, quién va ganando.

REJAS Y LAMPARAS

PASEEMOS un poco por New Orleans. Haremos así, con mínimo esfuerzo, un recorrido hacia el pasado, reconstituyendo con la imaginación los días de esplendor de esta ciudad, cuando era más pequeña y cuando los plantadores y los comerciantes y las autoridades vivían sin sentirse demasiado estrechos en el que hoy llaman Vieux Carré, o French Quarter. Nuestros pasos habrán de resonar, con mucha frecuencia, en aceras vacías, por donde pocos transitan, y a las veces, llegados a una esquina, nos llamarán la atención el aire mustio de los edificios circundantes, las ventanas cerradas, las rejas que nadie cuida.

¡Las rejas! He aquí algo de la vieja gloria de la ciudad. Para ella se labraron estos primores, que emergen de todos los sitios posibles, sea como valla que defiende la propiedad privada, convirtiendo en material y concreta la barrera intangible; sea como manto suspendido en el aire, para aislar balcones y terrazas. Allí las pusieron y allí se han quedado. Debemos verlas a contraluz para apreciar de veras su grandeza hecha de menudencias. Porque son encajes en que alternan la guirnalda, la flor sola, el tallo, los racimos de hojas, las letras sueltas, los monogramas, las fechas, con los filamentos y las líneas ornamentales o de sostén, desnudas en su simple trazo funcional. En una de ellas, encargada de proteger cierta casa del tráfico de la

calle, se dibujaron las hojas y el fruto del maíz, como símbolos de la vida en la tierra americana, donde el maíz es lo autóctono y el trigo lo adventicio, el intruso que se cuela de contrabando o con violencia.

Las rejas ascienden a veces del segundo piso al tercero; se tienden a lo largo del balcón, y allí se quedan, en fin, envolviendo a medias el edificio. En las noches de otoño y de invierno, cuando las nieblas que vienen del río se mezclan inextricablemente al paisaje urbano, entonces las rejas cobran todo su encanto. Las pobres, eso sí, no pueden transmitirnos uno solo de sus mensajes si no las acompaña la luz. Y es, entonces, otra vez, la luz de gas la que mejor favorece su imagen algo desleída ya por los años. Porque el gas ondula, se tuerce, oscila, hace como que se apaga, conforme sople la brisa, y entonces el dibujo de la reja, también oscilante, se percibe como animado de una ligera vida, que, amortiguada y todo, algún parecido conserva con la de otros tiempos, cuando la reja era acariciada por las manos de damas trémulas y de galanes ansiosos, en la pecaminosa penumbra de la medianoche o del amanecer. Un beso final en la mano enguantada, y el galán se aleja por la calle dormida, que no se despierta con el taconeo de sus pasos.

Nuestros pasos ahora resuenan asimismo por las calles vacías. Es la noche, y del río viene el reclamo insistente de las sirenas de los navíos, que tratan de orientarse en medio de la niebla. En las esquinas, un letrero en inglés pone "*one way*", pero el ambiente, la atmósfera, la vibración asordinada de la ciudad, que se cuela por entre las rejas, nos están diciendo que esto es distinto. Lo justo sería que los letreros estuviesen traducidos al francés y al español, y que así como se lee "*no parking*"; pudiera leerse, asimismo, "*arretez*" y "*paso a los peatones*". La ciudad les pertenece, claro está, a los vivos, que son quienes hoy la ha-

bitan, pero de que algo les queda a los muertos no nos cabe la menor duda viendo aquellos espectros de hogar que se distribuyen por el Vieux Carré.

Y quien lo dude puede echar un paseo por las tiendas de los anticuarios para saberlo de cierto. Allí se acumulan los restos de las grandezas pasadas, con una riqueza, con una generosidad de que es difícil hacerse una idea a la distancia. Es verdad que algunas de estas exhibiciones están organizadas por señores listos, que nada tienen de anticuarios, para extraer el dinero a los turistas; pero otras son serias y quedan a la altura del mejor comercio de antigüedades de cualquier otra capital.

Hay tiendas como catedrales donde rutilantes arañas de cristal caen de los techos, como una lluvia de gotas que fueran diamantes, y se esponjan en sus ejes cual se esponjaban ayer los ruedos de la crinolina en el baile del minué. Pero no caen del todo, sino que se quedan suspendidas a media altura, para que podamos admirar su armazón dorada, sus venas caprichosamente torcidas, las cimbras en que culminan sus contornos, y aun para que podamos ver, uno por uno, los visos de la luz en las placas de cristal. La muñeca vestida de seda, la miniatura que reproduce rostros desconocidos, el collar de conchas, de coral, de cuentas de color; los viejos bastones y las sombrillas deshilachadas; la escribanía de finas maderas donde se escribieron, a hurto del padre o del marido, billetes de amor; la estufa de ladrillos, las teteras de plata, de bronce, de cerámica; las peinetas de carey, los pistolones, las espadas, las figuras de marfil, las de porcelana, los arbolillos de piedras duras, suelen verse, en confusión, al través de los vidrios de esos escaparates. Más allá divisaremos chimeneas vacías, donde no hay fuego ni muro, pero donde el mármol, pulido, acicalado, labrado por el cincel de artesanos pacientes, enamorados de su labor, erige sus líneas triunfales, y divisaremos

innumerables cacharros de cobre y de bronce, algunos utilitarios, otros dedicados a refrescarnos la vieja noción de que no sólo de pan vive el hombre.

Eso es New Orleans: lo viejo y lo nuevo, lo fresco y lo vetusto apretujándose en un breve recinto, donde nuestros pasos levantan ecos en las aceras vacías.

LA SAVIA SUBE EN SILENCIO

EN ESTOS días del otoño es cuando la tierra de Louisiana exhibe sus mejores galas. El calor aplastante ya pasó, y ha sido reemplazado por una brisa, que, al sacudir los árboles, hace vacilar las sombras que sus hojas proyectan sobre la tierra. A veces la brisa es viento de verdad, y las ventanas se quejan en sus marcos de madera o de metal; y a veces, también, la lluvia irrumpe para reproducir, siquiera de lejos, el loco ritmo con que tamborileó sobre los tejados. El otoño es, en realidad, cambiante, y algo posee de todas las demás estaciones.

En estos días, ligeras nubes recorren el cielo, nublan de vez en cuando el rayo del sol, y pasan y pasan, hasta que en la noche un lucero que brilla en el cielo nos indica que se fueron a otra parte. No hay calor ya, y avanzada la tarde será prudente no aventurarse al aire libre sin un ligero abrigo que nos proteja las carnes. Pero la calma sigue idéntica. Una tenue luz de gas brilla, montada en su percha, en el jardín vecino, y aunque no despeja las sombras, las tiñe de ámbar. Tras ellas se deslizan los gatos, atentos a la vida que bulle en los rincones. La tierra, silenciosa, duerme ya, desde que le retiraron el sol que la mantenía en vela, y será testigo silencioso de los dramas que se amparan en la penumbra.

Todo esto, por lo demás, transcurre en silencio. La savia

que corre por los árboles no echa al aire un solo murmullo, y el tronco que se eleva, la hoja que cae, la flor que esponja sus pétalos para abrirlos a la mañana siguiente, saludando al sol que la despierta, son igualmente amigos del silencio. Es la naturaleza entera la que erige como módulo inalterable de sus procesos la ausencia completa de ruido.

Los hombres, en cambio, o aman el bullicio o no pueden evitarlo. En la alta noche resuenan las pisadas del transeúnte que cruza las losas del pavimento antes de entrar a su casa. Resuena la puerta que hubo de franquear en el hogar mismo; la ventana que se echa al aire para ventilar el cuarto durante el sueño; la cortina que se corre; la persiana que cae... Estos rumores, estos ruidos, esta insistente sonajera que el hombre lleva consigo, y de la cual ya no puede prescindir, ¡qué contraste hacen con el silencio magnífico de la naturaleza! La germinación natural, deslizada a la sordina, es la más fuerte invitación al silencio que se puede lanzar al hombre. Pero es tan silenciosa, que éste no la oye.

Por el río, junto a la ciudad, los barcos hacen sonar sus sirenas, de tarde en tarde, para darse a conocer en sus manejos. Sobre el agua se desliza la mole panzuda, que, terminado su itinerario, se acosta al muelle para que con las primeras luces del alba entren los hombres a retirar el cargamento. Luces intermitentes guían el barco, y algunos tripulantes se mueven, como espectros, en el puente claramente iluminado, atentos a la maniobra. El perfume de los plátanos y de la piña, el acre olor de otros vegetales, nos permiten, por la noche, distinguir a la distancia no ya sólo la carga que traen, sino también el país de donde proceden.

Las calles están todas encapuchadas en la sombra, gracias al toldo de los árboles. Yo he recordado mucho en

estos días a nuestro Jorge Hübner Bezanilla, que con tan simbolista afecto llevó los árboles a su poesía. "Árbol que, como el hombre, te alimentas de lodo", dijo el poeta, presintiendo a la distancia lo que aquí efectivamente ocurre. Donde se abre un hoyo, surge el agua, porque el río se desliza en un nivel superior al de las calles, y sus jugos, antes de ir a caer en el golfo de México, se distribuyen generosamente por la tierra aledaña. De allí la opulenta vegetación de esta ciudad, sus flores, sus avenidas sombreadas de árboles, la maraña de los jardines.

Y es la evocación de los versos del poeta chileno, arrebuñado ahora en su altivo silencio, la que nos permite comprender mejor la realidad física de esta extraña ciudad, estrechada entre el río y un gran lago, y que se retuerce como una lombriz sobre los meandros del Mississippi. Los árboles echan su sombra a la tierra y conservan la humedad; cobijan a las aves y apadrinan el cantar del celo y de la prevención, mientras en sus troncos se deslizan las ardillas, medran las enredaderas y verdean los hongos. Un lujuriente mundo vegetal se alimenta de ese lodo llevado al verso con artístico designio. Pero allí, en ese laboratorio ramificado, esponjoso, lleno de arbitrarias avenidas, difundido en hojas, el lodo se trueca en unos tonos de verde que es delicia contemplar, barniza los ramilletes de la fronda y hasta se difunde en ligeras esencias aromáticas, con las cuales suelen embalsamarse los más oscuros rincones. La circulación universal de la vida cobra aquí, en el árbol, una dimensión nítida y resaltante.

Arboles, luz de gas, calles silentes, parques sombríos, casas vetustas de airosos portales, soledad, sosegado ritmo de vida, hacen de New Orleans un extraño oasis en este país donde generalmente imperan otros módulos y donde las ciudades cultivan el bullicio y el desasosiego.

LA ORDENADA LOCURA DEL CARNAVAL

TODOS los días finales del Carnaval, hasta el mismo martes, corren y desfilan por la ciudad las procesiones, en que pasean los reyes de ayer y de hoy, carros alegóricos, bandas y orfeones, con el objeto de levantar la presión de las gentes para que enfrenten con entusiasmo la jornada posterior. Un barco de guerra, el buque escuela *Lexington*, llega al muelle de New Orleans y desembarca dos mil jóvenes estudiantes de la marina, que luego se distribuyen por la ciudad. Cinco unidades más agregarán luego centenares de muchachos que también pasarán por aquí las alegrías carnavalescas. Una organización policial estrechísima envía a las calles guardias que antes nadie había visto, que detienen el tránsito, desvían a los coches, previenen, aconsejan, amonestan. Se dice que en las horas finales, cuando la bacanal ya esté desatada, también aporrearán a los revoltosos y aprehenderán sin compasión a cuantos les hagan resistencia.

A todo esto, el lector tiene derecho a preguntarse a qué se debe este culto por el Carnaval, que tan inadvertido pasa en otras latitudes. Tratando de explicarlo, un culto conferenciante decía, hace pocas semanas, que el Carnaval se festejaba en forma lujuriente en New Orleans, como reminiscencia de los tiempos oscuros, cuando la ciudad era esencialmente mortífera por el paludismo, la humedad, el

excesivo calor y aun los incendios, que más de una vez la arrasaron. Por ese tiempo —en opinión del personaje referido—, con el Carnaval se festejaba a la vida, y reconociendo que ella era corta, se trataba de apurarla en todos sus goces. Disfrazado, el hombre comete locuras e insensateces que sin disfraz no se atreve a llevar a cabo. Y cuando en el paroxismo de la fiesta, ante la amenaza del Miércoles de Ceniza que inicia la cuaresma, la dionisiaca embriaguez llegue a su colmo, en un solo acto celebrará el hecho de estar vivo y la certidumbre de que su vida será breve.

Estas explicaciones son una parte del problema; la otra está en el aspecto turístico del Carnaval. Bandas de ciudadanos de los Estados vecinos llegan en automóviles y en aviones, y los hoteles declaran encontrarse totalmente comprometidos. Por las calles, aunque dispersos, se nota perfectamente a los turistas, pues no sólo contemplan con bastante asombro lo que ocurre, sino que también llevan colgada al cuello una cámara fotográfica para conservar memorias de las escenas que les salieron al paso.

Los desfiles son sensiblemente iguales, salvo ligeras variantes; pasan por las mismas calles, y las bandas que participan en uno también figuran en los demás. Es verdad que los carros alegóricos cambian de un desfile a otro, pero no los usos. Lo primero que llama la atención es el aspecto netamente masculino de estas funciones. En un caballo ricamente enjaezado se ve, a la cabeza, al señor que ha sido rey el año anterior, acompañado de otros dignatarios de su corte. Todos varones. En el primer carro, montado con lujo y esplendor, viene, solo, el rey del desfile. En los carros siguientes, grupos de seis y hasta ocho sujetos disfrazados reciben las aclamaciones de la multitud, y en retribución, distribuyen, a voleo, pequeños regalos. Todos son hombres. La mujer en este nivel superior no existe.

¿Dónde la encontraremos? Al nivel del suelo, marchan-

do con sus propios pies sobre el asfalto de la calle, rebanada en un traje estrechísimo, soportando en la carne desnuda el frío invernal, sonriendo sin pausa, agitando los brazos para marcar los ritmos de la música, echando acompasadamente una pierna al aire, inclinándose también a compás para dar giros de *ballet* a su paso. Allí está la mujer. Con la sola excepción de la corte de Eros, asimismo otra de las fiestas rituales del Carnaval en que las tripulaciones de los carros eran femeninas, en todos los demás desfiles son los varones los que yerguen la talla, se llevan los aplausos y conceden la merced de los regalos.

Debe advertirse que estos señores que ocupan las plataformas de los carros van, siempre, con las caras cubiertas por máscaras completas, de modo que suelen darse los más curiosos extremos. Una máscara espantosa, de feos colores, se inclina hacia la multitud y le arroja un puñado de pintarrajeados collares, pulseras, abanicos de papel, figuritas y embelecós, acto de munificencia que debemos imaginar acompañado de una sonrisa si es verdad que al amor de la sonrisa fructifican los afectos, la comprensión, el amor. Pero nada: la máscara no ríe, y si la tomamos al pie de la letra, bien podemos cerrar los ojos para no ver tan rígidas facciones, tan desabrido gesto. Haciendo caso omiso de todo, la muchedumbre aplaude, grita, y a cada paso alarga los brazos para coger al vuelo los regalos de aquellos enmascarados.

Cuando se tiene en la mano la baratija que cayó de la máscara, se comprueba que son, por lo común, productos de Japón y de Checoslovaquia. Esta última prueba de la convivencia pacífica entre los regímenes comunista y capitalista no sé que haya sido aludida hasta hoy en las publicaciones que se hacen en torno a la guerra fría. Y es así: la industria nacional de baratijas tiene poco vuelo, y en

materia de regalos de a centavo o menos, como son los que se arrojan en estos desfiles, el surtido es muy escaso. Total, Japón y Checoslovaquia resultan favorecidos. Nadie puede creer que Checoslovaquia va a resolver todos sus problemas con esta ayuda, pero por algo se comienza.

En este país de la organización perfecta, el desfile no es excepción. Si está anunciado para las seis de la tarde, sale a las seis. La columna es continua, y si a veces sufre algunas detenciones, se debe a que cada cierto número de minutos la detiene la policía para dejar paso al tránsito de las calles intermedias, que no pueden congestionarse. El desfile sale de un sitio convenido, recorre ciertas calles y termina y se disuelve en otro punto. Y cuando la columna ha desaparecido, barrenderos salidos milagrosamente de una cueva mitológica, armados de escobas y de cubos rodantes, aglomeran y se llevan la basura de que las calles están tapizadas, y todo esto lo hacen muy rápidamente, en silencio, trabajando como condenados, para que no les alcance la lluvia de agua que dejarán caer sobre aceras y calzadas los carros que completan el aseo. Diez minutos después del estruendo, las calles quedan limpias y silenciosas otra vez, hasta el día de mañana, en que nuevamente las pisará la muchedumbre gritona y desordenada.

Los cortejos aparecen amparados por los más bellos nombres clásicos y mitológicos: la Corte de Eros, los Caballeros de Persia, la Compañía de Apolo, Adonis, Iris, Venus, Poseidón, Proteo, Momo... Y aun cuando no todos los atributos menores que se ven en el desfile corresponden punto por punto a estas advocaciones, ya que se dan no pocos anacronismos, es digno de notarse el empeño que pone esta gente para mantenerse en el plano de la mitología, en cuyos vericuetos se buscan los relatos más agradables y las leyendas que hablan de amor, risa y buen apetito. New Orleans grita, chilla, aplaude, al paso de los desfiles,

y mientras los enmascarados arrojan sus baratijas, las bandas atruenan el aire con sus sones, los turistas contemplan émbobados y los vendedores ambulantes colocan todos los comistrajos posibles. El aire de fiesta va envolviendo a la ciudad, y en el martes, llamado aquí, a la francesa, *Mardi Gras*, alcanzará su culminación y su apogeo.

PROFUGOS CUBANOS

LAGRIMAS POR DENTRO

ES FÁCIL encontrar cubanos refugiados en New Orleans. Una dama que vende en tienda femenina, después de haber sido maestra en su patria, nos cuenta algo de lo que ella vio en la isla.

—Me vine hace dos años con mi marido y nuestros dos hijos. Después hemos logrado traer a mi madre y a mi suegra.

—¿Quedan más de la familia en la isla?

—Sí, una hermana mía y algunos cuñados. Todos están procurando salir, pero cada día es menos fácil. Han sido suspendidos todos los vuelos de las antiguas compañías aéreas, y ya no queda comunicación sino con México y con España. Deben atreverse al viaje clandestino, que es más peligroso.

—¿Por qué salió usted?

—Por los niños. Mi marido y yo estábamos resignados esperando a ver qué pasaba, cuando nos dimos cuenta de que a los chicos se les adoctrinaba en la escuela. Yo enseñaba aritmética, y a ello me atenía; pero en la escuela se estableció una cátedra nueva, de doctrina marxista, y los chicos comenzaron a recibir clases que en seguida repetían en casa. Nos asustamos de lo que decían, y optamos por salir. El régimen ha ido apoderándose poco a poco de todos los establecimientos de enseñanza, y hoy no se enseña sino lo que convenga al marxismo.

—Las clases de religión, ¿han sido suprimidas?

—Naturalmente. Lo que se quiere es que los niños se hagan ateos. Castro no se atreve con los católicos adultos, que siguen yendo a misa y viviendo como mandan sus creencias; pero a los niños sí los presiona.

—¿Y hay facilidades para salir?

—Cuando nosotros nos vinimos, sí; después, no sé. Claro está que para salir es preciso renunciar a todo. Se levanta inventario de los bienes, y todos ellos quedan entregados al Estado. No puede sacarse nada sino las prendas personales tasadas por los funcionarios, que, como son de origen proletario, poco saben de comodidades.

En una oficina administrativa conocemos a una chica cubana que cuenta cosas parecidas.

—¿Cómo se vino usted?

—Con mis padres. Después se nos han reunido otros de la familia, pero algunos se han ido quedando en el camino, principalmente en Miami.

—¿Qué hace su padre?

—Tenía algunos dólares en su cuenta de ahorros de Nueva York, y con ellos vivimos los primeros meses. En seguida se consiguió un socio y han comprado entre los dos una estación de gasolina. Como la atienden personalmente, están ganando algo.

—Y su padre, ¿qué hacía en la isla?

—Tenía una oficina de corretaje, en la cual se atendía sobre todo la subdivisión de tierras para construir nuevas poblaciones en los suburbios de La Habana.

—¿Cree usted que volverán?

—Me cuesta hacerme a la idea de que no; pero mi padre está muy pesimista, y nos dice que hay que acostumbrarse a vivir aquí. Ya Cuba no nos quiere.

En Tulane University, algunos de estos cubanos prosi-

guen sus estudios, y entre ellos escogemos a uno, muy avisado, que estudia leyes.

—¿Dónde va a practicar la profesión de abogado cuando se reciba?

—En Estados Unidos. No creo que pueda volver jamás a Cuba.

—¿Cómo llegó usted?

—Con mis padres. Mi padre es abogado, y en Cuba tenía algunos bienes que había ganado con el ejercicio de la profesión, y era director de un banco comercial. Esto le creó relaciones en Estados Unidos, adonde vino con mucha frecuencia. Cuando se decidió a salir, comenzó por mandar a Estados Unidos a su madre y a su abuela con nosotros.

—¿Tiene usted bisabuela viva?

—Sí, gracias a Dios. Tiene noventa y cuatro años.

—¿Dónde vive ahora?

—En Nueva York, con mis padres. Después se vinieron algunas tías, y en seguida, mi padre y mi madre. A ellos les tocó entregarlo todo.

—¿Todo?

—Sí, todo lo que teníamos en la isla.

—¿Cree usted que debe hacerse la invasión de la isla?

—No queda otro remedio. Hay grupos que trabajan en eso, aunque Washington procura desalentarlos y los ha notificado de que todo lo que hagan es personal y será considerado clandestino.

—¿Está usted listo para partir?

—Todos los muchachos de edad militar lo estamos.

—Pero usted cree que no va a ser posible volver...

—Así parece. Con el tiempo que pasa, van desvaneciéndose nuestras ilusiones. Todo es hoy más difícil que ayer.

El chico, prematuramente envejecido, ya no sonríe como hasta ahora ha hecho. En sus ojos parece haberse diluido en rojo una lágrima.

EL GRAN PILLAJE

A UN CUBANO emigrado que encuentro de vendedor en una tienda en New Orleans, le pregunto por su peripecia. Tiene algo así como cuarenta años, y en La Habana era dueño de un almacén de artículos surtidos, con especialidad en objetos típicos para los turistas.

—¿Cuándo se vino usted de la isla?

—Hace unos seis meses. Me quedé algunas semanas en Miami, y vi que no era posible establecerse allí porque hay ya muchos emigrados y la ciudad es muy pequeña. Era preciso avanzar a un centro de mayor amplitud, y entonces se me facilitó una colocación aquí en New Orleans.

—¿Huía usted del marxismo?

—¡Qué va! De lo que vengo huyendo es del pillaje. En La Habana, hasta el momento en que yo me quedé, se habían organizado bandas de jóvenes "activistas" que asaltaban los comercios con el objeto de obtener erogaciones para el partido. Parece que cuentan con la impunidad.

—Pero Fidel Castro ha condenado este pillaje.

—Sí, claro está, no podía ser de otra manera. Ahora ha dicho que hay en La Habana grandes grupos de muchachos que han interpretado el marxismo en el sentido de que deben vivir de lo que dejaron los ricos. Para esto asaltan las residencias vacías, se llevan lo que ellas contienen

y lo venden en forma clandestina. Según Castro, aun cuando están en edad de estudiar, pues fluctúan entre catorce y veinte años, no quieren hacerlo. El propone que se vayan a trabajar al campo; pero no sé si logre cercarlos por la fuerza. Ganas de trabajar no tienen, ni en el campo ni en la ciudad.

—¿Usted los conoció?

—Era imposible no conocerlos, pero tratábamos de no encontrarnos con ellos. Atracaban a los transeúntes en las calles, sea para hacerles gritar "Viva Fidel, viva la Unión Soviética", sea para quitarles la plata.

—¿Tanto como eso?

—Sí, señor, y la prueba la tiene usted en que Fidel, en el discurso a que me refiero, propuso la pena de muerte para quienes cometan estos robos, que en su entender desprestigian a la revolución.

—¿Y usted, qué piensa?

—Pues que la revolución misma es toda ella un gran pillaje y que los chicos que cometen tropelías en las calles de La Habana interpretan el movimiento muy bien. A mí me quitaron mi comercio, que era bastante modesto y que había formado con mi propio esfuerzo. Yo no soy explotador del pueblo, ni nada parecido; vendía chucherías para los turistas y otras cosas así, y con ello tenía lo justo para vivir.

—¿Tiene usted familia?

—Muy corta, afortunadamente: mujer y dos chicas. Cuando vimos que aquello era imposible, salimos.

—¿Pudieron hacerlo sin dificultad?

—No hubo dificultad, pero sí fue necesario entregar el local a puertas cerradas, con las llaves inclusive, a una oficina administrativa. No se ha salvado nada de lo que había adentro, ni la casa ni el automóvil.

—¿No habría sido posible vender?

—No, señor; todo debe ser entregado al Estado. Los particulares, por lo demás, no sacarían nada pretendiendo comprar, porque a la larga todo se les quita. Por eso digo yo que la revolución misma es un gran pillaje, y los chicos "activistas" que la aplican a su modo no se alejan mucho del modelo que ven empleado en las alturas.

—¿Y las ventas que hacen los "activistas"?

—Yo no sé mucho de ellas, pero parece que son un negocio clandestino, organizado con alguna complacencia oficial. El desmantelamiento de las casas de los ricos se presume que puede producir dinero al Estado, pero para ello es preciso hacer una selección muy severa de los artículos. Sabemos que lámparas, alfombras, cuchillería fina, muebles de época, han sido adquiridos así y guardados en bodegas del Estado.

—¿Se sabe qué destino tiene todo eso?

—En La Habana se decía que iba a ser transportado a Europa, y que se vendería en casas de anticuarios de Suiza, Francia, Italia y otros países.

—De modo que se presume que hay en el fondo algo oficial.

—Sí; se presume y aun se afirma. Dicen que lo mismo se hizo en Rusia, donde las residencias de los ricos y de los nobles fueron desmanteladas para vender todo lo fino que ellas contenían, en los grandes mercados anticuarios de la Europa occidental. Nosotros en Cuba no teníamos mucho, pero algunas casas estaban bien puestas. Las joyas y otros objetos de pequeño volumen han sido guardados en las embajadas mientras pueden salir sus dueños. Todo lo demás se ha perdido. Nadie ha podido levantar inventario completo de lo suyo, y no se sacaría nada con tenerlo,

porque el régimen declara a cada momento que en la isla ha sido suprimida toda forma de propiedad privada.

—¿Y su casa?

—Una casa muy modesta, pero cómoda. Fue asignada a un miliciano, muy joven, soltero, que se fue allí a vivir con su madre y otros parientes. Son las últimas noticias que he tenido de la isla.

ADIOS A CUBA

UNA CONSECUENCIA inesperada de la situación cubana, convertida en la primera nación comunista del Nuevo Mundo, es la emigración de profesionales. ¿Cuál es la causa? Muy difícil precizarla. O los profesionales cubanos eran todos de ideas retardatarias, decididamente inadaptables a las nuevas soluciones que allí ha querido ensayar el régimen de Castro, o por el hecho de ser profesionales creen posible desarrollar mejor su vida en el extranjero. Sea lo que fuere, el hecho es que en los Estados Unidos actualmente se van diseminando los profesionales cubanos por todas partes. Todos ellos declaran que están de paso y que algún día volverán a la isla. Los emigrados del régimen zarista creyeron lo mismo durante algún tiempo, hasta que fueron dejando de existir en los países a los cuales se habían acogido. Olvidaron aquéllos y éstos que las revoluciones son, en general, irreversibles, esto es, que una vez desencadenadas les es, generalmente, imposible volver atrás. Lo que significa que, según todo lo hace presumir, la nueva situación de Cuba no va a cambiarse así no más, sino a consolidarse en sus posiciones.

Los emigrados cubanos de Estados Unidos dicen saber que no menos de dos mil quinientos médicos han pedido permiso al gobierno de Castro para abandonar la isla, y que estos permisos, fáciles antes, son ahora muy difíciles

de obtener. El gobierno socialista de Cuba se ha dado cuenta de que necesita a los profesionales y no quiere ahora que se vayan. La doctrina general de Castro ha sido, como se sabe, distinta, y son clásicas algunas de las palabras que empleaba Castro en sus discursos de extensión siempre kilométrica: "Si no les gusta, que se vayan", "A los cobardes que huyen no les impediremos marcharse", "Edificaremos el socialismo cubano sin ellos", etc. Y es claro que resulte más fácil hacer gobierno a gusto de los guajiros, que piden poco, y no a gusto de los doctores y licenciados, que piden mucho y que, además, quieren ser ellos, también, gobernantes. Pero la fuga de los profesionales de Cuba se ha convertido ya en un negocio grave, y Castro quiere impedirlo.

De un lado, empobrece el inventario técnico de la isla, a la cual se ha prometido un rápido mejoramiento de las condiciones de vida, que sería tal vez imposible de lograr, por lo menos en el campo de la salud, si los médicos se van a los Estados Unidos. Pero lo que Castro tal vez no ha medido hasta hoy en todas sus consecuencias es el fenomenal regalo que la revolución ha hecho al más odiado de sus adversarios, al colosal vecino del Norte, a los Estados Unidos. En este país hay un notable déficit en las vocaciones médicas, que preocupa a las autoridades de la educación y que sin duda algún día interesará al propio gobierno federal. Los estudiantes de Medicina que se matricularon en el primer curso de estudios, en 1950, alcanzaron a veintiún mil; pero nueve años después, en lugar de haber aumentado, por lo menos para responder al crecimiento demográfico, han disminuido, y en 1959 solicitaron la matrícula sólo catorce mil nuevos aspirantes a médicos. ¿Qué pasa? ¿Cuál es el motivo?

No se sabe de cierto lo que ocurre, pero dos causas se aceptan, entre muchas, como decisivas. De una parte, la

carrera médica ofrece pocas expectativas económicas en un país en el cual hay profesiones técnicas rapidísimas, a cuyo término el egresado obtiene excelentes salarios. De otro lado, hay la esclavitud de los horarios. Un técnico empleado en la industria electrónica trabaja ocho horas en el día, y al término de ellas se va a su casa y desaparece, literalmente, para la industria. El médico no. En los Estados Unidos hay muy pocos especialistas, y la mayor parte de los titulados son *general practitioners*, es decir, médicos que hacen de todo. En condiciones tales, deben atender a cualquier hora, no ya sólo la consulta telefónica del paciente en tratamiento, sino inclusive la visita domiciliaria. En suma, los estudiantes, cuando llega el día de elegir carrera, optan por las más cómodas. Una tan sacrificada como la de la Medicina se reserva a los héroes, y desde los tiempos de Pero Grullo se sabe que los héroes abundan poco...

Los afectos a las estadísticas, que en este país son muchísimos, casi tantos como en Chile, agregan a las que ya hemos dado otra muy elocuente. Hacia 1975, los Estados Unidos necesitarán tres mil seiscientos médicos más por año, para atender al crecimiento de la población, que sigue —dicho sea de paso— una peligrosa tendencia de alza. Si hoy es ya problema la falta de vocaciones médicas, ¿cómo será entonces?

Se sabe que cuando una profesión no ofrece alicientes económicos halagüeños termina por ser preferida de las mujeres, ley de psicología humana que se advierte aquí ya en profesiones como las de profesor, bibliotecario, secretario, policía, etc. La esperanza puede ser, pues, que las mujeres opten por la carrera de Medicina en ausencia de los varones. Sin embargo, hay demostraciones de que por el momento no es así. La carrera médica atrae poco a las mujeres, por lo mismo que ha sido hasta hoy dominada por los hombres, hasta el punto de que no se cree posible que

una profesional ocupe dentro del hospital, por ejemplo, sino posiciones subalternas. O la organización intelectual femenina es compatible sólo en el grado de la indigencia con las necesidades del ejercicio de la Medicina, o existen otros motivos que sería en todo caso muy largo desentrañar. El hecho es que por el momento no se divisa cómo llenar el déficit de médicos con médicas, es decir, con damas.

De los profesionales cubanos asilados en Estados Unidos, algunos habían obtenido sus títulos en este país, lo que nada tiene de chocante dada la vecindad, y para ellos fue muy fácil el tránsito. Se han colocado fácilmente, dada la penuria de médicos que se observa en Estados Unidos. Otros, hasta el número de trescientos, han debido ser inscritos en cursos especiales para que adopten algunas técnicas y procedimientos que son de rigor en este país y que no lo eran en Cuba. Para este objeto existen fondos adecuados en el presupuesto federal, que en buena proporción han sido entregados a la Universidad de Miami, precisamente el sitio al cual llegan casi todos los emigrados. En suma, el déficit de médicos que se observa en los Estados Unidos podrá ser, siquiera en parte, atendido con los médicos cubanos que huyen del régimen socialista establecido en Cuba.

Hemos dicho algo, en notas anteriores, sobre la constante emigración de la isla. En el caso de los profesionales, las salidas se hacen en forma graduada: primero las damas, especialmente las de mayor edad; después los niños, y sólo cuando la familia ha sido toda ella llevada fuera, sale el jefe del hogar. Esto se hace con el objeto de no dejar en la isla rehenes fáciles de amedrentar, como las mujeres solas e indefensas, a quienes el régimen pudiera atormentar con tal de conseguir algo de los que se fueron. Esta historia, repleta de incidentes íntimos que son a veces dolo-

rosos y hasta dramáticos, desplaza por Estados Unidos una masa de cubanos que pueden, por el momento, llamarse refugiados, puesto que han obtenido "refugio" en la condición de indigentes que casi todos exhibían. Pero tendrán que acomodarse y pasar a ser ciudadanos del nuevo país que los acoge. Insisto en que las revoluciones son, por lo común, irreversibles, y que cualquiera vuelta atrás en la organización socialista de Cuba es menos probable a cada hora que pasa.

Por este carácter irreversible que tienen las revoluciones sociales, llama tanto la atención el caso de España, donde una guerra civil dura y extremosa, como todas, cambió el curso de la historia e hizo retornar al primer plano valores psicológicos y sociales que aparecían, desde 1931, destinados a la extinción. Pero todo indica que el caso es excepcional, y que Cuba no es otra España, a pesar de los muchos siglos que vivió la isla en el seno de la Hispanidad colonial.

HOGARES CUBANOS EN ESTADOS UNIDOS

LAS DISPOSICIONES que rigen la entrada de extranjeros a los Estados Unidos son bastante amplias, de modo que el país sigue siendo un buen regazo para quienes buscan en él nuevas expectativas económicas. Un flujo regular de europeos aumenta cada año las cifras de los descendientes de alemanes, holandeses, ingleses e italianos que forman las grandes masas demográficas de que se ha venido alimentando el país desde que alcanzó la independencia de Inglaterra. Pero todas las previsiones humanas son siempre débiles ante la realidad, y he aquí cómo, de pronto, la mayor cuota de inmigración registrada en muchos años corresponde a Cuba y no a ninguna de aquellas nacionalidades. ¿Cuántos son los cubanos que se han venido a los Estados Unidos? ¿Qué hacen y dónde están? He aquí un puñado de preguntas que no tienen por el momento respuesta a firme.

Desde luego, lo que importa más no es tener noticias de los cubanos que pasaron a Estados Unidos, cosa que con el tiempo se sabrá, sino de los cubanos que en general huieron de su país. Porque algunos, por motivos familiares, económicos, políticos, etc., en lugar de huir hacia los Estados Unidos, se han dirigido a México, Puerto Rico, Haití, Santo Domingo, Panamá, Venezuela, etcétera. Hay que aceptar, eso sí, que la mayoría ha preferido pasar

a Estados Unidos, donde por lo demás existen servicios especiales para atenderlos. Instituciones como Servicio de Ayuda Católica (CRS), Servicio de las Iglesias del Mundo (CWS), Comité de Rescate Internacional (IRC) y Sociedad Judía de Ayuda a los Inmigrantes (UHIAS), tienen agencias que funcionan en Miami, donde, según sus preferencias, el inmigrante puede dirigirse para sus primeras necesidades: comida, ropa, alojamiento. De todo ello hay en abundancia, y además, secretarías donde el inmigrante indica edad, profesión, títulos, conocimientos, aptitudes, para una futura colocación. Debe señalarse que algunos de ellos, ricos en la isla, llegan a Estados Unidos en estado de perfecta indigencia, porque de otro modo, es decir, con equipaje, la salida habría sido absolutamente imposible.

Ahora bien, teniendo en cuenta las cifras provisionales que se han dado, los emigrados cubanos a quienes se ha podido registrar en Miami alcanzan a 160.944, de los cuales 56.003 han sido distribuidos ya en otras ciudades de la Unión. Se anota que han ido a todos los Estados, menos al de Alaska, muy distante, muy frío, muy despoblado, que no ofrece por el momento grandes expectativas para ellos. Algunos han vuelto a Miami, pero si el regreso no se hace por algún motivo plausible, el refugiado pierde derecho a cualquier ayuda.

Es evidente que la intención de las autoridades del país consiste en impedir la congestión en Miami, primero porque toda congestión hace daño a una ciudad, y en seguida porque los cubanos concentrados en un solo sitio pueden ocasionar problemas políticos al gobierno federal. Estados Unidos acaso anhela muy vivamente que el gobierno de Castro caiga y sea reemplazado por otro, pero tiene que guardar las formas y evitar que se le acuse de estar fomentando el espíritu de rebeldía. El norteamericano típico

es hombre de mucha paciencia, y confía mucho en el tiempo, del cual cree seriamente que es su aliado; y esta paciencia la muestra sobre todo en el asunto cubano. Según él, Cuba va a dejar de ser comunista dentro de algunos años, y mientras tanto no cabe sino esperar a que así suceda.

La familia cubana, como es de rigor en los países hispanoamericanos, es abundante, de modo que por lo común los refugiados comprenden una enorme cuota de niños, entre los lactantes y hasta los de edad escolar. Aquí se aplican de modo muy especial las prolijas disposiciones que en Estados Unidos protegen a los menores, desde la calidad de los alimentos hasta la educación. Se calcula que no menos de diecinueve mil niños asisten a escuelas de los primeros grados, y no menos de veinte mil jóvenes van a cursos universitarios, de entre los refugiados cubanos. Para ello disponen de recursos que proporciona el Estado federal. A estas cifras deben añadirse algo así como dieciocho mil adultos, que reciben educación complementaria, principalmente de inglés, al término de la cual quedarán en situación de incorporarse al trabajo normal del país.

Algunos de estos hechos y de estas cifras se explican porque entre Cuba y Estados Unidos hay una vecindad muy estrecha, y porque, en suma, el cubano que no quiera colaborar al régimen socialista de su país, el primer sitio a que puede tender sus miradas es al país del Norte. La sola idea de que hay allí cerca de ciento noventa millones de hombres que no se mueren propiamente de hambre, conforta a muchos. ¿Cómo no va a haber un rincón para que una familia que todo lo perdió en la aventura reciba la ayuda esencial que por humanidad se da a los seres humanos reducidos al último extremo de la miseria? Y es a los Estados Unidos adonde se van de preferencia, sin per-

juicio de que algunos hayan ido a los otros países que ya mencionamos.

Lo curioso es que el régimen socialista de Castro y de sus hombres, entre quienes hay sin duda algunos que saben muy bien lo que se debe hacer para que la revolución subsista, no haya parado a tiempo esta emigración. No creo que los emigrados sean un peligro político en sí. Están muy divididos en sus opiniones políticas, y, por lo común, a juzgar de los que he tratado, aceptan que jamás se volverá atrás en Cuba. Pero lo que sí pasa es que la emigración está produciendo un notorio empobrecimiento en la vida cultural del país. No emigran los campesinos ni los obreros, a quienes el régimen, como es de cajón, halagó mucho y seguirá halagando. Quienes emigran son los licenciados, los doctores, los profesores, los jefes de empresas y de oficinas, los funcionarios superiores de los ingenios y de las fábricas, los ingenieros, es decir, un grupo selecto de personas capaces de afrontar tareas de responsabilidad, sea por la destreza profesional adquirida, sea por el grado de refinamiento de su educación general. La población de la isla se descrema. Los hombres superiores se van, y los que se quedan, por lo general carentes de educación superior, no tienen requisitos para reemplazarlos.

Se dirá que muchos quedan. Perfecto; pero debe aceptarse que en una nación pequeña, de corta población, "un" hombre apto hace más falta que "mil" en un país tan grande como Estados Unidos. Y se da además la paradoja de que sea el débil quien aporta sus fuerzas al más robusto. Porque, a la larga, esos cubanos emigrados, distribuidos en todos los rincones de la Unión, algo harán, del mismo modo que han hecho los irlandeses, alemanes e italianos fugados de la miseria y de las persecuciones de

sus países de origen. Cuba logrará ser una nación comunista más, al nivel de Hungría, Polonia o Yugoslavia, tras el desangre que hoy vemos. A la larga, pues, resultará vencedor Estados Unidos por las solas ventajas que le proporcionan su vecindad y su enorme población, donde doscientos o trescientos mil cubanos apenas se notan.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA PROBLEMATICA ALIANZA
PARA EL PROGRESO

ESCEPTICISMO INICIAL

COMO EN los Estados Unidos la institución parlamentaria no tiene atribuciones para fiscalizar los actos del gobierno federal y no existen interpelaciones a los ministros, ni votos de censura, ni nada parecido, las formas de expresión de la opinión pública no pueden buscarse allí. Están en otras partes, y sobre todo en la prensa. Una prueba de esta verdad la tenemos hoy a la vista: los resultados de la Conferencia de Punta del Este, que habrían debido producir una agitadísima intervención parlamentaria, comienzan a ser comentados en las columnas periodísticas, puesto que allí, en el Congreso, no se sacaría nada con exhibirlos.

La impresión inicial de agrado y de satisfacción ha cambiado rápidamente. Hay ya quienes dicen que la política internacional de los Estados Unidos sufrió en Punta del Este un nuevo revés, y que si este resultado no aparece demasiado amargo, ello se debe a que ha sufrido tantos otros que el de ahora era, en cierto grado, previsible. Un senador, Engle, ha resumido la situación en estos solos términos: "Los Estados Unidos están perdiendo a Sudamérica". ¿Cómo se interpretan estas palabras?

Thayer Waldo, corresponsal de *San Francisco Chronicle*, acaba de publicar un artículo titulado "La derrota de Estados Unidos en Punta del Este", con cuya enunciación

se pueden evitar algunas perífrasis. En el entender de Waldo, la resolución adoptada en la Conferencia de Cancilleres no es satisfactoria para la nación, ya que aparece sostenida sólo por trece países que en conjunto representan apenas el 30 por ciento de la población del continente. Entre los países que se abstuvieron, se cuentan los tres más grandes (en superficie, población, recursos naturales, industrialización, etc.), a saber: Brasil, México y Argentina, que unidos a los otros también abstinentes, Chile, Bolivia y Ecuador, reúnen una población de ciento treinta y cinco millones de habitantes, contra sesenta millones de los otros trece. La estadística es aplastante.

Waldo asevera además que mientras los contactos personales previos que llevó a cabo el gobierno federal fueron muy limitados y, por lo visto, erróneamente conducidos o interpretados, Castro despachaba agentes por todas las naciones hispanoamericanas para buscar contactos y correspondencia. Consignamos la suposición de Waldo *cum grano salis*. No la creemos en su tenor literal; pero sí está a la vista que el ejemplo de autodeterminación, de independencia económica, de altanería nacionalista que está dando Cuba, es eminentemente contagioso y debe rendir copiosísimos frutos. Es decir, cada nación subdesarrollada del continente puede llegar a sentir que si Cuba rompe el sistema interamericano sin que le pase nada, todas ellas pueden hacer lo mismo. Si no lo han hecho hasta hoy, es sólo porque el poder de penetración de las ideas en general, y de las políticas en particular, es muy lento, hasta el grado de que a menudo se necesitan años para que alcancen a llegar al punto de ebullición necesario. Esto quiere decir, además, que la diplomacia de los Estados Unidos está luchando contra el tiempo.

Bajo los comentarios de la prensa late, de otro lado, un

aspecto del problema que puede llegar a cobrar cierta importancia. ¿Qué va a ser de la Alianza para el Progreso? Tal como están las cosas, parece como que hubiera nacido muerta, es decir, que aun cuando promulgada en varios idiomas y comentada muy auspiciosamente en todas partes (menos en Cuba, como es natural), en definitiva no se la podrá aplicar. Es un remedio demasiado lento para calmar las ansiedades de los pueblos hispanoamericanos y demasiado vago para contemplar todas las situaciones posibles. En el caso nuestro, el de Chile, bien sabido es que las provisiones que allí se hacen sobre reforma agraria han suscitado los más ácidos comentarios. Y es que ha de sentirse insincera la urgencia para hacer la reforma agraria a espeta perros en un país donde la propiedad territorial está ya bastante distribuida, si ella procede y se agita en una nación donde, en cambio, subsisten enormes propiedades rurales. Algo hay en el Evangelio sobre la paja en el ojo ajeno, que cabría recordar en este caso, sobre todo porque se trata de cosas de campo...

Finaliza el comentario de Waldo que "todas las repúblicas que se abstuvieron están activamente comprometidas en la exploración de las posibilidades comerciales con el bloque comunista, debido a que necesitan desesperadamente nuevos mercados para sus materias primas y mejores condiciones que las que se les ofrecen ahora desde el mundo libre". Esto de poner las necesidades materiales en el mismo plano que las doctrinas, no es una posición que podamos compartir. En nuestro entender, la lucha que se libra en el mundo americano, ayer compacto bajo la red sutilmente anudada del sistema interamericano, hoy en dispersión desde que Cuba rompió la red, no es una lucha de necesidades materiales, sino de ideas, doctrinas, sistemas de gobierno, relaciones institucionales, etc. Pero,

en fin, sea lo que fuere, tal es el pensamiento de Waldo, y nos hemos limitado a traducirlo.

Días antes, el grupo Gallup, que realiza averiguaciones sobre el sentir de la opinión pública para uso de no pocos diarios, había hecho una publicación sumamente reveladora. ¿Cuál es el estado de espíritu de la población de los Estados Unidos al cumplirse un año del gobierno de Kennedy? Entre otras cosas, se fijó la atención sobre el siguiente tópico: ¿quién está, en estos instantes, ganando terreno en la guerra de las ideas, que es, como sabemos, una de las formas de la guerra fría? 57 por ciento de los consultados respondió que la Unión Soviética; 20 por ciento que los Estados Unidos, y el resto, 23 por ciento, declaró no poder dar una respuesta a firme.

Estas preguntas les fueron hechas a hombres de instrucción superior, capaces de contemplar las cosas un poco por debajo de la superficie. De allí la impresión pesimista que se puede observar hoy en los Estados Unidos, que llega a los comentarios de la prensa con mayor frecuencia cada día y que conduce a tornar muy acerbos los juicios emitidos por los adversarios de la actual situación política y los opositores al gobierno de Kennedy.

Entre el punto de vista de Waldo, que habla de las materias primas, y este de los interrogados por Gallup, que hacen alto en la guerra de ideas, hay mucha diferencia de principio, como se ve; pero en la conclusión todos convienen, puntos más o menos. Los Estados Unidos tienen ya roto el sistema interamericano por la deserción de Cuba, no lo han podido parchar después, y todo indica que por la brecha abierta pueden escaparse otras naciones. ¿Hay remedio para tan grave situación? A juzgar por el pesimismo dominante en todas las formas de expresión que asume en este país la opinión pública, no queda ya ningún

remedio, puesto que no lo sería el regresar a los tiempos de la política del *big stick*, política, dicho sea de paso, que exige condiciones ya desaparecidas en el conjunto de las naciones americanas, desde la arrogancia imperial del primer Roosevelt hasta la incitadora anarquía de las naciones hispanoamericanas.

LA PAJA EN EL OJO AJENO

MUCHAS personas entusiasmadas con la idea de que la Alianza para el Progreso debe cambiar la faz de la existencia en el continente hispanoamericano, se han avanzado a decir que con ella se aplica a este conjunto de países una especie de Plan Marshall. Los resultados de esta institución acarrearán, como se sabe, la restauración de Europa a un nivel de vida comparable al que tenía antes de la Segunda Guerra Mundial, y en algunos casos no sólo eso se consiguió, sino inclusive despertar nuevas energías y levantar la economía a niveles todavía superiores. En suma, de la experiencia recogida puede asegurarse que un Plan Marshall sería salvador para Hispanoamérica en cuanto aceleraría su progreso.

La analogía es falsa. El Plan Marshall no contenía ninguna postulación política, es decir, para acogerse a sus beneficios no se pidió a los países europeos que cambiaran nada de lo que tenían en esa fecha, ni el régimen de propiedad, ni las instituciones políticas. La Alianza para el Progreso, en cambio, interviene gravemente en esos terrenos, y es allí acaso donde ha de buscarse, de preferencia, la causa de su relativa esterilidad. No tan relativa, por lo demás, desde que ha sido aceptada oficialmente por sus autoridades. Cuando, hace pocos días, se cumplió un año de su existencia, se dijo que no habría celebracio-

nes porque en realidad nada había que celebrar. Todo por el momento se reduce a conversaciones preliminares, a planes para planes para una acción futura, y a la organización, naturalmente, de una burocracia que recibe papeles, archiva papeles, tramita papeles y despacha papeles como cualquier otra burocracia.

La Alianza para el Progreso fue estudiada y concebida, según todo lo hace sentir, en aquellos grupos de norteamericanos que ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. A ellos les llama mucho la atención el hecho de que los grupos gobernantes de los países hispanoamericanos sean relativamente reducidos, de modo, por ejemplo, que se suelen repetir los apellidos, y padres e hijos son, sucesivamente presidentes de ciertas naciones del Sur. Esto lo llaman ellos oligarquía, y lo creen nefasto. Sin embargo, no ven que el grupo gobernante de los Estados Unidos es también muy reducido, y tal vez más, en proporción a la población, que el de Chile o Ecuador, y que en consecuencia los apellidos también se repiten. Y no es que se repitan en la remota historia del país, sino ahora mismo. El Presidente Kennedy, que pertenece a una familia numerosa, dicho sea de paso, nombró de *Attorney General* a uno de sus hermanos, y otro es actualmente candidato a senador.

Lo que no perciben es que el interés por el gobierno es un talento, como el de tocar el violín, y que siempre serán muy pocos quienes lo reciban como don de la naturaleza; y que para ejercerlo en forma satisfactoria es preciso tener la casa a flote.

Se dirá que no es totalmente democrático que sólo los ricos lleguen al gobierno, y puede ser que así lo sea en última instancia. Pero ¿qué hacer? Desmedrado papel haría en el manejo de los negocios públicos el pobre diablo que debiera estarse ocho horas al día pegado a una

máquina o a un escritorio para ganarse el pan. La división del trabajo deja, pues, al artesano en su oficio y al gobernante en el suyo.

Una de las nociones más frecuentes entre los señores de la viga es la de que la propiedad territorial de los países del Sur está mal distribuida. No sería razonable que la propiedad estuviera distribuida en el Nuevo Mundo sino de una sola manera, ya que la historia de la constitución de la propiedad es uniforme desde el Canadá hasta la Argentina. Dicho de otro modo: toda la tierra del Nuevo Mundo está distribuida de la misma forma, buena o mala, y si un norteamericano postula que está mal distribuida en Chile, debe aceptar que por los mismos motivos está erróneamente asignada en los Estados Unidos. La Alianza para el Progreso pretende que no haya grandes propiedades territoriales, pero lo quiere sólo para los países que van de México hacia el sur, no para los que van de Estados Unidos hacia el norte. Esta extrañísima proposición quita seriedad al intento y barrena uno de sus cimientos más sólidos.

Si se hubiera de formular un plan para establecer una Alianza del Progreso para los Estados Unidos, a alguien podría ocurrírsele pretender que la propiedad industrial está mal distribuida, puesto que existen entes de producción gigantescos, como la General Motors, la Standard Oil, la United States Steel, etc. Más democrático sería que en lugar de haber cuatro o diez grandes industrias, hubiera veinte mil pequeñas unidades industriales, a cargo de otros tantos gerentes o administradores. Esto de que la fragmentación de las industrias sea más democrático, no lo sentimos nosotros, sino que lo atribuimos a los mismos señores de la viga, que procuran a todo trance la subdivisión de la propiedad territorial en todos los países americanos, a condición de que ella no se aplique en los Estados Uni-

dos. Sin embargo, en este país no sólo se acepta la existencia de aquellas gigantescas industrias, sino que suelen ser objeto de exhibición complacida, como prueba del desarrollo de la nación. Y lo son, sin duda, a condición de que no se postule como antidemocrática la existencia de grandes capitales y de grandes empresas, porque si no serían lo más antidemocrático del mundo.

La Alianza para el Progreso, según otros, ha llegado diez o veinte años después de la fecha en que pudo ser útil. Hoy es tarde para aplicarla, y el ritmo lento que se observa parece indicar que en definitiva quedará sin aplicación. Todo puede ser. Lo grave es, sin embargo, el contenido político que se ha venido a descubrir en ella.

Los países adheridos al sistema deben producir tales y cuales reformas de estructura de la propiedad y deben movilizar determinados resortes; si así no lo hacen, no podrán impetrar los recursos que la institución haya acumulado para la hora en que deba cumplir sus compromisos. Y todos aquellos cambios implican la transformación del régimen social (no ya político) existente en las naciones del Sur, hasta abarcar una especie de socialismo de Estado. En el caso de Chile, desde luego, la transformación es menor, pues socialismo de Estado hay en Chile de muchos años a esta parte. Pero entonces cabe preguntarse si cae dentro de la lógica aristotélica que para recibir los beneficios que dispensa un país democrático haya de abandonarse el camino que esa nación ocupó hasta alcanzar el estado presente de prosperidad, para irse por otro camino, que será tanto más socialista cuanto menos democrático. Esto, claro está, no cae dentro de la lógica aristotélica, pero sí dentro de la hegeliana, heredada por los comunistas, y está lucubrado para que la América del Sur madure de golpe y caiga, ya cebada por los democráticos, en manos del socialismo.

Los comentarios de prensa que se han sucedido en Estados Unidos en estos días, con motivo de aquel aniversario de la Alianza para el Progreso, son acerbos. Es verdad que en muchos de ellos se deja en claro que el fracaso de la institución se atribuye, en algunos círculos, a los intereses creados que en los países del Sur se oponen a cualquier innovación social y económica. Pero a quienes así piensan y dicen, cabría preguntarles si no sería legítimo que los intereses creados en los Estados Unidos se opusieran a cambios de estructura sugeridos desde fuera. Claro que sí, y ello porque es perfectamente razonable que los intereses creados se defiendan, donde existen, mientras estén asistidos del convencimiento de haberse creado en forma legítima y de sostenerse sin lesionar la vida normal de la nación. Los señores de la viga pretenden que los intereses creados de los países del Sur no son legítimos. ¿Por qué? Nunca se han preocupado de definirlo, a pesar de que la filosofía de la Alianza para el Progreso está cimentada, toda ella, en el concepto matriz de que la estructura social, política y económica de los países hispanoamericanos es equivocada y debe ser cuanto antes transformada y rectificada.

Por lo demás, hablando con franqueza, está asimismo dentro de la lógica de los intereses creados en Estados Unidos el que los países del Sur progresen, y, por lo tanto, vivan contentos y no se distraigan pensando en quimeras. Si hay intereses creados por aquí y por allá, ¿no sería lo más razonable que todos ellos se respetaran para marchar unidos?

RICOS Y POBRES

LOS COMENTARIOS de la prensa de Estados Unidos sobre la Alianza para el Progreso han sido ligeramente más optimistas en las últimas semanas. El gran ascenso de la popularidad del Presidente Kennedy explica una parte de este cambio, gradual y sostenido, y que por eso mismo parece sólido. Según el juicio general de los comentaristas, merced a aquella gigantesca operación financiera y económica se corregirán algunas de las más salientes desigualdades que dividen a los grupos de que se forman las naciones americanas del Sur, de modo que no haya puñados de hombres bienquitos de la suerte a los cuales sobre de todo, junto a vastas masas cuyo nivel de vida es harto más bajo. A los comentaristas, desde luego, les choca saber que en algunas de aquellas naciones los impuestos que gravan a las fortunas son, en algunos casos, más livianos que en Estados Unidos, donde la queja por el peso tributario no amaina, sino que va en auge año por año.

Y a propósito, hace pocos días, con motivo de la declaración anual para el pago del impuesto a la renta, que preocupa a toda la nación, un periódico reveló que el Presidente Kennedy tiene una renta de seiscientos mil dólares por año, parte formada por su sueldo como Jefe del Estado y parte emanada de fuentes propias de recursos. No es, naturalmente, la entrada individual más alta que hay

en el país, ya que la familia Kennedy apenas figura en las nóminas de las grandes fortunas, donde rolan, en cambio, Dupont de Nemours, Ford, Rockefeller y cien más. Cabe recordar que en Estados Unidos hay varios millones de familias que deben contentarse con sólo dos mil dólares anuales de renta para todos sus gastos. Si la aritmética no engaña, la renta de un solo individuo equivale a trescientas veces lo que es la de otros, proporción con la cual, aparentemente, dista mucho de satisfacerse la aspiración que sustenta la Alianza para el Progreso de división enteramente equitativa del ingreso nacional en otras regiones.

Cuando se postula reducir las diferencias que distancian a los hombres, parece atenderse ante todo a la equidad natural, la que, a pesar de su nombre, viene a ser una cosa más teórica que práctica. Por lo menos lo es en este país, donde lo más práctico es que una sola familia gane trescientas veces lo que ganan otras. Desde muchos siglos se viene repitiendo que los humanos solemos ver mejor la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio, y esta vez parece que va llegando la hora de repetirlo de nuevo. ¿Por qué en los Estados Unidos se cree condenable que haya diferencias de fortunas en Ecuador, México y Uruguay, y no se las cree condenables dentro del propio país? Hay más. Aquí se entiende entre el vulgo que la democracia es imposible en los países americanos del Sur, en virtud de la presencia de tales diferencias de ingreso, y al decir vulgo, se habla del término medio cultural de la nación, desde los viajeros que publican libros hasta los especialistas dedicados a la estadística. Todos ellos, sin excepción alguna, cuando hablan de las naciones americanas del Sur las presentan asfixiadas por una oligarquía de insolentes señores muy ricos, a quienes se les ha ocurrido no sólo disfrutar los bienes que la riqueza comporta, sino además monopolizar en su bene-

ficio el poder público. Tal es la imagen teórica que ha servido de cimiento a la Alianza para el Progreso.

Yo no sé cuál sea el nivel de las rentas de los señores que comparten con el Presidente de los Estados Unidos la responsabilidad de gobernar a la nación. La única cifra que se ha dado es la de éste. Pero debe presumirse que no están reclutados entre los más pobres, por motivos muy perceptibles. Por lo común, los ricos tratan sólo con los ricos; y en seguida, la dedicación a la cosa pública que produce a los políticos, entendiéndolo por tales, rectamente y sin ironía alguna, a quienes hacen carrera dentro de las jerarquías de la representación democrática, desde edil en las municipalidades hasta el gobierno central, esa dedicación exige tener la casa a flote y el puchero asegurado. Los pobres de solemnidad jamás han podido pretender ejercer el gobierno directamente, porque la atención embargada en la lucha por el pan no podría compartirse sanamente con otras ocupaciones. Y la prueba de esto no habría que buscarla sólo en naciones depauperadas como Chile, sino en otras más prósperas, como Inglaterra y Estados Unidos.

Corrigiendo, pues, las desigualdades de fuera, la Alianza para el Progreso se propone infundir en los países americanos del Sur cierto aborrecimiento público de la riqueza. Yo me permitiría decir que éste ya existe, y que en Chile, por lo menos, a nadie se odia más que a los ricos, hasta el punto de que nunca ha llegado al poder ningún individuo de gran fortuna, si bien algunos, como Urmeneta y Ross, lo pretendieron, y no sobre la base de sus solas talegas, sino en nombre de notorias aptitudes.

POLITICA DE JANO

LA EXTRAÑA dualidad de la política de Washington, en sus movimientos de vaivén, con pausas bruscas y súbitas resoluciones, ha quedado muy clara en estos días. Después de varios meses de anuncios, el gobierno de Kennedy hace públicas las bases de una reforma tributaria que está orientada, en general, a un alivio de los impuestos, tanto para los individuos como para las corporaciones o sociedades comerciales. En este último caso, el propósito final es proteger las inversiones de largo plazo, encaminadas a renovar equipos e instalaciones, con lo cual se confía dar nuevo dinamismo a la vida industrial del país. Si así se logra, el fisco federal obtendrá mayores recursos con tasas más livianas, mediante el aumento de las operaciones y la creación de nuevas entidades industriales.

La dualidad consiste en que dentro del régimen de la llamada Alianza para el Progreso se ha pedido a los socios menores del sistema americano, esto es, a las naciones subdesarrolladas, que aumenten las tasas tributarias, pues los autores del programa de la Alianza han partido del supuesto de que los regímenes tributarios existentes en aquellas naciones son menos eficaces y más blandos que el de Estados Unidos. La Alianza para el Progreso, en suma, quiere emparejar el rigor tributario, elevándolo al nivel usual de los Estados Unidos en todos aquellos países en que sea

menos riguroso. Con el paso que ahora da el Presidente Kennedy, la postulación primaria de la Alianza para el Progreso cae por su base. Estados Unidos se ha convencido de que es mala política afligir demasiado al contribuyente, y se vuelve a la política tributaria clásica, la de que el mejor impuesto, nacionalmente hablando, es el más liviano, el más fácil de percibir y el menos odioso desde el punto de vista psicológico.

Si nosotros fuéramos aficionados a sacar conclusiones extremas de las cosas, podríamos hacer todo un catálogo de censuras a esta actitud. Podríamos decir, por ejemplo, que la administración de la Casa Blanca está muy mal informada respecto a la psicología de las naciones subdesarrolladas, si cree que estas contradicciones les pasarán inadvertidas. Si en Estados Unidos se dictan medidas que tienen por objeto aliviar el peso tributario, con la intención final de que se forjen nuevas fuentes de producción, ello quiere decir que se cree en la eficacia del régimen liberal capitalista dentro del cual la nación ha vivido, y aún más: que se cree en que ese régimen va a sobrevivir y a seguir proporcionando a la nación algo del bienestar que en ella existe. La Alianza para el Progreso, en cambio, ha partido de bases diametralmente opuestas. Creyendo que el régimen tributario de los países subdesarrollados es blando y poco oneroso, pide que se le robustezca. Inclusive, pide que se dicten normas "efectivas" para evitar la evasión tributaria.

Mientras tanto, la evasión tributaria —asómbrese el lector— también ha sido denunciada para los Estados Unidos, y según las autoridades del servicio de Impuestos Internos, en quienes debemos suponer celo no inferior al que domina en Chile en ese mismo servicio, la evasión alcanza a una cifra algo superior a cinco mil millones de dólares anuales. Esta suma se incrementaría no poco si a la

tributación federal evadida se unieran las tributaciones estaduales, que también deben estimarse.

Pero hay que anotar un detalle muy significativo. Evadir los impuestos en Estados Unidos es muy fácil, porque no existe, como en Chile, el régimen de comprobación de los pagos. La renta de alquiler, en las casas, se paga directamente en un cheque, y el propietario no da recibo alguno. ¿Cómo sabe el arrendatario que ha pagado? Cuando recibe el estado de su cuenta, verifica si su cheque fue cobrado, y eso es todo. En Chile, el recibo está timbrado por Impuestos Internos, e implica por lo tanto un pago fiscal, y sobre la base de estos papeles autorizados, que son los únicos que es legítimo usar, Impuestos Internos puede echar a caminar su máquina de fiscalización tributaria. Los recibos comerciales, las facturas que suelen emitirse para acreditar la compra de artículos importantes —muebles, automóviles, etc.— en Estados Unidos no llevan timbre alguno. Por el solo capítulo de las operaciones comerciales que se hacen mano a mano, sin participación fiscal, el régimen tributario de Estados Unidos es mucho más benévolo que el de Chile.

Podríamos decir, en este aspecto, que la Alianza para el Progreso aplica una política calculada para estorbar el progreso de las naciones que más lo necesitan, esto es, de las comunidades subdesarrolladas, depauperadas, sumidas en todos los extremos de la miseria. *A contrario sensu*, Estados Unidos, socio mayor de aquella Alianza, en esos mismos días reduce los tributos, porque su filosofía, expresada por el Presidente Kennedy, es la de que tributos más livianos van a alentar las inversiones de capital y a producir, por lo tanto, una notable vigorización de la economía. Si se cree esto para los Estados Unidos, ¿por qué no se cree también para los países subdesarrollados?

Podríamos recalcar, asimismo, que el régimen fiscal liviano, conscientemente dirigido a sus fines, siempre ha sido recomendado para naciones de industrialización incipiente. Y si la observación teórica no basta, veamos lo que la práctica señala. En la historia de la economía se cita efectivamente el ejemplo de los Estados Unidos, para probar que mientras una nación está descubriendo, explorando sus fuentes de producción, tendiendo ferrocarriles y caminos, construyendo ciudades y aldeas, entonces el régimen tributario debe ser liviano, a fin de no sustraer a los individuos el incentivo de avanzar en la lucha por el progreso.

Esta gesta la vivió Estados Unidos durante el siglo XIX, para abreviar la historia, y ello le permitió formar un complejo industrial, que es ahora el primero del mundo. Si un pesado régimen tributario hubiera existido en 1880, en 1890, en 1900, Estados Unidos no sería hoy la primera potencia económica del globo, y sin duda habría ocupado situación muy desmedrada en la política internacional, donde su empuje decidió la suerte de las dos guerras mundiales.

Proponer a las naciones subdesarrolladas que torturen todavía más a sus contribuyentes, a ver si por el camino del terror obtienen más de ellos, contradice el ejemplo histórico que hemos diseñado. Estados Unidos fue también una nación subdesarrollada, en comparación con los grandes imperios políticos y económicos de Inglaterra, España, Holanda y Alemania, que se repartían el mundo, y a Estados Unidos le dejaban sólo su rico territorio. Dejó de serlo, porque no exigió del contribuyente antes de tiempo sumas excesivas, con lo cual alentó la iniciativa privada de sus propios ciudadanos, y además, y sobre todo, la inversión de dinero de las naciones más evolucionadas, donde ya estaban comenzando a regir tributos que

el capitalista juzgaba excesivos. Uno de los resultados finales de la Alianza para el Progreso, tal como fue concebida, es ahuyentar cualquiera inversión de capital extranjero en aquellas naciones donde se hayan elevado los tributos al mismo nivel que en Estados Unidos. ¿Por qué? Porque en estas naciones depauperadas y míseras existen peligros políticos y sociales nacidos de la propia miseria, que en Estados Unidos no hay, y que se arrostran sólo a cambio de un mejor rendimiento de las inversiones. El caso de Cuba prueba de sobra lo que decimos.

Si nuestra intención fuese poner en relieve esta especie de ley del embudo que está aplicando el gobierno de Washington a las naciones subdesarrolladas de su propio hemisferio, podríamos decir esto y mucho más. Pero no lo decimos, porque nuestra inclinación es mucho más benévola. Nosotros no creemos que Estados Unidos quiera mantener el pauperismo en las naciones subdesarrolladas; pero sí creemos que ignora radicalmente la psicología de la naturaleza humana. Imaginarse que la reducción de los tributos en Estados Unidos, mientras se elevan en las naciones subdesarrolladas, no va a producir malestar en los países débiles, mal nutridos y desorganizados, a quienes la Alianza para el Progreso ha exigido esa política, es suponer que los socios débiles de ésta no tienen el cerebro en su sitio ni son capaces de razonar. Así es como Estados Unidos pierde aliados y amigos en todas partes del mundo, por mera ignorancia de las leyes psicológicas que rigen el comportamiento humano.

CAMBIOS ESTRUCTURALES PARA LA EXPORTACION

MUCHO SE ha comentado en los últimos meses en la prensa de los Estados Unidos la organización de cuerpos armados anticomunistas. El general Walker, que renunció en forma estrepitosa a su cargo en el ejército, parece llamado a encabezar esas milicias, que según el creer popular se entrenan en secreto. La nota del comentario ha sido siempre uniforme. Todo intento de combatir al comunismo con mayor ardor, entusiasmo, fe y energía que el gobierno, es considerado lesivo a los intereses nacionales. Y para hacer más ácida la condenación, se agrega que todo ello es "derechismo".

Al través de este comentario venimos a topar, en fin, con una de las propensiones clásicas del norteamericano en política: no le gusta parecer cargado a ningún extremo, y entre uno y otro, preferirá siempre el más avanzado y liberal. Varios ejemplos contundentes podrían aducirse para probar esto, pero se nos permitirá exponer por ahora sólo dos.

En política internacional, desde luego, está a la vista la ardiente campaña que libra Kennedy para impedir que su prometida Alianza para el Progreso aparezca endebezada a sostener los gobiernos derechistas que por acaso existen en el continente sur. Partiendo de la base de que los mejores guardianes del queso serán los ratones, quiere

que se llegue a grandes reformas sociales y económicas en todas las naciones hispanoamericanas, más o menos en el grado a que se ha llegado en Cuba, pero sin Castro y sus odiosos procedimientos. La inclinación filantrópica hacia la izquierda que reina en este país hace sentir al ciudadano medio que la reforma económica de Cuba es ventajosa y que el único inconveniente que ella por el momento ofrece es el de que la isla se ha convertido en una avanzada comunista dentro del sistema interamericano de defensa.

En esta materia es uniforme la actitud despectiva que se emplea en los comentarios de prensa cuando se habla del latifundismo en las naciones americanas. En Estados Unidos se olvida que todo el Nuevo Mundo fue distribuido a la llegada de los europeos en suertes territoriales que medían generalmente cantidades fabulosas de tierra, porque ésta no tenía el valor que hoy tiene, y porque, en algún grado, los nuevos ocupantes contaban con el trabajo gratuito, o poco menos, de los aborígenes. Si hay latifundio en Argentina y en Colombia, debe haberlo también en Canadá y en Estados Unidos. Y lo hay.

En días recientes se daba la noticia de que en Reno, capital de Nevada, se había transferido el dominio de una hacienda de 290.000 acres. Era la propiedad de dos socios, y fue adquirida por otros dos en algo más de dos millones quinientos mil dólares. En Chile hay también propiedades grandes como ésta, pero no pertenecen a dos personas, sino a centenares de miembros de una sociedad anónima. Es, por lo demás, natural que en Chile no existan ya enormes propiedades territoriales (salvo las reservas del Estado), dada la general escasez de suelo propiamente agrícola que domina en todo el territorio nacional. En los Estados Unidos también es el Estado federal dueño de cuantiosas reservas, pero la tierra agrícola presenta sobre la de otras na-

ciones no pocas ventajas de orden técnico que sería extenso enumerar.

La otra forma de comentario a que nos referíamos es de orden interno. El ex Vicepresidente de los Estados Unidos Richard Nixon, desairado en su intento de ocupar el cargo vacante a la salida de Eisenhower, ha fijado los ojos en la gobernación del Estado de California, y hace meses viene librando dura lucha con el actual ocupante de este cargo, Edmund G. Brown. En esta lucha se han empleado argumentos de gran fuerza, pero, al parecer, el más enérgico de todos es la acusación que recientemente ha hecho Brown de que Nixon se muestra *soft*, es decir, blando, condescendiente, simpatizante, con los derechistas. Se presume que estos odiados derechistas son muy fuertes en el Estado de California, pero también se supone que el ciudadano medio, equilibrado y sensato, no querrá saber nada con ellos, y se entiende, finalmente, que acusando a Nixon de simpatizar con tales seres se le enajena el concurso de los demás, que son la mayoría; la derecha, en Estados Unidos, suponiendo que exista, queda siempre colocada ante la opinión pública en actitud nefanda.

Dado el enorme poder que la Constitución y los usos políticos confieren al Presidente de los Estados Unidos, no es raro que éste propenda a sentirse infalible. De allí, pues, que las recomendaciones que hace Kennedy en el sentido de que los países hispanoamericanos deben sufrir grandes reformas "estructurales" si quieren recibir el óleo de la Alianza para el Progreso, hayan venido a ser una especie de credo santo.

Kennedy no conoce las naciones hispanoamericanas, y es muy de temer, en consecuencia, que haya optado por ver la paja en el ojo ajeno, actitud que es, todo considerado, propia del hombre en general y no del ciudadano de una determinada nación. A él, por lo demás, como a los otros

norteamericanos de hoy y de siempre, les cuesta mucho dividir su atención entre veinte naciones y aceptar que todas son diferentes, que los problemas de una no tienen por qué ser los de las otras, y que, en fin, las recetas y fórmulas mágicas aplicables en un caso, bien pueden no convenir al que sigue. La mente humana es limitada, y esta multiplicidad de veinte pequeñitas, agresivas y retardadas naciones es superior a las fuerzas intelectuales de casi todos los genios que están por ahora a la vista.

El ciudadano medio de los Estados Unidos sigue fielmente las orientaciones que en política se le dan desde lo alto. Y si desde la Casa Blanca se hacen pronunciamientos que concuerden con la inclinación instintiva del hombre medio a vivir alejado de todos los extremos, mejor aún.

Las reformas económicas que plantea Kennedy significan cambios tan graves, trastornos tan profundos, que la inquietud y la propaganda política que en torno a ellos va a desarrollarse pueden conducir a verdaderos conflictos.

El ciudadano de los Estados Unidos no quiere para su país ningún cambio "estructural", porque está orgulloso de los p̄ogresos que allí se han logrado, al amparo de las instituciones capitalistas, de las que siente que no son una camisa de fuerza, sino la mejor defensa de las libertades básicas de la personalidad humana.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

CARRERA HACIA EL SOCIALISMO

EN ALGÚN comentario anterior hemos aludido a las pérdidas que han sufrido los pequeños inversionistas con la catastrófica baja de las acciones de las sociedades anónimas. Como ella sigue y muchas explicaciones surgen para que se perciban sus motivos vale la pena contemplar las cosas desde el ángulo local hispanoamericano. Recordemos que en el origen de este descenso de nivel de la cotización bursátil está la desconfianza vecina al pánico que ha producido la intervención del Presidente Kennedy para impedir el alza del precio del acero. Debe notarse que ninguna autoridad tiene en Estados Unidos atribuciones para tal cosa, y que en consecuencia la medida cae dentro de la responsabilidad personal del jefe de la nación. Por éste y por otros motivos se divisa en él cierta inclinación al socialismo de Estado, que no es malo en sí, pero que en este país por lo menos ha de sonar de lo peor, atendida la insalvable distancia teórica entre socialismo y capitalismo que se ha provocado con la existencia de la Unión Soviética y con los avances de la guerra fría. Es decir: el pueblo de los Estados Unidos podría, en cualquier momento de la historia, aceptar una forma de transacción en virtud de la cual las instituciones capitalistas se transformarían en socialistas, pero no puede hacerlo ahora, cuan-

do por todos lados le amenazan las potencias soviéticas y soviéticas.

Por eso mismo, llama mucho la atención el empeño personal que ha puesto el Presidente Kennedy para acelerar transformaciones sociales y económicas en naciones de fuera. Es notorio que en ellas, bajo la forma de préstamos y de franquicias, lo que se va a conseguir es dar al Estado central una suma de poderes que en Estados Unidos jamás ha tenido el gobierno federal, donde hay, por cierto, un poder ejecutivo muy fuerte, pero limitado hasta lo increíble por las autoridades locales de los Estados, es decir, de los cincuenta miembros activos de esta sociedad que se llama Estados Unidos. En algunos de los países donde se promueven aquellas reformas no hay régimen federal, y por lo tanto nuevas atribuciones darán fisonomía casi autocrática al gobierno.

La Alianza para el Progreso, por ejemplo, tiene como tarea poner coto al latifundio en las naciones subdesarrolladas del hemisferio. Mientras tanto, sigue en auge el latifundio en los Estados Unidos. Se dirá que aquí no tiene importancia política, mientras que en Chile la tiene. Es del caso decir niego la mayor. ¿Por qué van a ser más influyentes en Chile los huasos que los letrados? ¿Porque son más en número? Pero entonces influirían democráticamente por la cantidad y no por el hecho de trabajar en el campo.

Pero, en fin, sea ello lo que fuere, el hecho es que las naciones subdesarrolladas tienen que ajustar planes, programas, proyectos de labor, señalar metas e indicar, en blanco y negro, cuáles son sus aspiraciones, a fin de que se les dé dinero para ejecutarlas. Esto es lisa y llanamente socialismo de Estado, es decir, un puente de plata, por medio del cual, sin trastornos violentos, el capital norteamericano invertido en las naciones subdesarrolladas las entre-

gará al control comunista. Porque nadie puede hacerse la ilusión de que estos países madurados artificialmente van a seguir siendo capitalistas. ¿Para qué? En su historia, el capitalismo será sinónimo de injusticia social, de postergación de muchos grupos, de inhibición y de frustración, mientras que la etapa socialista se hará notar por la prosperidad. Si la Alianza para el Progreso reparte bienestar, abundancia de comida, cultura y antibióticos baratos, y si al cabo deja organizadas naciones de patrón económico socialista, no cabe duda de que se habrá conseguido un lindo resultado.

Estados Unidos, desde luego, en el aspecto político, no tendrá ya dentro de su hemisferio una serie de naciones subdesarrolladas que es fácil conservar adictas mediante donativos, sino naciones de grande entereza moral, que no aceptarán nada que no les agrade ciento por ciento. Hoy existe una sola Cuba; mañana serán veinte. El capitalista norteamericano cree que es bueno pagar seguros para que ciertas cosas de que disfruta lo acompañen mucho tiempo, y para que si faltan se le pague una compensación económica previamente convenida. Pero la Alianza para el Progreso ya no es un seguro, sino que implica un notorio cambio de destinación del dinero invertido. Que las veinte repúblicas hispanoamericanas abandonen su nivel de vida subdesarrollado, y se truequen en buenos consumidores de Estados Unidos, pase; pero que se conviertan en Estados socialistas, viene a ser algo imprevisto.

Si las cosas ocurren como estamos diciendo, Estados Unidos, al cabo de unos cuantos años de funcionamiento de las instituciones creadas a la sombra de la Alianza para el Progreso, va a ser el único país capitalista subsistente en el mundo, es decir, se habrá convertido en una isla dentro de un archipiélago totalmente socialista. La dialéctica que lleva a pensar así no ofrece ninguna salida, salvo que a

compás de las transformaciones sociales que promueve la Alianza para el Progreso también haya cambios estructurales en los Estados Unidos, con lo cual el programa para la exportación tendría efectos internos. Si así sucediera, Estados Unidos se transformaría en un país socialista, más o menos en el mismo tiempo en que, con el concurso de la Alianza para el Progreso, las naciones subdesarrolladas alcanzan su pleno desarrollo. ¿Diez años, cuarenta años?

Es posible que en algunas naciones hispanoamericanas exista la aprensión de que la Alianza para el Progreso está madurando demasiado de prisa a pueblos cuyo ritmo interno de desarrollo es, naturalmente, distinto al de Estados Unidos. Pero resistencia organizada, oposición sustancial e insalvable, no se han manifestado en ninguna. Siendo así las cosas, no se divisa bien por qué los socialistas y comunistas de este hemisferio atacan con tanto encono a los Estados Unidos, por lo menos en este período de su historia. Con las transformaciones económicas propuestas para las naciones subdesarrolladas, todas ellas quedarán convertidas en entidades económicas socialistas, lo que hará agudo contraste con la nación que ha fomentado este proceso de cambio, y que inclusive lo ha hecho urgente con expresiones inequívocas. Parece una verdadera injusticia que se prodiguen denuestos a un país que por ingenuidad o por cálculo, con inocencia o sin ella, hace avanzar la transformación de la economía hispanoamericana de capitalista a socialista en una medida y con una rapidez que jamás hubieran conseguido los propios socialistas de cada uno de esos países. Lo justo sería agradecer su intervención por medio de la Alianza para el Progreso, o por lo menos guardar respetuoso silencio.

ECONOMIA, PRODUCCION,
TRIBUTOS

HAY UN PAIS EN QUE EL CREDITO ES BUENO...

COMO EN Estados Unidos sólo compran al contado los lunáticos y los turistas, el hogar del norteamericano se ha poblado en los últimos años de toda especie de máquinas. Unas tienen por objeto ayudar a la dueña de casa a mantener limpias sus instalaciones, y otras dan diversión a los niños y sirven para toda la familia en excursiones, paseos, *picnics* y viajes. En cualquier tienda de mediana categoría se puede solicitar una cuenta de crédito, y lo normal es que se entreguen inmediatamente las mercaderías que se desea comprar, esto es, antes de que la solicitud de crédito haya cumplido sus trámites. Sin insistencia, sin majadería, todos los vendedores quieren colocar cuanto antes sus productos, tal vez porque saben que sin el perpetuo hacer y deshacer las cosas no hay progreso, o en forma subconsciente, por la pura embriaguez dinámica de llevar a cabo la tarea para la cual fueron contratados.

La dueña de casa dispone, generalmente, de máquinas para lavar y para secar la ropa, así como de aspiradoras de polvo y enceradoras, sin perjuicio de que en la cocina la ayuden una máquina eléctrica para abrir las latas de conserva, la batidora clásica, y un equipo depurador del aire para evitar que las casas se llenen de olor a comida. La mecánica y la electricidad se han confabulado para ir dando al hogar todas las comodidades necesarias. La dueña

de casa es, ciertamente, esclava de sus deberes y de su horario, que debe cumplir y hacer cumplir rígidamente: el desayuno a las siete, o antes, la comida a las seis; pero, esclava y todo, disfruta de la comodidad de que sus esfuerzos están ya compartidos por la maquinaria hogareña.

En la casa, además, existen radios de consola y portátiles, equipos receptores de televisión, aparatos para exhibir vistas fijas, que prolongan las emociones de los viajes y los recuerdos de los sitios visitados. Para salir a las excursiones, se repleta el automóvil con tiendas de campaña, sacos para dormir, cocinas y aun sillas y mesas. El norteamericano es muy aficionado a pasar la noche en despoblado, si el tiempo lo permite, dejándose el día para pescar o para remar en los lagos. En el auto, entonces, irán también los equipos correspondientes para dar expresión a esos gustos, desde la caña hasta el bote plegable. Otros, más pudientes, no tienen ya botes plegadizos sólo, sino embarcaciones de verdad, que se suelen llevar montadas sobre un *trailer* de ruedas pequeñas, a la zaga del automóvil.

Todas las cosas que he mencionado son, naturalmente, perecibles, aun cuando no en plazos muy breves. Un bote plegable, por ejemplo, puede durar unos cuantos años, si bien haya de ser alguna vez vulcanizado para reparar las pinchaduras. Pero la actitud típica del norteamericano con las cosas que envejecen es echarlas al tarro de los desperdicios. Una renovación constante se lleva a cabo, así, de todos los productos de la industria, renovación benéfica para el país en general. Conservar lo vetusto, reparar, echar puntos a las medias, poner parches, remendar, son cosas que ya están pasando a la historia en este país, el cual, en todos sus detalles y rincones, da la impresión de que se encuentra flamante, recién salido del horno, desde el piso de los almacenes hasta la pintura de las casas.

Juntemos estas cosas, y veamos si la receta que de ellas

surge no podrá servir en aquellos países que han echado tradicionalmente por otra huella, sin encontrar al cabo de los años sino fracaso tras fracaso.

El crédito permite al matrimonio joven amoblar su casa sin penuria. Los pagos mensuales, escalonados, sirven para adquirir el automóvil, la radio, la televisión. Es posible que en otras partes las operaciones de crédito sean un motor fenomenal para desencadenar la inflación. Aquí, en los Estados Unidos, no parecen tener el mismo efecto, y si lo tienen, con alguna otra cosa se le corregirá. Y podría ocurrir que se le corrija precisamente con el otro proceso que hemos esquematizado: la destrucción de lo vetusto. Porque el crédito es una cadena compuesta de muchos eslabones y cerrada sobre sí misma, como un anillo. Si hace uso de él, en pequeño, el vulgo, la dueña de casa, el empleado, el obrero, también lo usa, ya más en grande, el industrial para levantar sus instalaciones y para pagar los salarios y los impuestos y la materia prima. Todo sin excepción rueda sobre el crédito. Lo extraño, lo singular, lo que sonaría a paradoja si no sonara, también, a sadismo, es que sea el industrial, que cree bueno el crédito para sí, quien se lo negara a los demás, entendiéndolo, de otra parte, que estos "demás" son infinitamente más débiles que él en la lucha por el bienestar económico. En Estados Unidos, según parece, esta actitud sádica no existe, y en consecuencia el industrial es, al mismo tiempo, consumidor de crédito para su negocio y auspiciador del crédito para los pequeños deudores.

El fenómeno de los países subdesarrollados, donde todos se están mirando recelosamente para que nadie gane más de lo que parece justo, no se da en los Estados Unidos. Es verdad que hay en circulación aquí libros tremendos, en los cuales se llama ladrones a los industriales; pero la gente, que los lee, y en ediciones de docenas de miles de

ejemplares, en definitiva no los toma muy en serio. Al hombre de empresa próspero, al industrial de vastas ambiciones, al creador de riquezas, en suma, aquí se le reverencia. ¿Por qué? Principalmente porque hay entre él y el vulgo una especie de confabulación simpática, en la cual todos se sienten cómplices de una conjura que avanza y sigue y crece y se multiplica: producir la grandeza de los Estados Unidos, la cual no se logrará con la suma de la miseria de ciento ochenta millones de hombres, sino, al revés, con la suma de la prosperidad de "todos" esos ciento ochenta millones.

Aquí cuando se necesita echar abajo un edificio se emplea una porra, que golpea a diestro y siniestro. Después vienen camiones en que se echan los escombros, por medio de una cuchara mecánica; y en seguida llegan los *bulldozers*, que emparejan el terreno. En tres días queda terminada la operación, y se comienza a trabajar en la nueva obra. En un país subdesarrollado se conservan el clavo, la tachuela, el tornillo, el vidrio, las bisagras, como si fueran piezas de museo. Y, en consecuencia, las fábricas correspondientes producen siempre menos de lo debido, de lo legítimo, de lo natural.

A la altura de estas consideraciones, cabe preguntarse si los países subdesarrollados no aman su desaliño, su mugre, sus latas vacías y sus tarros de conserva transformados en maceteros, y no lo cambiarían por nada de lo bello, limpio, reluciente y amable que existe en otras partes. Y en este caso, los países subdesarrollados no tendrían remedio ni salida para su situación, la cual debe, a sus gobernantes, dirigentes e inspiradores, parecerles la más bella que es posible concebir en el más bello de los mundos posibles.

TRABAJAR MENOS Y VIVIR MEJOR

A LA LUZ de las estadísticas que se refieren al trabajo humano, hace algunos años nadie habría dado un centavo por el porvenir que aguarda a Estados Unidos. Se cuentan aquí, ahora, los desocupados en una cifra vecina a los cuatro millones de hombres, y las noticias que se dan sobre novedades en la materia tienden no ya a mantener tan elevado número, sino también a incrementarlo. Todos los días llegan a Nueva York docenas de puertorriqueños, para quienes está abierta la entrada al país en calidad de miembros de una nación que disfruta de los privilegios de "Estado libre asociado", y si bien algunos encuentran empleos de inmediato, consta que muchísimos otros se quedan sin trabajo. A Miami, en los últimos meses, le está ocurriendo algo similar. De Cuba huyen centenares de personas diariamente, y muchas de ellas emplean el medio más económico: la travesía en pequeños botes, algunos inclusive embarcaciones de pesca; personas, en fin, que piden refugio en Estados Unidos en virtud de consideraciones humanitarias inaplazables. Si no se les acoge aquí y sobre todo si se pretende hacerlas volver a Cuba, se las condena a la muerte inmediata. No es que hayan cometido delito alguno, sino que han pretendido huir del paternal gobierno fidelista, y eso en Cuba se castiga severamente.

Pero han cambiado los tiempos, y en el campo de la

vida social comienza a extenderse una nueva filosofía del trabajo humano. El ideal de la vida futura podría consistir en que trabajaran muy pocos hombres un número muy pequeño de horas cada uno. ¿Y los demás? Los demás se dividen en diferentes grupos: uno, desde luego, compuesto de niños, a quienes nadie exige trabajar; otro, en seguida, formado por los jóvenes que estudian, para quienes se abre la oportunidad de llevar a cabo estudios cada vez más complejos, y, por lo tanto, más prolongados; otro, de las mujeres, que aunque en Estados Unidos por lo menos trabajan muchísimo, la estadística jamás ha contado entre los trabajadores... En el extremo de la escala, desde el punto de vista cronológico, estarían los retirados, es decir, los que cumplieron ya la edad para impetrar la jubilación y, además, la obtuvieron.

Los restantes, de otro lado, trabajarían cada vez un menor número de horas, que es, por lo demás, lo que viene ocurriendo desde la más remota antigüedad. En Estados Unidos se da la paradoja de que mientras menos tierra se cultiva, más produce ella. Ahora, por ejemplo, para poder mantener en pie la agricultura del país, que basta y sobra para el consumo de su población y para el socorro extranjero a no pocas naciones, va a ser necesario dejar sin cultivo una extensión de tierra equivalente al territorio del Estado de Nebraska, que no es de los más pequeños de la Unión.

El clásico trabajador agrícola con jornadas de sol a sol ha sido reemplazado en los Estados Unidos por una maquinaria cada vez más delicada, que, además, no podría aplicarse en pequeñas superficies. De lo cual resulta, también, que la subdivisión de la propiedad agrícola, tan recomendada en Chile, aquí es la mayor aberración económica, y nadie podría auspiciarla, salvo para la exportación...

Una grave crisis del transporte ferroviario llevó, hace pocos años, a la formación de una comisión de estudio que

examinó la posibilidad de implantar procedimientos eléctricos y electrónicos en funciones indispensables para la circulación. Terminó sus estudios la comisión recomendando ciertas innovaciones. Resultado: treinta a cuarenta y cinco mil empleados ferroviarios perderán su trabajo, no de golpe, claro está, sino en un plazo de dos a tres años. Las faenas pueden ser hoy ejecutadas por la máquina en una proporción increíble. La llamada revolución industrial del siglo XVIII, que tantos efectos produjo en Inglaterra, es un juego infantil comparada con esta otra, que reduce año por año las necesidades del esfuerzo humano, con la cesantía consiguiente.

Pero ya se sabe, asimismo, que la cesantía es temporal: dura sólo mientras se deja de producir algo. En estas últimas semanas las fábricas de automóviles han dejado sin trabajo a diversos grupos de sus obreros, porque las ventas se retardaron debido al mal tiempo (tormentas de nieve y temperaturas bajo cero en gran número de Estados), y se había producido un *stock* imprevisto en poder de los detallistas. Terminado el *stock*, vuelven a contratar a los obreros, y no pasa nada. En el intervalo, los seguros (todos particulares) han pagado cuotas adecuadas al sostenimiento de las familias, menores que el salario de actividad, pero suficientes para mantener el hogar en pie.

Hay amenazas, eso sí, de cesantía permanente con los jóvenes de entre quince y veinte años que no han trabajado nunca antes, que interrumpen sus estudios sin pasar a la universidad y que aspiran a trabajar en cualquier cosa. Lo peor que en Estados Unidos puede decir un hombre es que sirve para "cualquier cosa", porque con eso cae en el nivel del trabajador sin destreza específica, por falta de preparación, al cual se le teme por sus chapucerías. Estos jóvenes aumentan año por año, contribuyen no poco a la delincuencia juvenil y suelen apiñarse en los barrios ba-

jos de las grandes ciudades, para formar pandillas destrozadas y hasta viciosas.

Han tenido la mala suerte de salir a la vida en los preciosos instantes en que las funciones automáticas de las máquinas eliminan el esfuerzo humano y antes de que se hayan tomado medidas eficaces para reducir las jornadas de labor y diversificar las ocupaciones en forma tal que el peligro de hacer permanente la cesantía desaparezca.

En estos días, si una fábrica cambia de orientación técnica y adquiere nuevos instrumentos de labor, es seguro que disminuirá el número de los brazos que empleará en lo futuro. El desempleo que se ha venido observando en los últimos años subía gradualmente, en ligeras fluctuaciones de porcentaje anual, pero ahora está subiendo con un ritmo más veloz. Los cuatro millones de cesantes de hoy bien pueden pasar a ser seis u ocho dentro de un par de años.

Debe insistirse, eso sí, en que nadie que esté en su sano juicio piensa en los Estados Unidos volver atrás. Lo que la máquina hace bien, debe seguir haciéndolo la máquina. Los hombres han creado la máquina para aliviar sus propias fuerzas, reducir su fatiga y crear un margen creciente de ocio, y son los mismos a quienes queda confiado el trabajo de lucubrar medios para evitar que ese bendito proceso que transforma la labor en descanso se convierta en un problema sin solución o lleve al país a una catástrofe. Hoy por hoy, la economía de Estados Unidos trabaja a plena presión y produce cuanto necesitan los ciento ochenta y cinco millones de habitantes de la nación para llevar una vida cuyo nivel en materia de comodidades no acepta parangón con el de ningún otro país en el mundo. Volver atrás reduciendo la función de la máquina para que nuevos hombres entren a trabajar, no sería propiamente suicida. Sería estúpido.

HOY NO SE FÍA...

CUANDO yo era muchacho veía de cuando en cuando, pegado en los anaqueles de los almacenes, un cartel que decía a la letra: "Hoy no se fía, mañana sí". Y a veces en sitios más campechanos colgaba una oleografía donde un burgués opulento y pletórico hacía agudo contraste con un ser hético, estragado, con aire de dispéptico, que contemplaba melancólicamente la superficie de una mesa cubierta de papeles en desorden. Del primero se decía al pie: "Vendió al contado", mientras se proclamaba del otro: "Vendió al crédito". Con estos cartelitos, como se ve, se intentaba desacreditar cualquier género de operaciones comerciales a plazo, y se pronosticaba la ruina para el que las intentara.

¿Quién pudo albergar jamás idea tan errónea del comercio? No lo sé, y tal vez no lo sepa nunca. Lo que sí me interesa es señalar que en los Estados Unidos podría, ahora, redactarse todo aquello al revés, para hacer la apología del crédito y para indicarlo, sin lugar a dudas, como uno de los grandes motores del progreso del país. Aquí se usa el crédito en forma liberal y, sobre todo, espontánea. En los grandes centros comerciales, como los *department stores*, hay un escritorrillo junto al ascensor o junto a la puerta, donde existen formularios impresos para solicitar

crédito. Ayer conversaba con un relojero a quien di a componer mi reloj, y me decía:

—Yo le doy crédito a quien me lo solicita.

—¿Inclusive para el pago de una compostura, como la que yo traje?

—También. Conozco mucho el valor del dinero y sé que casi todos los hombres que cruzan por la calle reciben cuotas mensuales o quincenales por su trabajo; para ellos, reunir la suma necesaria a la compra de un objeto caro significa diferir la operación por tres o seis o más meses. O él la junta en su propio escritorio, o la junta pagándome a mí. El crédito que yo le ofrezco es, sencillamente, ahorro.

Díjale, tímidamente, que algunas personas tenían la poca sana costumbre de no pagar.

—Sí, aquí también existen —me respondió—, pero son muy escasas. Cuando un hombre trabaja para vivir, poco le cuesta entender que los demás también trabajamos para eso, y no sólo para distraernos.

Con los cartelitos a que he aludido se ha logrado difundir en Chile una impresión absolutamente equivocada sobre lo que es el crédito. Se le entiende sólo como una trampa que tiene dos entradas, una para los listos, que se aprovecharán del crédito para vivir a la bartola, y otra para los incautos, que con las facilidades del crédito pagarán precios excesivos por las cosas, y adquirirán cosas inútiles o meramente suntuarias. Y rodando así el concepto del crédito, se llegará a la situación presente, que no es la peor de la historia económica de Chile, pero que dista mucho asimismo de ser brillante: no se produce porque no se vende, no se vende porque no hay crédito, no se da crédito porque se le tiene miedo, etc.

Yo no sé tampoco de qué forma se las han arreglado en los Estados Unidos para hacer inocuo el crédito, es de-

cir, para evitar que se materialicen algunos de los malos hábitos que pueden nacer a su sombra. Pero el país subdesarrollado que quiera avanzar en algo podría estudiar el punto. Un grupo de hombres listos, permeables a la experiencia ajena, en poco tiempo lograría llegar a las raíces mismas de las relaciones entre la industria y el comercio, basadas también en el crédito, para descubrir allí lo que ocurre. Si la industria no vende a crédito, tampoco podría otorgarlo el comercio. Todo el aparato económico de Estados Unidos, cuya magnitud se aceptará que es bastante grande, descansa en las ventas diferidas, en los pagos escalonados, es decir, en el crédito. Si alguna vez se produce una restricción en un punto cualquiera de este engranaje, todo el aparato se viene al suelo, en medio de una catástrofe tan colosal que se oiría el estruendo hasta en el más distante rincón del mundo. El más elemental instinto de conservación llevará, pues, a no tocar el engranaje y dejar que siga rodando mientras resulte benéfico.

Es verdad que en los almacenes de comestibles no se vende nada a crédito; pero saliendo de allí, todo. El automóvil se compra con tres años de plazo para pagarlo; la bencina da tarjetas de abono para comprar sin dinero, con cobro mensual; los trajes se pagan con diez cuotas mensuales, y lo mismo debe decirse de los refrigeradores, las máquinas de lavar, los artefactos domésticos y todo, en fin, todo lo que puede desearse para sostener una casa y vestir a una familia. Se dirá que en Chile también hay crédito para pagar esas mismas cosas; perfecto, pero ¿ha contado alguien las dificultades, las tramitaciones, el ir y venir, la petición de humillantes informes bancarios, los cuestionarios llenos de preguntas odiosas que se le tienden a uno cuando pretende hacer uso del crédito?

Si el sujeto que pide crédito acepta que trabaja para vivir, ¿cuál sería el motivo de que dejara de pagar a quien,

como él, también necesita del trabajo para sostenerse? Por vengarse de la riqueza ajena, a lo Raskolnikof, se comprende que se engañe al poderoso; pero que se lastimen entre sí quienes llevan en la lucha económica la parte del cordero y no la del león, no tiene justificación alguna. Más explicable es la rebeldía del deudor contra el acreedor que lo humilla anticipadamente con tramitaciones redundantes, que le hace llenar un cuestionario repleto de preguntas insidiosas. Eso sí se explica, pues al fin y al cabo algo de la dignidad humana hay comprometido en que el crédito sea liberal. Y si no puede serlo, mejor es que no exista en ningún grado.

Pero, ¡cuidado! Quisiera saber cuál sería el comportamiento de esos poderosos banqueros, industriales y comerciantes de Chile que divisan en cada cliente de su casa un tramposo en potencia, el día en que se suprimiera, restringiera o condicionara el crédito de que ellos, industriales y comerciantes, hacen uso en sus tratos. Dicho de otro modo: yo entendería al comerciante soberbio que afirmase: "No le abro crédito a nadie", si él mismo nunca (entiéndase bien: *nunca*) hubiese intentado una operación a plazo, sea para pagar la instalación de su tienda, sea para llenar de mercaderías sus estantes y anaqueles. Y si hay uno así, que lo muestren.

En los Estados Unidos, además, se dan formas de crédito que no existen en Chile. Los bancós, por ejemplo, distribuyen mes a mes a sus clientes, junto con la hoja de los saldos, un bien cortado folleto donde se ofrecen operaciones de crédito. No se le pregunta al depositante qué bienes posee para responder, sino que se le ofrece adquirir un nuevo automóvil, pagar el colegio de los chicos, adquirir acciones, remodelar las piezas de la casa o agregarle una terraza, comprar nuevos muebles, etc., todo ello a crédito, en cuotas mensuales, sin nada al contado. Quien

tenga presente la humillante tramitación que en Chile espera a quien albergue la osadía de pedir crédito a un banco, advertirá la estupefacción que esto produce. ¿Haremos leído bien? Sí, señores; es crédito el que se nos ofrece, sin que lo pidamos, créditos que los bancos otorgan a sus clientes menudos, porque se presume que los grandes no lo necesitan ya, pues están enrolados y comprometidos en operaciones de crédito que se prolongan indefinidamente y se reanudan semestre a semestre. En los Estados Unidos el negocio de los bancos es dar circulación al dinero, para que un número cada vez mayor de operaciones comerciales pueda ejecutarse con una suma dada.

También existen aquí instituciones de ahorro y de crédito que avisan en los diarios para anunciar que prestan dinero. Se me dirá que en Chile las hay; pero no parece posible que pongan avisos en los diarios para anunciar que disponen de dinero fresco para préstamos, dado el ambiente restrictivo y confidencial de que entre nosotros se suelen revestir estos tratos. Generalmente, en los Estados Unidos se presta dinero para adquirir acciones de sociedades anónimas, las cuales, a su turno, son consideradas formas de ahorro. Cualquier hombre sensato que pueda ahorrar, adquirirá así títulos que le habrán de producir rentas en los años en que el retiro por la edad haya disminuido sus ingresos. En Chile es considerado pésimo uso el del crédito si se le aplica a la adquisición de acciones de sociedades anónimas. ¿Por qué? No se divisa la congruencia. Si se dan plazos para comprar un automóvil, objeto perecedero, que se gasta y destruye y termina por no valer nada, mucho más se deben aceptar para comprar acciones, que no perecen ni se destruyen, y que son títulos representativos de bienes físicos que dentro del régimen de las sociedades anónimas se restauran y sustituyen con cargo a las propias utilidades.

Una de las causas de la catastrófica baja de las acciones que se produjo en la Bolsa de Nueva York por el mes de mayo, y que ha seguido con penosas alternativas hasta hoy, es precisamente la cancelación automática de las garantías que hicieron algunos bancos, en operaciones de crédito en que los mismos títulos adquiridos habían sido aceptados como fianza. Frente a lo ocurrido, no se pretende eliminar esas operaciones de crédito, sino organizarlas, para más adelante, de manera que no vuelva a producirse el despanzurro que hemos presenciado.

En suma, el crédito, la operación a plazo, el pago diferido, no han llevado a los Estados Unidos a la ruina, sino al revés, y en este país se da así la paradoja de que la gente vulgar, el empleado, el obrero, el profesor, el pequeño artesano, viven mejor que muchos de cuantos se creen ricos en los países subdesarrollados, donde el crédito no existe o yace aprisionado en los inaccesibles directorios de los bancos.

CONSOLIDACION ECONOMICA

AUN CUANDO el sistema tributario progresivo de los Estados Unidos, como el de cualquier otra nación, tiende a impedir la formación de grandes fortunas, o, cuando ellas existen, su crecimiento, hay una fuerza inherente a la economía capitalista que logra burlarse de las disposiciones legales. Cercenadas por impuestos muy elevados, las grandes rentas siguen observándose en este país y en esta hora de su historia. Y cuando estas fortunas están aplicadas en la industria, el progreso de la técnica suele aconsejar algo que a los economistas de gabinete y a los sociólogos no les gusta nada: la consolidación de diversas empresas bajo un mismo mando. Estas maniobras, prodigadas en otros años, dieron origen a toda una legislación llamada *anti-trust*, que ha dado motivo, desde que se aplica, a ruidosas y hasta escandalosas persecuciones judiciales. Hoy estamos soslayando una.

La Ford Motor Co. anunció, hace algunas semanas, que había terminado los estudios para adquirir el pasivo y el activo de una entidad industrial muy importante, la Philco Corp. Esta operación comercial, en que se mueven por cierto muchos millones de dólares, nada habría tenido de particular si dentro del mismo año 1961 la empresa no hubiese anunciado y ejecutado la adquisición de la Electric Autolite Co., que confecciona bujías, baterías y otros

accesorios eléctricos de los que se usan en los automóviles. Unidas las dos compañías, se presume que habrá de debilitarse la competencia. La Philco, en tanto, confecciona artículos de otra índole, desde aparatos de radio para uso doméstico hasta complicadísimos instrumentos electrónicos. Todo indica, pues, que la legislación *anti-trust* calza más en la operación de Autolite que en la otra. Los dos, dentro de un solo año, indican, de otra parte, que las acumulaciones de capital que se han producido en Ford son enormes, a pesar del rigor de los impuestos.

Ahora bien, el asunto tiene, además, otras complicaciones. El presidente de la Ford Motor es Henry Ford II, así llamado porque en las dinastías industriales de Estados Unidos hace muchos años se emplean distintivos copiados de las casas reales de Europa. Pero ocurre que Ford es, al mismo tiempo, presidente de la General Electric Co., otro de los grandes monstruos industriales que hay en este país, y competidor muy asiduo de la Philco en no pocas de sus especialidades. La adquisición de la Philco, hecha efectiva a contar del 11 de diciembre de 1961, significó la renuncia de Ford al cargo de presidente de la General Electric.

Cuando se anunció que se iniciarían procedimientos judiciales para impedir la fusión de Ford Motor y de Philco bajo un solo mando, la falange de los dirigentes de Ford arguyeron que ellos no hacían otra cosa que seguir, a la distancia, el ejemplo de su gran competidor, General Motors, que además de confeccionar automóviles y camiones tiene divisiones para confeccionar bujías para los motores, baterías y demás instrumental eléctrico. Si es *trust* adquirir Autolite, también lo sería la administración actual de la General Motors. Finalmente, en lo que se refiere a Philco, los señores Ford han alegado que la General Motors tiene una división similar, la que funciona con el nombre de Frigidaire. En todos los casos señalados, lo que se procura

con estas consolidaciones no es tanto eliminar la competencia como asegurar la obtención de artículos realmente calibrados a las necesidades del producto final, en este caso automóviles.

Ahora bien, ¿cómo se procede en estas operaciones? Forma parte del mecanismo propio de las sociedades anónimas el manejo íntimo de la consolidación, de modo que en sustancia viene a ser un asunto público, que demora meses en las consultas confidenciales, que siempre se filtra a las bolsas de valores, que influye sin duda en la cotización de las acciones de las firmas comprometidas y que, finalmente, debe ser autorizado por las juntas de accionistas. Estas son, en algunos casos, dramáticas por el gran número de personas que asisten y por algunas incidencias que suelen producirse.

Las personas aficionadas a ver debajo del agua dirán que estos negocios son sucios y que es ilegítimo proceder en esta forma, aun cuando la ley y la costumbre lo autoricen. Pero todo tiene su horizonte. En Chile, formar un monopolio sobre la base de evitar la competencia legítima de dos o más firmas sería naturalmente una atrocidad, dada la debilidad intrínseca de la economía nacional y del mercado de trabajo. En los Estados Unidos, el horizonte corre un poco más lejos, y las fusiones o consolidaciones deben reunir otros caracteres para ser condenables, caracteres que no se dan en las iniciativas de Ford a que hemos aludido. Industrialmente hablando, las fábricas de automóviles tratan de producir todo lo necesario para la elaboración, a fin de obtener calidades uniformes y de tener las cosas a la mano en el momento oportuno. Con esta filosofía, la General Motors fabrica sus propias bujías y las baterías que necesitan sus vehículos mucho antes de que Ford intentara seguir el mismo camino...

FILOSOFIA DE LA MISERIA

EN LOS ESTADOS Unidos han prosperado, como en todo país capitalista, las industrias del lujo. La mentalidad proletaria no entiende que se gaste en flores y en perfumes, y tiende espontáneamente a la austeridad, como se observa cada vez con mayor frecuencia en las reuniones de alto nivel. Mientras la señora esposa del jefe soviético está literalmente envuelta en una bata de la cual rebasan insistentemente los rollos que flanquean su cintura, se peina de cualquier modo y deja caer sobre su cabeza una gorra de fieltro o de paja, las damas de los países capitalistas que le salen al encuentro y le sonrían y le dirigen finezas, han sometido cada uno de los requisitos de su presentación al estudio de un especialista. Las industrias del lujo les ofrecen cosméticos para el cabello, la cara y las manos, telas de ricos visos para confeccionar sus trajes, y adornos a profusión. Esta frivolidad, característica de los países capitalistas, tiene que desaparecer el día en que el régimen dé paso al socialismo, al cual, por doctrina, todas las superfluidades le parecen intolerables.

Pero en los Estados Unidos se ha ido y se va más lejos que en otras partes. Lo normal y corriente en los países capitalistas de Europa, por ejemplo, es ver la opulencia junto a la miseria, los edificios espléndidos por su pasado, su historia, la calidad intrínseca de los materiales, pero

raídos ya por el uso, descascarados por la intemperie; los taxis desconchados y de modelos añejísimos, los trenes muy bien conservados pero de inequívoca vetustez. En el aspecto humano, son países en los cuales se conserva, por lo menos para excitar la piedad de los turistas, la pintoresca cofradía de los que piden limosna, y no en sitio cualquiera, sino donde más suena su queja secular: en las puertas de los templos, de los teatros, de los hoteles, de los restaurantes de lujo...

Nada de esto se ve en los Estados Unidos. O la miseria ha sido extinguida, en virtud del fenomenal desarrollo industrial del país, o existen muy bien distribuidos asilos en los cuales se recluye silenciosamente a los que podrían justificar la necesidad. En este último caso, además, deben existir disposiciones muy severas para acudir oportunamente a la solución de cada caso, porque en otras partes a nadie puede privarse del derecho de circular por la calle, así sea cubierto de andrajos, ya que no es delito pesquisar el ser pobre. Cómo hacen en los Estados Unidos para que la miseria no les salga al encuentro a las gentes, es un misterio que no puede resolver el simple viajero. Habría que vivir aquí años y años para encontrar el quid de la cuestión.

En los días vecinos a la Navidad, de otra parte, las industrias del lujo, activas durante todo el año, aceleran su ritmo y vierten al público el fabuloso caudal de sus adquisiciones. Existe, aquí, por ejemplo, la costumbre de enviarse tarjetas de felicitación en las vísperas de la Navidad y del Año Nuevo, y para los fabricantes debe ser lamentable que entre ambas fechas medien sólo siete días. Lo ideal, hablando en términos comerciales, sería que las dos fiestas estuvieran muy alejadas, porque de ese modo el público adquiriría dos veces. Mientras tanto, lo que se vende no es poco. Se calcula que este año 1962 se van a

distribuir no menos de 750.000 toneladas de tarjetas de saludo, para despachar las cuales se han abierto ya ventanillas especiales de atención en las oficinas de correo. El servicio postal, por su parte, estima que va a recoger no menos del 3,6 por ciento del franqueo total del país en el año, en los solos días que anteceden a la Navidad. Todo esto, juzgado desde el punto de vista de la austeridad socialista, es necio y sin sentido. Dentro de la complejidad económica de los Estados Unidos, pertenece en cambio a un engranaje donde las piezas deben ajustar muy bien para que se produzca la armonía total.

La armonía, en este caso, significa que no se vea la miseria en ninguna parte. Las tiendas están abiertas hasta las nueve de la noche, es decir, cuatro horas más que lo habitual, para atender a una clientela que ansiosamente busca cosas inútiles, de puro agrado; porque los regalos de Navidad, como bien sabemos, así como los regalos en general, no siémpre se hacen notar por su eficacia práctica. Lo que se adquiere es lo que aparenta valer más de lo que efectivamente cuesta, y además se le envuelve en papeles rutilantes, se le guarda en bellas cajas, se mullen espumosos cojines para recostarlo, y toda aquella fugaz arquitectura se corona con un lazo bellissimo, de intrincadas volutas, donde se da el grito supremo de la elegancia efímera que caracteriza el gusto capitalista.

Espacio aparte ocupa aquí la industria del papel, responsable de la excepcional belleza de los envases. Artistas originalísimos han sido contratados para diseñar las láminas destinadas a la envoltura, mientras, por su lado, eficaces ingenieros buscaron las fórmulas adecuadas para la pasta, exigida en toda la gama de los requisitos, desde la flexibilidad del papel corrugado hasta la solidez como metálica del papel en que se forran las cajas. Y todo ello,

impoluto, esmerado en su brillo, dispuesto para llevarse tras sí los ojos de todas las mujeres y los de casi todos los hombres, está destinado a durar unas pocas horas. Cuando haya pasado la fiesta, aquellos envoltorios irán a dar su destello final en el horno de calefacción, porque su ciclo está cumplido. Entre las brasas relucen por la última vez.

Este holocausto final explica, por lo demás, lo que aspirábamos a decir. La filosofía de la opulencia y de la abundancia en que está basada la grandeza económica de los Estados Unidos, estriba en que no se usan dos veces las botellas, ni los corchos, ni los vasos de cartulina, sino que todo ello va inexorablemente al tarro de los desperdicios una vez que fue usado. Un amigo mío decía que una vez que estuvo en Nueva York se le juntaron cajas de las que envían las tiendas con los objetos adquiridos, hasta el punto de llenar con ellas uno de los armarios del cuarto de su hotel; y que todas las mañanas abría el rincón aquel para dar una nueva mirada a su tesoro. Jamás en la vida se había sentido tan rico, al dilatar la vista con deleite de esteta en las cajas de varios colores, con cintas y envolturas de fantasía. Pero llegó el momento del regreso, y trató de meter en sus maletas aquella colección. Imposible. Habría sido necesario adquirir nuevo equipaje a fin de dar cabida a tan rico surtido de cajas y de cintas. Dando una última mirada a su tesoro, se despidió de él para volver al sitio de donde procedía, donde la austeridad es regla y la miseria, por lo tanto, la sigue tenazmente asida de la mano.

Rubén Darío, aquel genial poeta a quien no se termina todavía de hallarle fronteras, decía: "yo no ahorro ni en seda, ni en champaña ni en flores".

...Y viendo el ejemplo de los Estados Unidos, venimos a comprender que ésta es precisamente la esencia del proceso económico registrado en este país. Como no ahorra

en las industrias del lujo, prospera; como sus mujeres se visten con extrema elegancia, se desarrolla y crece; como nadie conserva lo que puede echarse a la basura, todas las industrias producen cada día más, con ventaja para la nación entera. ¿Aprenderán esta lección los demás países del mundo, por lo menos antes de que la austeridad socialista nos haga vestirnos a todos como hospicianos?

MAS FACILIDADES BANCARIAS

EL 16 DE octubre comienza en San Francisco una conferencia nacional de banqueros, que no es la más grande efectuada en el país, pero que siempre ofrece cifras dignas de atención. Los delegados, desde luego, son cinco mil ochocientos setenta, y algunos viajan acompañados de sus mujeres, las cuales suman tres mil seiscientos ocho. Gran noticia para los hoteles, que habrán de ofrecer alojamiento cómodo y comida a una masa adicional de varios miles de forasteros. Todo ello puede parecer poco, si seguimos añadiendo detalles útiles. Los bancos representados por estos señores cuentan un total de depósitos que monta a ciento noventa y siete mil millones de dólares, los cuales han sido entregados a su custodia por más de cincuenta y un millones de clientes. Este último número necesita alguna explicación. ¿De dónde salen cincuenta y un millones de clientes? Desde luego, muchos tienen cuentas paralelas en varios bancos, y en seguida, por muy nacional y restringido que sea el ámbito de las operaciones bancarias, no pocos de ellos tienen nutridas falanges de clientes en México y Canadá, naciones que por su vecindad están en relación económica muy estricta con Estados Unidos. Pero hay otra explicación.

A un chileno, acostumbrado desde chico a las pavorosas restricciones bancarias, le cuesta imaginar lo fácil que es en este país hacerse cliente de un banco. Basta con identi-

ficarse, y generalmente para el caso se emplea la licencia de manejo de automóviles, y la cuenta se abre sin más trámites. No hay declaración acerca de los bienes, tal vez porque en Estados Unidos se odia la mentira, y esa declaración, donde se la pida, se presta a no pocas exageraciones. Los bancos son, al mismo tiempo, instituciones de ahorro y de orden comercial. Ultimamente, algunos han establecido el sistema del ahorro automático, que funciona en la siguiente forma: el cliente manifiesta al banco su voluntad de hacer ahorros, hasta una determinada suma mensual, y el banco separa de su cuenta, en una fecha establecida de acuerdo con el depositante, la suma fijada, para que pase de la cuenta comercial a la de ahorros.

Pero hasta ahora estamos en el terreno común y corriente. El sistema bancario de Norteamérica tiene muchas otras características que lo hacen sui géneris en el mundo. Si un sujeto realiza una operación de crédito, el banco le manda a su casa por correo un taco de comprobantes para el pago de las cuotas mensuales. El cliente separa un talón de esos comprobantes y lo envía, también por correo, al banco con un cheque por la suma que debe pagar. Con eso se evita la sudorosa cola de pago de las letras, que en forma tan poco edificante marca la existencia bancaria de otras naciones. Entre paréntesis me atrevo a sugerir que estas facilidades se dan en los Estados Unidos no por amor al comercio expedito, sino por el exquisito cuidado que aquí se pone para evitar al hombre todo lo que sea humillante. Cerremos el paréntesis, que se presta a extensos desarrollos, y volvamos a las relaciones del banco con su clientela.

Los cheques no son en la Unión vacas sagradas, sino simples pedazos de papel a los cuales se confía una determinada misión: autorizar un pago; y es así, efectivamente, cómo si a uno se le acaban los cheques en el talonario,

puede seguir haciendo órdenes de pago en trozos de papel que no sean demasiado viles. El banco los acepta. Pero los cheques, a su turno, los hace el banco a la medida del cliente. Cuando ya la cuenta está inscrita, el cliente recibe en su casa, también por correo, una serie de talonarios para que pueda girar cómodamente durante unos seis meses. Lo abre y se encuentra con la extraordinaria sorpresa de que cada uno de esos cheques lleva impresos su nombre y su dirección...

Pero hay más. ¿Cuánto cobra el banco por el servicio de préstamos? Seis por ciento. ¿Cuánto abona a los depósitos de ahorro? Cuatro por ciento. Del estrecho margen de dos por ciento salen todos los refinamientos y las exquisiteces con que se abruma al público. Pero esto de abrumar a alguien con el buen trato forma parte de la psicología del rigor bancario con que hemos llegado a este país. Aquí se siente de otro modo. En la agenda de la conferencia de San Francisco, que nos ha dado pie para estas deshilvanadas notas, aparece en sitio prominente el problema de cómo hacer mejor el servicio bancario, cómo atraer mayor clientela, cómo elevar todavía más el número de las personas que hacen uso del rodaje económico de los bancos. Y ahí tendremos a cerca de seis mil sesudos varones devanándose los sesos durante tres días para hacer que el banco en lo futuro trate a su clientela mejor que hasta hoy.

Hay para quedarse con la boca abierta, sobre todo para quien mantenga en la memoria, por venir de otra nación, el rigor frío y despectivo con que normalmente se manejan las relaciones banco-cliente, la tramitación profusa y odiosa, todo aquello en fin calculado para configurar en el vulgo el convencimiento de que los bancos se crearon para oprimir a los débiles.

Por lo demás, este régimen, como muchas otras cosas, es el fruto de una evolución. Parece que en otros años en

los Estados Unidos el banquero era como lo conocemos nosotros: un señor con cara de pocos amigos, profundamente desconfiado y receloso, pero además animado del sádico empeño de hacer conocidos de cada uno de sus potenciales clientes su recelo y su desconfianza.

Se trata de Amadeo Gianini, uno de esos milagros que se dan en los Estados Unidos con más frecuencia que en otras partes, creador del Bank of America, que es hoy no él más grande de la Unión, sino el más vigoroso del mundo, con cerca de doce mil millones de dólares en capital y reservas. Pues Gianini, que era, como acusa su nombre, un italiano emigrado a los Estados Unidos a fines del siglo XIX, más de una vez encontró en sus negocios el ceño duro y el ademán agrio y cortante del banquero que respondía con altivez a sus humildes demandas de dinero. Mas un día hizo alguna fortuna y se le ocurrió instalar un banco. Todos le pronosticaron el más estrepitoso fracaso, y desde luego los colegas entre quienes pretendía sacar cabeza, viejos tiburones de amplia sonrisa bancaria. Gianini los venció llamando al banco al pueblo, anunciando que no pediría a nadie más garantía que su nombre y que prestaría dinero a todos, porque creía en la honradez de todos. No fracasó, y su banco, repetimos, en manos hoy de una amplísima sociedad anónima, es el más poderoso del mundo.

Y colorín colorado, el cuento de hoy se ha terminado.

LA EVASION TRIBUTARIA TAMBIEN EXISTE EN ESTADOS UNIDOS

LAS TRIBULACIONES que sufren los funcionarios de Impuestos Internos son notablemente parecidas en todas las naciones en que tales tributos existen. De una parte, el fisco exige que el rendimiento de los impuestos sea tan elevado como se calculó para los efectos presupuestarios. De la otra, los contribuyentes procuran pagar lo menos posible, con facilidades y sin demasiado apremio, y, en fin, cuando a ellos les acomode, no cuando le acomode al gobierno. En la pugna, como siempre ocurre, quedan heridos y contusos, no pocos de los cuales purgan en las cárceles sus distracciones de orden tributario; y queda, para el gobierno federal de los Estados Unidos, una suma que se estima anualmente en cinco mil millones de dólares que debieron tributarse y no se tributaron. Esto es lo que generalmente se llama la evasión tributaria.

Un funcionario chileno de Impuestos Internos, don Edgardo Goldenberg, ha venido recientemente a los Estados Unidos para informarse en el terreno de cómo funcionan los organismos tributarios norteamericanos. La impresión general que domina en esta materia es que lo probado como bueno en una nación tan grande como los Estados Unidos debe necesariamente ser bueno asimismo en cualquier otra. Puede ser en algunas cosas; pero en otras no lo es.

En el caso de los impuestos, desde luego, el señor Gol-

denberg, en una entrevista que concedió al *San Francisco Chronicle*, aceptaba que los chilenos no son más talentosos o agudos que los norteamericanos para evadir el pago de los tributos. Es verdad que en los Estados Unidos hay, como decíamos, no pocos sujetos detenidos en las cárceles por no haber pagado todo lo que de ellos se exigía. Pero los funcionarios de Impuestos Internos confiesan que el sistema carcelario para estos delitos es muy satisfactorio si se desea humillar a un determinado sujeto; pero nada fructífero desde el punto de vista fiscal. El señor X, convicto de haber defraudado el interés fiscal en materia tributaria, es condenado y pierde su libertad. Mientras está detenido no produce, y su capacidad de pago se va reduciendo hasta ser nula; y mientras se halla encarcelado, es el Estado federal el que debe correr con su alimentación, curarle si está enfermo y velar por él solícitamente. ¿Para qué? Al parecer, para que al ser puesto de nuevo en libertad el señor X se apresure a ganar cuanto antes lo necesario para vivir él y pagar al Estado.

Lo normal es lo contrario. Lo normal es que el señor X salga de la cárcel mucho más diestro que antes en la evasión tributaria, y que una vez libre se dedique exclusivamente a negocios que no tributan, los cuales no se anuncian en los diarios, pero existen...

El señor Goldenberg y sus compañeros de oficina comprobaron en Estados Unidos que aquí existe también evasión tributaria y que los esfuerzos hechos por los expertos para eliminarla no han resultado. Han comprobado, igualmente, que la amenaza de gruesas multas y de cárcel no impide la ejecución de delitos tributarios, tanto más cuanto que algunos de éstos son involuntarios, por lo menos para una de las partes.

En Estados Unidos, por lo demás, se procura muy celosamente evitar la duplicidad de la tributación. Para esto

se han desarrollado mucho los sistemas de pago diferido, que significan la emisión de comprobantes y que permiten su conservación. Nos explicamos. Hay personas que no pagan jamás con dinero en los restaurantes, en las fuentes de bencina, en las tiendas, etc., sino que hacen uso de cuentas que se cobran periódicamente. En cada operación firman un vale, y todos éstos, reunidos como justificativo de su cuenta, vuelven a su poder al término del mes. Pues bien, estos vales pueden ser aducidos para pedir la exención tributaria correspondiente en todos los casos en que pagar significaría duplicidad.

En Estados Unidos se puede solicitar exención por las cosas más extrañas. En Chile, por ejemplo, es considerado altamente vituperable que un hombre rico adquiriera objetos suntuarios. En la Unión, al revés, se le exime de ciertos tributos si prueba que ha adquirido y conserva en su poder objetos suntuarios, lo que se entiende es una forma indirecta de conseguir que tales objetos pasen en seguida a los museos, en vida de sus adquirentes o a su fallecimiento. Mediante el uso de estas disposiciones, las colecciones particulares de objetos de arte son ya las más abundantes del mundo, y los museos se enriquecen con rapidez asombrosa.

— En todas las ciudades de los Estados Unidos hay museos públicos de categoría que el Estado federal y los demás Estados atienden con personal muy bien enterado y pagado liberalmente, y en su inmensa mayoría las colecciones que allí se exhiben proceden de particulares y no de la administración. Hoy mismo, por ejemplo, si a un museo se le ofrece una pieza interesante, éste suele adquirirla por medio de un grupo de benefactores titulares, que forman una especie de junta de amigos del arte, a quienes se les presenta la oportunidad de hacer una oblación a la comunidad, comprando la pieza y ofreciéndola al museo, y de lograr la

exención tributaria correspondiente a la cuota comprometida en la donación. El régimen es de efectos infalibles. Es de pensar que en Chile, donde tanto se teme la evasión tributaria, no sea considerado serio.

Las mayores exigencias tributarias de los Estados Unidos proceden de que el país debe hacer frente a gastos enormes en el extranjero para sostener la paz armada y para fomentar el progreso de naciones subdesarrolladas a las cuales se prometió tender la mano con motivo de la última guerra mundial. En otras naciones, el peso tributario que se hace recaer sobre los ciudadanos procede de la nueva concepción del Estado paternal, organizado para hacerse cargo de todos los desvalidos de la sociedad, a fin de producir dentro de la comunidad una especie de nivelación de las fortunas, la cual teóricamente se lograría quitando a los ricos lo que pudieran sobrarles, para darlo a los pobres en forma de hospitales, asilos, seguros, etc. Y entonces se da la paradoja de que ese Estado, tan paternal para unos, actúa con los otros a lo padrastro. A los desvalidos, todo son sonrisas y abrazos; a los contribuyentes, palo y piedra.

El señor Goldenberg y sus compañeros de labor han podido pesar las cosas como suceden en los Estados Unidos, y regresan a Chile con no poco escepticismo sobre lo que cabe hacer en materia tributaria. Si Estados Unidos no ha podido extinguir la llamada evasión tributaria, ¿podrá proponerse el mismo logro cualquiera otra nación del mundo?

LA MANCHA DEL PETROLEO

UN AMIGO me escribe desde Chile, y después de muchas expresiones dulces lanza su píldora. Yo lo encuentro bueno todo en los Estados Unidos, desde el clima hasta la comida. ¿Cómo es posible tanta perfección? ¿No existirá un detalle que rompa, siquiera ligeramente, este marco idílico y por donde la existencia de este país muestre, como la de todos los demás, algo ingrato y que pudiera ser mejorado? Como la invitación a meditar viene de muy alto, no puedo rehusarla. Durante varios días pensé qué se podría indicar como digno de reproche por estos pagos, y de pronto fue recompensada mi pesquisa.

Todos los días, al abrir el diario, me llaman la atención las noticias sobre los avances que logra la obtención del petróleo en el suelo del Estado de Louisiana. No todos los pozos que se perforan contienen líquido, pero muchos ofrecen gas, que a más de emplearse para bombear el petróleo, también se vende en las ciudades. La participación del gas en la producción de energía de los Estados Unidos va en rápido aumento. En 1947, según estadística que tengo a la vista, la distribución era la siguiente:

Carbón	47,2%
Petróleo	32,9%
Gas natural	15,5%
Agua	4,4%

En 1961, en cambio, la distribución ha sido así:

Petróleo	41,2%
Gas natural	32,5%
Carbón	22,4%
Agua	3,9%

Como puede verse, aumenta grandemente el consumo de gas y de petróleo, disminuye en forma dramática el de carbón y disminuye, asimismo, aunque ligeramente, el de agua, es decir, la energía hidroeléctrica. Pero si, además, sumamos gas y petróleo, que proceden de una misma fuente, llegamos a la conclusión de que ellos solos han provisto al país del 73,7 por ciento del total de su energía. El balance es de una elocuencia aplastante.

A todo esto, tendrá derecho a preguntarse el lector, ¿en qué la obtención de gas y de petróleo implica un reproche para Estados Unidos? Todo es según el color del cristal con que se mira. En Estados Unidos, país de nítida estructura capitalista, nada tiene de reprochable que sobre la riqueza enquistada en el seno de la tierra se organicen empresas que la busquen, y que si la encuentran, con ella se beneficien. Cuentos corren de hombres que se enriquecen todavía con el petróleo, ahora, en nuestros propios días, cosa que parecía ya bastante improbable dentro de un régimen impositivo basado en la progresión que los técnicos tributarios habían calculado precisamente para impedir el enriquecimiento individual.

Para nosotros, chilenos, en cambio, el petróleo ha de pertenecer necesariamente al Estado, y sólo él tiene derecho a lucrar con su obtención. El que un capitalista particular arome sus narices por allí es para nosotros un acto nefando, y en consecuencia se le ha prohibido por medio de una ley. La ostentación de una fortuna labrada en torno al

petróleo heriría nuestra sensibilidad social, que en este aspecto por lo menos está muy desarrollada. Nosotros, los chilenos, en fin, no somos capitalistas, sino socialistas de Estado, y no podemos aceptar los excesos que se cometen en los países capitalistas.

Este es el motivo por el cual hay tanta diferencia de país a país. Abro los diarios de Chile, por ejemplo, y no encuentro ninguna noticia referente al petróleo. Es verdad que existe una empresa que lo busca y lo beneficia, pero esa empresa del Estado, como tal, carece totalmente de espectáculo. Sus funcionarios son meros funcionarios, y no pueden pavonearse en la calle por haber descubierto petróleo donde hasta ayer se creyó que no lo había. Las tareas de información previa, prospección, perforación, etc., se desarrollan en forma sistemática, muy bien pautada, y han de llevar a concluir en la existencia o inexistencia del petróleo en las diferentes provincias del país, en fechas que varían. En algunas, donde los indicios son vehementes, puede saberse finalmente si hay petróleo dentro de dos años; en las de más allá...

En suma, para los chilenos, merced al avanzado socialismo dentro del cual se vive, el petróleo es un asunto burocrático y técnico a la vez, sin sorpresas, que sigue su marcha con la calma de un gran río.

En los Estados Unidos, en cambio, todo es distinto. Los gobiernos de los Estados están anunciando constantemente las fechas en las cuales pondrán en licitación los permisos para explorar. En unos casos estos permisos abarcan regiones cubiertas de agua, porque en Louisiana, por lo menos, el mar que baña la costa sur, el golfo de México, parece ser uno de los más ricos depósitos petroleros del país.

Merced a esto, el Estado de Louisiana, que hasta hace poco valía bien poco desde el punto de vista comercial,

está subiendo y es ya el sexto entre los productores de petróleo. Todos los individuos que se interesan en esas licitaciones son, naturalmente, empresarios privados, que arriesgan su propio dinero en los trabajos preliminares. Si obtienen petróleo, pueden hacerse ricos. Si no lo obtienen, habrán gastado su dinero en vano.

Y digo, en fin, que son "naturalmente empresarios privados", porque en este país se vería como algo exótico que una autoridad cualquiera tomara parte activa en las tareas para las cuales se necesita dinero. Ni sería necesario. Para ello existen los empresarios particulares, que están ansiosos de probar fortuna, que no tienen miedo alguno al riesgo, y que con la expectativa de lograr apreciables ganancias son capaces de ensayar cualquier cosa, hasta lo que parezca, a primera vista, descabellado y quimérico.

Este desorden, esta audacia, a nosotros los chilenos nos choca grandemente. Que el capitalista privado se meta en un asunto tan trascendental como descubrir el petróleo, nos marea. Creemos que el camino recto, el único legítimo, es el del socialismo de Estado vigente en Chile.

Merced a nuestra concepción del asunto, la busca del petróleo se hace con paso seguro, sin pretender agotar en pocos años la provisión de huevos de oro de la gallina. Si ella pone su huevito cada día, chico, pero huevito sin duda, ¿a qué viene festinarla para que el huevo sea más grande o para que en lugar de poner uno deje caer una docena? Calma, señores, no hay que arrebatarse. Si el progreso de Chile se ha prodigado siempre con un estrecho cuentagotas, ¿a qué vendría atropellarlo y pretender que anduviere con tranco más rápido?

En el año 2500, cuando el petróleo esté ya agotado en todas partes del mundo, por la loca carrera que llevan las exploraciones, los yacimientos de Chile serán los únicos que guardarán todavía su sabrosa incógnita. ¿Habrás pe-

tróleo? Nadie lo sabrá sino por sus pasos contados, ni correrá nadie el peligro de hacerse rico por haberlo descubierto. Una nación austeramente socialista, jurada enemiga del enriquecimiento de los individuos, mantendrá fija la vista en su meta. El petróleo es riqueza reservada al Estado, y sólo él puede manejarla.

Mi querido amigo, el de la consulta, ha recibido, pues, la respuesta que esperaba. En medio del panorama de los Estados Unidos, que tanto me ha deleitado contemplar, encontré por fin la mancha, la sucia mancha del petróleo. Como no se cree condenable el lucro, los capitalistas luchan para obtener que sus inversiones les rindan, y como el petróleo sigue siendo una sustancia muy codiciada, es a ella a la cual se dirigen de preferencia. Esta avidez por hacer dinero, esta propensión al lucro, esta codicia, esta pugna de intereses, a nosotros los chilenos nos chocan y nos desequilibran.

LA ESTRATEGIA DE LA
GUERRA FUTURA

¿A QUE IBAN LOS TECNICOS SOVIETICOS A CUBA?

LA OPINIÓN pública de los Estados Unidos está aceptando ya, al través de algunas informaciones y comentarios de la prensa, que en las últimas semanas se ha producido un vuelco de grande importancia en la estrategia de la guerra futura. Durante años, cautelosamente, Estados Unidos preparó la organización de bases en países europeos, asiáticos y del Oriente Medio, bases que forman una especie de cadena de seguridad en torno a las fronteras de la Unión Soviética. Si la guerra se producía, contábase, de este modo, con tener a corta distancia los principales centros de la vida soviética para amenazarlos, y, si era necesario, destruirlos. En lo que se refiere al hemisferio occidental, se logró, asimismo, firmar pactos de ayuda militar que de una parte robustecieron las fuerzas armadas de las naciones de ese grupo y de otra dejaron implícitamente en manos de los Estados Unidos la dirección superior de todas las operaciones que eventualmente fuera necesario desarrollar en caso de amenaza exterior, es decir, de la Unión Soviética.

Todo esto ha cambiado, y con una rapidez tal, que muchas personas del nivel común ni siquiera lo sospechan. La estrategia de la guerra futura debe entenderse de hoy en adelante proyectada no ya a territorios asiáticos o europeos, sino al territorio americano, es decir, del hemis-

ferio occidental, merced a la intervención que de pronto cobró en estas cosas un personaje de corta historia, aunque de luengas barbas, Fidel Castro. La guerra futura, en suma, ha de suponerse surgida en Cuba, y acaso en otras islas antillanas, y va a amenazar directamente el territorio de los Estados Unidos, es decir, el hogar nacional, cosa que siempre anduvo bastante lejana de la imaginación de los políticos que se han sucedido en el gobierno de Washington.

Cuba se halla a sólo 229 millas de Miami y a 350 de Cabo Cañaveral, donde se realizan importantes experimentos con proyectiles espaciales... 633 millas median de Cuba a New Orleans, 650 a Charleston, S. C., 875 a Houston, que son tres puertos muy importantes en la región del Sur, y claro está que como tales puertos en sus vecindades existen muchos puntos de importancia estratégica, desde fábricas de instrumentos bélicos hasta refinerías de petróleo. Es decir, la región sureña de los Estados Unidos ha pasado a quedar en la primera línea de peligro de la guerra futura, más o menos como lo estaban hasta ayer las ciudades rusas que pueden ser alcanzadas en fáciles expediciones por los bombarderos que salgan de Grecia, Turquía y otros sitios. Esto, insisto, es nuevo, y se aceptará que no es fácil hallarse preparado para comprenderlo en todos sus alcances.

La ocupación de Cuba por las fuerzas armadas soviéticas se ha venido efectuando lentamente. No llegan batallones, ni regimientos, ni grandes unidades de parque, ni hace falta. Por el momento aparecen en cortos grupos los técnicos, es decir, los hombres que estudiarán ciertos aspectos que exigen conocimiento del terreno, para formar los planes de estado mayor necesarios a la formulación del plan final, que en toda guerra, como se sabe, no es ya sólo técnico sino más bien político. Con estos instrumentos de información en su mano, los jefes del Kremlin fijarán

la línea de conducta que se proponen seguir en el período siguiente. Cuba está muy bien ubicada dentro del complejo antillano, y desde allí se puede amenazar no sólo a los Estados Unidos, como ya decíamos, sino también a México, a todas las naciones centroamericanas, a Colombia y a Venezuela, y, en fin, a naciones independientes y a colonias inglesas, francesas, holandesas, etc. La importancia estratégica de Cuba es, dicho sin hipérbole, infinita, y todo indica que la Unión Soviética entra ya decididamente a tomarla en cuenta.

Debe aceptarse que estos pueblos son lentos para sus reacciones, y los soviéticos han venido a darse cuenta de la excelente plataforma que se ponía a su disposición en Cuba, cuando habían pasado largos dos años de la revolución y cuando, sobre todo, más de una vez habían menospreciado la oportunidad que se les estaba ofreciendo. Porque cabe recordar que los soviéticos han tratado a los cubanos con insultante desprecio. Les han negado apoyo económico y nada han hecho para impedir que el hambre despueble a la isla. En estos momentos, Cuba ve raleada su población y paralizadas casi todas sus industrias, mientras los técnicos que estudian las bases estratégicas de la guerra futura llegan en aviones soviéticos, todos los días, para ir completando las líneas del golpe final, es decir, el ataque a los Estados Unidos desde tierra cubana.

Las lucubraciones sobre la guerra de mañana generalmente fallan, porque la aptitud de predecir el futuro se da con extrema avaricia entre los hombres, y en consecuencia nos abstendremos, por elemental prudencia, de cualquier vaticinio. Basta recordar, eso sí, que de acuerdo con la doctrina de la Unión Soviética que ha hecho propaganda a la paz por muchos años, no es previsible que el ataque se lance en forma propiamente guerrera. Más bien se llevarán a cabo actos sucesivos, graduales, de penetración,

para ir quitando a Estados Unidos las diferentes bases de que hoy dispone en algunos países americanos, de modo que llegue el instante en que no pueda intentar nada, más o menos como ocurre en Berlín, donde los soviéticos el día que quieran ocupan toda la ciudad y arrasan con la República Federal Alemana si ésta pretende salir en defensa de la vieja capital, lo que es bastante improbable. Los movimientos castristas en algunas naciones hispanoamericanas han cundido sin la presencia inmediata de los rusos y de los checos en Cuba. Es fácil imaginar el vuelo que tomarán cuando esos técnicos soviéticos, cumplida su misión en Cuba, alcancen a las otras naciones a imponerse de lo que allí sucede...

Se dirá que nuestros vaticinios son muy sombríos, y que algo sucederá cualquier día que evite la guerra. Pero una cosa es evitar la guerra y otra, muy distinta, calmar a la Unión Soviética, que de unos cuantos lustros a esta parte viene conquistando lugares, sitios y naciones del mundo, para aplicar en todos ellos el socialismo, es decir, para convertirlos a la teoría marxista. Esta marcha poco ostensible, en la cual la Unión Soviética ha logrado, con el concurso del tiempo, todo lo que anhelaba, se había detenido en el hemisferio occidental, es decir, en tierras americanas, gracias a la unión que logró forjar, tras no pocos esfuerzos, la diplomacia norteamericana. En este hemisferio, en fin, la semilla soviética no proliferaba más allá de los grupos intelectuales, siempre en escueta minoría. Hoy han cambiado las cosas, y Cuba nos muestra cómo es probable que dentro de un par de años los países hispanoamericanos vayan convirtiéndose al castrismo, lo que no es todavía el marxismo pleno, pero constituye una excelente aproximación.

LA GUERRA EN EL HEMISFERIO AMERICANO

EL CAMBIO del eje estratégico de la guerra futura, a que hemos aludido en el comentario anterior, se debe a la ocupación del gobierno por Fidel Castro y su equipo, en el cual, según parece, hubo desde el primer día importantes comunistas. Pero es un cambio lento, y que ha contado con innumerables tropiezos en la práctica. Fue muy difícil convencer a los jefes del estado mayor soviético de que el eje estratégico de la guerra podía cambiar. Formados en una escuela europea, con el gran problema a la vista de acudir a la defensa de fronteras nacionales remotas, los generales rusos durante muchos meses consideraron que la idea de trasladar a Cuba el potencial de la guerra futura era sencillamente una utopía disparatada, en la cual no valía la pena detenerse. Dijeron, en primer término, que el país no contaba con una escuadra de capacidad adecuada para llevar a la isla la fenomenal impedimenta que necesita la guerra. En seguida, arguyeron que la propia Cuba, de tan reducida extensión, no era el mejor sitio para reunir las decenas de millones de hombres con que se puede intentar una campaña. Debe advertirse de paso que, siendo Cuba un país de reducidas posibilidades agrícolas, fuera del tabaco, el café y la caña, los jefes militares soviéticos señalaban a uno de los más graves problemas que debe afrontar la estrategia de la guerra futura.

Pero algunos diligentes y audaces cubanos arguyeron en Moscú en una forma no prevista:

—¿Quién habla de millones? —dijeron—. La guerra futura debe hacerse sobre la base de armas nuevas, de proyectiles dirigidos a larga distancia, y en modo alguno va a necesitar, como las antiguas, el enorme despliegue de gente a que se refieren los del estado mayor. Es preciso revisar estos planes.

Y consiguieron hacerse oír. De la revisión salió que, en realidad, entre los planes del estado mayor conservados en la jefatura de las fuerzas soviéticas, siempre se había partido de la base de la defensa de la tierra rusa amenazada por un enemigo de fuera, unas veces por el norte, otras por el centro, etc., y que sólo como excepción improbable se contemplaba la posibilidad de un ataque al través de las tierras asiáticas, donde la magnitud misma del escenario hace muy aleatoria cualquiera amenaza. Entre los militares existen, naturalmente, tradiciones, y una de ellas consiste en suponer que Napoleón fijó, con su famosa campaña en que resultó destrozado, las líneas generales de cualquier peligro bélico. Cuando se habla de guerra, el militar soviético piensa, pues, en el acto en Napoleón, y supone que los ejércitos enemigos se empantanarán en el barro helado de la estepa. Y esta tradición se afianza, además, en el hecho de que Hitler, a pesar de su general desprecio por las tradiciones, también empleó un esquema de corte napoleónico en su ataque, razón, entre otras, por la cual fracasó.

Los cubanos insistieron mucho en que si el plan estratégico de los Estados Unidos para la guerra futura consistía en cruzar los fuegos de sus puestos militares sobre el territorio ruso, la audacia del que pretendiese triunfar en aquel encuentro le aconsejaba buscar un terreno propio, es decir, no aceptar el combate en el punto que había ya elegido el adversario. Este es, sin duda, el elemento decisivo en la dis-

cusión. Cuando el adversario A elige el terreno y acomoda las armas a él, tiene, sin duda, cierta ventaja sobre el adversario B. Esto es de una lógica irrefragable y los soviéticos hubieron de admitirlo.

Aun cuando no existen en Cuba misma informadores regulares que puedan dar cuenta de lo que allí ocurre, algo se trasluce hacia afuera. De estas informaciones sueltas, que en algunos casos no pasan de ser conjeturas, lo que se desprende es más o menos lo siguiente:

—El estado mayor soviético aceptó ya autorizar el envío de técnicos para que vean en Cuba cuáles serían las bases teóricas necesarias para organizar un dispositivo de guerra. Los jefes creen, eso sí, que las dificultades técnicas son enormes, por mucho que la guerra futura, como anuncian los cubanos, haya de empeñarse con armas nucleares, y, por lo tanto, con un empleo mínimo de gente.

—En Cuba hay, de varios meses a esta parte, una cantidad enorme de individuos venidos especialmente de Europa, que recorren el país centímetro por centímetro, levantan cartas de sus costas y miden distancias y apuntan prolijamente cuanto les despierta alguna curiosidad. Con el objeto de no llamar mucho la atención y para evitar infidencias, los intérpretes que les sirven son rusos que han viajado con ellos. En general, no creen conveniente que se sepa lo que están haciendo, dada la corta distancia que media de la isla a los Estados Unidos.

Todas las medidas que ha ensayado el gobierno de Castro deben proseguir, para dar la impresión de que en el país se ha creado cierta normalidad elemental; pero es de cajón que nada de ello importe demasiado para el caso de una guerra. Si en tal evento, como confían Castro y los suyos, vence la Unión Soviética, Cuba tendrá de sobre en los Estados Unidos con qué compensar su hambre de hoy.

Debe anotarse, en fin, que el flujo de gente que sale de

Cuba no ha cesado, y que tiene lógicas variaciones estacionales y de oportunidad. Los clandestinos emplean, sobre todo, la vía marítima y deben estar prevenidos para tener buena navegación. Los no clandestinos usan el avión. El régimen castrista, en general, tiene manga ancha para estos viajes, porque sabe perfectamente que cada cubano que huye deja, aunque no lo quiera, rehenes en la isla a quienes oportunamente se podrá utilizar. Por lo demás, los que huyen abandonan generalmente bienes de que se echa mano para contentar a los pedigüeños, que en el régimen castrista existen, como en todos: alhajas, muebles, automóviles, casas, fincas, etcétera. El régimen socialista de Cuba, como siempre ha sido en la historia, no se limita a disponer de los bienes creados según su propia doctrina y por la aplicación ordenada de sus preceptos, sino que comienza por distribuir la riqueza formada por el régimen burgués al cual suplanta. Es, pues, una intensa y profunda repartición de lo ajeno antes de una sabia acumulación de lo propio.

Volviendo a la estrategia de la guerra futura, debe señalarse, en fin, que la sorpresa que se han llevado los jefes del estado mayor de los Estados Unidos no es para descrita. Ellos, como los soviéticos, tenían conceptos perfectamente definidos sobre aquella guerra, y conforme éstos, se entendía que los combates debían tener efecto en Europa, en Asia y en las islas del océano Pacífico, o en Groenlandia, para proteger la ruta del Polo norte, que abrevia la distancia de la navegación aérea, etcétera. Ninguna de las combinaciones contaba con el combate dentro del propio territorio americano.

Durante la Segunda Guerra Mundial se dijo que Hitler extendería sus operaciones a Sudamérica, y que Bolivia sería el campo predilecto de su campaña para extender la guerra aérea de allí a las demás naciones del hemisferio,

inclusive Estados Unidos. Esto aparecía un tanto peregrino, y en definitiva no se le hizo mucho caso. Hitler, por lo demás, fue derrotado antes de lanzarse al Nuevo Mundo, y se suicidó al ver destruida su gigantesca maquinaria bélica. Sea como fuere, la estrategia de la guerra futura está considerando ya la posibilidad de operaciones en América, y si no resultó en tiempos de Hitler, bien puede resultar bajo la orientación de Khrushchev o de quien esté en su sitio cuando llegue la hora de las decisiones. El mundo se ha estrechado y comprimido, y es ya difícil de imaginar que en una tercera guerra pudiéramos los hijos del Nuevo Mundo librarnos de ella como nos hemos librado hasta hoy de las dos anteriores.

UNA NOTA DE ACLARACIÓN: Con los títulos de *Estrategia de la Guerra Futura y Cuba y la Nueva Estrategia*, los dos comentarios que acaban de leerse fueron publicados en *El Mercurio* de Santiago de Chile, en los días 2 y 3 de octubre de 1962. Veinte días después, esto es, el 22 del mismo mes de octubre, el Presidente Kennedy aceptaba, por medio de un documento destinado a dar la vuelta al mundo, que Estados Unidos había descubierto el armamento nuclear soviético instalado en Cuba, y conminaba a la Unión Soviética a que lo retirara cuanto antes.

Para un periodista, prever los sucesos es el mayor de los éxitos a que puede aspirar, sobre todo si, como ocurre en este caso, las inferencias se hacen sobre hechos de grande envergadura y en el plano internacional. El autor de este libro señala, pues, la precedencia cronológica que corre entre sus artículos publicados por *El Mercurio* y la proclamación de Kennedy, como título honroso en su carrera.

¿ERROR O CALCULO DE LA UNION SOVIETICA?

¿ESTÁ RESUELTA la crisis cubana? La amenaza de guerra que pendía sobre los países del hemisferio occidental ¿ha sido eliminada o ahuyentada? La prensa de los Estados Unidos, que en general ha sido muy parca para opinar sobre estos temas, guarda también silencio acerca de tan graves cuestiones. Podría decirse, inclusive, que en el fondo hay cierta aprensión. La victoria parece demasiado fácil. Ha bastado que Estados Unidos se muestre dueño de sí y abandonando su habitual timidez golpee la mesa, derribe algunos vasos y floreros y alce un poco el tono de la voz, para que los eventuales enemigos corran a esconderse, balbuceando toda clase de excusas. Demasiado fácil, demasiado pronto.

De una potencia que desde el fin de la Segunda Guerra Mundial ha ido ocupando amplios territorios en Europa primero y en Asia en seguida, y que a la fuerza militar, sin duda considerable, une la fuerza doctrinaria, de incalculable alcance, es difícil imaginar que abandone la partida sin reservarse una carta maestra para jugarla oportunamente. Debe, en fin, señalarse que al ocupar con bases militares a Cuba, la Unión Soviética ponía pie en el propio hemisferio occidental, donde la tutela económica, política y militar de los Estados Unidos, libremente consentida por los demás Estados del sistema, era decisiva. Fue la desertión de Cuba la que permitió este cambio, trascendental

si se pesa lo que importa para la estrategia de la guerra futura.

Sea cual fuere la solución de la crisis, en ella hay una personalidad que emerge con nuevos relieves. Es el Presidente Kennedy, cuya política internacional había sido, hasta ayer, juzgada en términos acremente condenatorios. Muchos de sus adversarios le enrostraban sólo pocos años, y algunos agregaban que sus consejeros íntimos no pasaban de ser frívolos jóvenes de buena sociedad, ricos y bien vestidos, pero sin mayor seso. Esta juvenil camarilla era la que habría aconsejado a Kennedy ceder en Berlín; ceder en el asunto de las pruebas nucleares; ceder en todas partes, a condición de no precipitarse en una guerra de pronóstico reservado. Estamos repitiendo en extracto las censuras. Ahora veremos cómo todo esto ha sido aventado súbitamente.

Yo no sé si para tomar las medidas que tomó Kennedy entre los días 18 y 28 de octubre consultó a sus consejeros íntimos y si las medidas son precisamente las que éstos indicaron. Ni lo sabrá nadie, hasta dentro de muchos años, cuando se haga historia de lo que es hoy bullente actualidad y se den a conocer documentos y testimonios que ahora son por esencia secretos. En todo caso, la decisión es de él, y es a él a quien corresponde la honra histórica de haber detenido, en pocas horas, una de las más graves amenazas que han podido pender sobre el continente americano.

A la luz que proyecta esta crisis, puede afirmarse, una vez más, que es la paciencia la principal virtud de la democracia. En nombre de la paciencia democrática se aceptan las provocaciones increíbles de la Unión Soviética, desde la construcción de un muro que dentro de Berlín contiene a los alemanes que desean pasar a los países libres, hasta aquella escabrosa escena de las Naciones Unidas en que Nikita, para hacerse oír mejor de sus compañeros, se sacó

un zapato y con él golpeó la mesa en que habitualmente los hombres ponen las manos, no los pies. Todo esto se sufre en silencio, con paciencia, para ver si con el tiempo el hombre desgarrado y de conducta soez aprende a comportarse como los cultos seres con quienes alterna.

Es rasgo distintivo de la psicología del pueblo norteamericano el haber eliminado la violencia de sus tratos. En una calle, en una tienda, en los vehículos de locomoción colectiva, en los teatros, en los templos, este pueblo siempre sonríe y cede. Los automóviles no se embisten sino que, pacientemente, esperan a que las luces cambien. De este modo pasan todos, si bien unos después que los otros. La dulzura de la convivencia humana llama vivamente la atención del extranjero, y el que no la descubra aquí, en los Estados Unidos, precisamente, o no le da importancia o cree que es mejor vivir en plena beligerancia con el vecino, amenazándose y agredándose.

Teniendo esto en cuenta, hay para imaginarse la sorpresa que ha debido causar el que aquel tímido y sonriente joven que llena el cargo de Presidente de los Estados Unidos aparezca haciendo amenazas de guerra y mostrando una decisión fría, incisiva, férrea de verdad, para dejar ver que en él la paciencia democrática había terminado, y que por lo menos en el caso de Cuba no toleraría más la constante provocación soviética. Si bajo la sonrisa cabe la firmeza, si es verdad que lo cortés no quita lo valiente, Kennedy ha dado esta vez una lección imperecedera al mundo. Mostró, de paso, que su país no le teme a la guerra, ni siquiera a esa guerra nuclear que tanto atemoriza a los histéricos de Londres y de otras ciudades al asaltar las embajadas de los Estados Unidos. Y aun cuando sus palabras eran medidas y cautelosas y no contenían ninguna demasía, bien en claro quedó que tras ellas latían las más

serias prevenciones que se le han dirigido jamás a la Unión Soviética.

El haberse colado ésta por la puerta trasera al continente americano para desde allí hacer cosquillas a los Estados Unidos, pudo parecer al comienzo un agradable pasatiempo, pero se convirtió, al fin, en una desembozada provocación. Estados Unidos soporta muy bien los pasatiempos, ya que, descendientes de británicos en su gran mayoría, los ciudadanos de este país conservan mentalidad infantil para responder al estímulo del juego y del deporte. Pero no le gustan las provocaciones, por lo que decíamos más arriba. En un pueblo donde todos se respetan y se sonríen, donde la cortesía reina y la buena voluntad impera, la matonería ya no existe. Estas provocaciones de los soviéticos mimetizados con la manigua cubana se parecían como una gota de agua a otra al acto típico del matón, que cuando lo persiguen se esconde tras una mujer o un niño. Y qué otra cosa que un niño es el pueblo cubano, sacrificado por su caudillo y explotado por los soviéticos que lo aprovechan sin disimulo.

Bajo la corteza de este Kennedy, tan joven y que tantas responsabilidades históricas ha debido sobrellevar, se esconde, pues, un fuerte luchador, un hombre de nervios firmes, de cabeza fría, de corazón bien puesto, a quien el instante de la decisión no encontró ni amedrentado ni vacilante. Eso es la tradición. La grandeza de los Estados Unidos se la dio la naturaleza a la nación, al otorgarle un país que es un formidable granero, poblado de una riqueza mineral increíblemente vasta; pero ha sido en seguida desbrozado y beneficiado por los hombres, quienes en jornadas duras, de intenso sacrificio, avanzaron, fundaron y establecieron los cimientos de una sociedad nueva, en la cual la democracia de la abundancia fue, por primera vez, posible en la historia. Y lo curioso es que ahora mismo, cuando se

habla de democracia, generalmente es a la de la miseria a la cual se alude, a la democracia que poda y quita, que les corta los pies a los gigantes para que no se sientan demasiado huérfanos los pigmeos. En Estados Unidos no: la abundancia une a los hombres en una armonía general. Todos la persiguen, y si bien son pocos quienes la hacen suya, los que se quedan del lado de afuera del banquete no envidian a los de adentro ni esperan a comerse las migas sobrantes, sino que siguen esperanzados en el premio de su tesón y de su porfía.

Kennedy, como se recordará, es católico, y su religión fue tema constante de discusiones cuando se le eligió. Es el primer presidente católico que tiene el país, y muchos celosos protestantes dijeron, entonces y después, que era revocar antiguas y muy respetables tradiciones darle la responsabilidad ejecutiva de la nación a quien practicaba una religión que en este país siempre ha sido atacada, y a la que no pocos protestantes achacan el estado de atraso en que se hallan algunos países donde ella es la de todos.

No es aventurado suponer que el ser católico le ayudó en esta crisis, que era, al mismo tiempo, una hora solemne de su existencia personal. Un católico en los Estados Unidos sabe que lleva inscrita en la frente una leyenda que lo separa del conjunto, y que su comportamiento debe ser muy correcto para que se le perdone el ejercicio de una fe que no es la de la mayoría. Se dirá que los protestantes están divididos en docenas y centenares de grupos y de pequeñas asociaciones, a las cuales generalmente se les da el nombre de sectas. Sí, es verdad, pero todas ellas se unen cuando se trata de juzgar a los católicos, a quienes, para recalcar el matiz despectivo, suele llamarse aquí, en confianza y aun en público, de preferencia, "papistas" y "romanos".

Kennedy, pues, sintió en esa hora la pesada responsabili-

dad de ser católico, y que como tal con él se había roto la tradición concorde de los Estados Unidos, más fuerte que la Constitución y que las leyes mismas; y sintió que debía proceder con infinito tino para barajarse en la maraña de los peligros que lo cercaban. Y poniendo conmovedora fe en sus fuerzas y haciendo vibrar hasta la nota más alta el cordaje de sus nervios, aceptó de lleno el peso de la crisis y decidió. ¿Qué? La guerra, nada menos que la guerra, para dejar en claro al adversario que había descubierto su juego y que de hoy en adelante sólo serían bravatas sin sentido todas aquellas fantasmagorías que los soviéticos han echado a rodar por el mundo. Pero no declaró la guerra ni avanzó palabra alguna que pudiera ser juzgada intemperante, sino que, al revés, siempre se le vio sereno y firme, intransigente inclusive, pero en el terreno de la legalidad.

Es el hombre del día. En pocas horas de dramática pugna dejó en claro que a la grandeza física del país corresponde, en estrecho paralelismo, la grandeza moral de sus hombres, que armados de paciencia democrática, de tolerancia y de una dulce sonrisa, avanzan a pie firme hacia la consolidación de sus destinos. La potencia sensible del refinamiento moral, que tantas veces ha sido negada a los Estados Unidos, es aquella meta a la cual se encaminan estos hombres, y es la que alcanzarán sin duda si esta paz que ahora han logrado por persuasión se afirma y no cae derribada por las asechanzas del emboscado enemigo.

LA GRAN BRECHA DE CUBA

LA CRISIS cubana tuvo su culminación en la noche del 22 de octubre, cuando el Presidente Kennedy anunció a su pueblo y al mundo la resolución que había adoptado el gobierno.

Juzgando las cosas con toda la frialdad que consiente el trance, ¿qué resultado tenemos a la vista? Los Estados Unidos afianzaron su prestigio, bastante deteriorado por los avances de la Unión Soviética, en varios terrenos, especialmente en las comunicaciones espaciales. Cada cohete que allí se lanza amplía el radio de los amigos de la Unión Soviética, ya que la amistad crece en torno a los hombres poderosos y se estrecha, hasta desaparecer, junto a los débiles. La declaración sobre Cuba equivale, de pronto, a varios de aquellos cohetes que, si a la larga llevarán a los hombres a la Luna, por el momento, mucho más prosaicos, están encargados de facilitar el avance silencioso y subrepticio del sistema socialista por el mundo.

Estados Unidos declaró que había perdido la paciencia y que a las provocaciones continuadas e insistentes de la Unión Soviética respondería con las armas. No fue un acto de matonería. El lenguaje cauteloso que empleó Kennedy carece totalmente de aquella arrogancia que solemos suponer en el matón, despreciativo por definición de cualquier derecho que no sea el suyo propio. Pero sí reveló, de

pronto, ante un mundo escéptico, fe en su fuerza, confianza en su acervo bélico, seguridad de que si el lance hubiera conducido a la guerra no habría sido Washington quien hubiese sido derrotado en ella.

Cabe insistir en que el mundo estaba escéptico, y casi podría afirmarse que sigue más o menos en ese estado. Si la retirada estratégica de los soviéticos de Cuba implica retrotraer las cosas a como estaban antes de la instalación de las bases, la Unión Soviética habría perdido en una sola jornada el trabajo metódico de varios meses, trabajo además dificultado por la enorme distancia que media de Cuba al centro soviético de donde proceden aquellos armamentos, sea en tierra rusa o checa. ¿Puede creerse que la aventura cubana carecía en tal modo de preparación? Es muy difícil imaginarlo en una potencia que, como la Unión Soviética, está hace ya varios años moviéndose en el plano mundial, es decir, en un terreno en el cual cada decisión suya produce infinidad de reacciones hasta los más remotos países. No es aventurado suponer que la Unión Soviética se retira de Cuba, pero nada más que por haber descubierto un nuevo terreno al cual llevar a su adversario, terreno en que todo la favorece y le da ventaja. ¿Cuál será el sitio del nuevo encuentro?

Sin embargo, hay un factor de la psicología humana que en Washington no debería perderse de vista. Decíamos que la declaración del 22 de octubre mejoró el prestigio de los Estados Unidos. Vamos más allá. Estados Unidos tiene dispersos por el mundo una cantidad de socios menudos, los países subdesarrollados, que suelen ser, asimismo, proveedores de algunos de los artículos que más consumo logran en aquella nación, desde el plátano y el café de los países centroamericanos hasta el cobre de Chile. Estos países dependen, en varios grados, del bienestar de Estados Unidos, y si éste hace la paz o pierde la guerra o su economía se

contrae o cosecha más o cosecha menos, innúmeras consecuencias se siguen en el plano político de cada una de las naciones subdesarrolladas. Finalmente, desde el punto de vista meramente político, Estados Unidos es el socio fuerte de la comunidad, el que posee las armas, el que puede defender a los débiles, armar a los inermes y organizar a los difusos y desorientados.

Cuando estos débiles sienten que el fuerte lo es de verdad, porque alza la voz y golpea en la mesa y no se amilana ante las provocaciones soviéticas, los débiles creen que su alianza es conveniente y provechosa. El fuerte ha prometido protegerlos, y prueba que podrá hacerlo así. Pero cuando ven que aquel a quien han creído fuerte vacila, temen entonces que su fortaleza no sea tanta y pierden la fe en sus promesas. Este período de indecisión, de vacilación, dura ya unos cuantos años, y más precisamente desde que un gobierno agresivamente socialista se instaló en Cuba. No es cuestión de tener miedo al socialismo, como los socialistas suponen; es cuestión de hecho. En el Nuevo Mundo impera el liberalismo capitalista, absolutamente incompatible con el socialismo, y todos los sistemas de seguridad hemisférica que se han lucubrado y puesto en obra tienen por finalidad suprema la supervivencia del liberalismo capitalista. Y no podría nadie asegurar que habrá de sobrevivir este régimen o sistema, si en Cuba subsiste un gobierno de fuerza que es además socialista y que ha tenido ya tiempo de suprimir la propiedad privada y de llevar a cabo no pocos otros avances que configuran plenamente su fisonomía.

Hay que ser humano y entender a los hombres. Los héroes escasean casi tanto como los santos y los apóstoles. Del mismo modo, los pueblos débiles tienen derecho a preguntarse si está bien seguir asociados junto al que creyeron fuerte y que ya acaso no lo sea, y si no sería más ventajoso

para ellos buscar la amistad y la alianza de quien emerge ya como el verdadero fuerte, es decir, la Unión Soviética, que con su política de provocación cotidiana hace entrar el habla y replegarse a los demás pueblos del mundo.

Este dramático dilema es el que se ha venido planteando a los pueblos subdesarrollados. ¿A quién seguir? Si la sombra de la encina de Estados Unidos no protege ya por lo raquítico de su fronda, ¿por qué no buscar, antes de que sea tarde, la benéfica sombra del roble soviético, que todo hace sentir como muy reparadora?

Estados Unidos necesita ahora, con extrema urgencia, afirmar con nuevos actos el terreno que alcanzó a conquistar con su declaración del 22 de octubre. Nada de matone-rías, que no calzan con las necesidades del momento. Pero Estados Unidos puede darle fijeza de doctrina a su inter-vención, diciendo en forma categórica que amando la paz por sobre todas las cosas está dispuesto a llegar hasta la guerra para mantener la unidad del sistema americano, dentro del cual es absolutamente imposible la superviven-cia de la excepción cubana. No es la mera contigüidad geo-gráfica la que ha llevado a organizar ese sistema, sino el convencimiento de que el régimen democrático y la orga-nización capitalista prometen a los países del Nuevo Mun-do una serie de ventajas materiales y espirituales que el socialismo no asegura ni garantiza.

Los países del sistema americano parecen una fortaleza sitiada, a la cual se dirigen tiros de todos lados; y Cuba, dentro de ese símil, sería la brecha o el portillo por el cual los sitiadores entraron ya en la fortaleza y amenazan debi-litar la resistencia y el espíritu de lucha de los de adentro. Los más elementales principios de estrategia aconsejan eliminar cuanto antes esa quinta columna. Si persiste, los sitiados en la fortaleza terminarán por encontrar preferi-ble ensanchar el portillo. No debe olvidarse que el hom-

bre con tal de sobrevivir entra en todo género de transacciones y componendas, que sólo resisten hasta el fin los héroes y que los héroes siempre son pocos en número.

Quien haya estudiado, en su conjunto y en sus pormenores, la historia de la Unión Soviética desde la implantación del socialismo, en 1917, hasta nuestros días, aceptará con nosotros que hay allí un interesante fenómeno de psicología política. Los gobernantes soviéticos han manejado diestramente, con magistral acierto, los caracteres predominantes en la naturaleza humana. Todos sus triunfos se han logrado principalmente en el plano de la persuasión psicológica, con lo cual resulta que tienen amigos, a la distancia, en todas las naciones, y que conquistan nuevos adherentes más o menos al mismo compás con que los pierden las naciones que figuran como adversarias del régimen socialista. Insisto en que este resultado se debe a la orientación psicológica de la propaganda soviética, que halaga propensiones invariables de la psicología del ser humano. El ejemplo más resaltante es el de la campaña por la paz. La Unión Soviética hizo suyo el lema, lo vertió por todos los pueblos del mundo, y ha terminado por convertirse, en el sentir de la mayoría de los hombres, sean o no servidores de su doctrina, en el adalid de la paz en el mundo, en contraste con los países capitalistas, de los cuales se dice que quieren producir la guerra para vender más armamentos y mejorar sus ganancias crematísticas. Hoy mismo la Unión Soviética se presenta ante los hombres imparciales como eminente amiga de la paz, puesto que al pedirle Estados Unidos que retire ciertos armamentos de Cuba, se apresura a retirarlos y da todas las seguridades en el sentido de que su acto es sincero y está guiado por el amor a la paz.

Lo que no dicen los soviéticos es que ese armamento no se lucubró, combinó y produjo para la paz sino para la

guerra, y que Estados Unidos está y estará vitalmente amenazado en todos sus intereses mientras él exista, sea cual fuere el sitio en que se encuentre emplazado. Siguen siendo, pues, campeones de la paz, inclusive cuando estén con los brazos hasta el codo metidos en los más terribles armamentos bélicos.

¿Qué camino cabe? Es fácil decirlo, pero muy difícil hacerlo. Los Estados Unidos deben disponer una campaña psicológica intensa para quitar a la URSS la ventaja que ésta le lleva entre los pueblos subdesarrollados, desnutridos, a maltraer, donde existen problemas insolubles que se agravan por minutos. La Unión Soviética sugiere, sin decirlo, que todos estos problemas se resolverán de la mañana a la noche nada más que derribando el régimen capitalista y poniendo en su reemplazo el régimen socialista. Estados Unidos, en cambio, en abierta violación del más elemental conocimiento de la psicología humana, no promete soluciones inmediatas sino diferidas para un futuro remoto, sin fecha a la vista...

RAZAS ENEMIGAS

GRAVEDAD DE LA CRISIS RACIAL

EN UN país de gentes excitables, la crisis racial que se ha producido aquí se habría visto acompañada de centenares de manifestaciones en pro y en contra. Los blancos del Sur, desde luego, que sienten amagadas sus posiciones de supremacía, pudieron haber organizado manifestaciones monstruosas de protesta contra la política de la Casa Blanca, que amenaza sin duda algunas de sus tradicionales posiciones. Y los negros dispersos en los Estados, menos numerosos en el Norte que en el Sur, también pudieron haber contribuido a la fiebre haciendo mítines y concentraciones y exhibiendo carteles. Algo de esto hubo, claro está, pero siempre en grado reducido, en tono menor, para no salir de la línea media, la convención no escrita pero más poderosa en Estados Unidos. Nadie quiere salir de la línea media, esto es, del uso, de lo que marcan las tradiciones.

Nadie es un decir, claro está. El Presidente Kennedy se ha salido francamente de la línea media y ha adoptado el punto de vista extremo en la defensa del negro, con un denuedo que llama la atención. Las disposiciones constitucionales que establecen la igualdad de todos los hombres que viven en el país son muy antiguas; pero como no existen medios fáciles de obligar a los diferentes Estados a conformar estrictamente sus legislaciones particulares a los dictados de la Constitución, en la práctica ha ocurrido que

se dejan como letra muerta las disposiciones igualitarias y se dictan leyes electorales, de educación, etc., donde mediante los más sutiles arbitrios se impone la voluntad de los blancos, es decir, se excluye a los negros de la participación en los bienes comunes. Hace pocos días, en plena canícula, cuando la gente anda ansiosa por tener un sitio fresco, en New Orleans se anunció que se habían cerrado diecisiete piscinas públicas por falta de fondos para sostenerlas. Luego se supo que no eran fondos lo que faltaba. Las piscinas habrían debido ser entregadas al uso promiscuo de blancos y de negros, y no hacerlo así habría chocado mucho en estas horas de agitación racial. Pero los blancos no quieren, por ahora, que sus hijos se rocen con los negros, y mucho menos en la semidesnudez de las piscinas, y prefieren oírles todo el día lamentarse de que se mueren de calor.

En el caso concreto del gobernador Wallace, de Alabama, cuya negativa para la inscripción de alumnos negros fue arrollada por la fuerza federal, vemos una parte del asunto, muy ilustrativa, pero también muy pequeña. Bien: la Universidad del Estado de Alabama queda integrada o desegregada, como se dice aquí; en otros términos, en ella pueden inscribirse negros. Pero ¿quién se hace cargo de los aviones, de los ferrocarriles, de los buses, de los tranvías, de los taxis, de las fuentes de soda, de los teatros, de los hospitales, de los templos, de las piscinas, de los campos infantiles en los paseos públicos? Largas batallas deberán librarse en lo futuro para que el acceso a todos esos sitios sea promiscuo, es decir, indiferente para blancos y negros. Hoy no lo es.

Hay una institución muy respetable en el país, la American Legion, que tenía anunciada una convención para el curso de 1963, precisamente en la ciudad de New Orleans. Más de seis mil delegados debían ir a ella, desde todos los

Estados, lo que daba a una ciudad turística una excelente oportunidad para mostrar sus bellezas. Pero entre esos delegados unas cuantas docenas, un puñado, no eran de blancos sino de negros. Los hoteles de New Orleans no están integrados, o desegregados, y en consecuencia no aceptarán a los negros de la American Legion. Consecuencia final: la conferencia no se hará aquí sino en otra ciudad.

Los blancos no quieren vivir en la contigüidad de los negros, y por eso tratan de mantenerlos a distancia. De la repugnancia física se pasa a las consecuencias de otro orden. Y entonces se da el caso, ciertamente extrañísimo, de ciudades donde los negros, según todas las estadísticas accesibles, suman cerca del 50 por ciento de la población, y donde, asimismo, no hay una sola autoridad que haya recaído, por elección popular, en un negro. En los parlamentos de los Estados del Sur, donde los negros podrían tener alguna representación, no hay un solo senador ni un solo diputado (*representative*) de raza africana. Todos los puestos directivos, ejecutivos, de responsabilidad política, de lucimiento, pertenecen a los blancos, y éstos, aparentemente, no quieren compartirlos con los negros. ¿Podrá la Corte Suprema de los Estados Unidos, que tantas atribuciones posee, cambiar en algo estas cosas de la vida diaria?

Tal es la dramática alternativa en la cual estamos. Los blancos del Sur creen que no podrá, y que los fallos que ella expida van a necesitar cada vez un aparato de fuerza y las mismas medidas de guerra que se han empleado hasta hoy en el acceso a las universidades, con lo cual cuentan en que los negros van a cansarse de luchar en vano. Por lo demás, se comprende que se hagan todas esas cosas para forzar la entrada de un establecimiento universitario, a fin de que en él se inscriba un negro, pero sería desproporcionado hacerlo con cada uno de los miles de sitios que hemos mencionado más arriba y adonde el uso inveterado

y uniforme de cientos de años indica que los negros no deben llegar.

El gobernador de Alabama interpreta muy rectamente el pensar de los blancos del Sur cuando dice que una dictadura militar se ha impuesto a sus libres decisiones. Los blancos del Sur acusan a la Casa Blanca de querer esa dictadura y de emplearla en torcer la voluntad de los pueblos que viven en esos Estados. Es la guerra civil planteada en otros términos, una guerra civil a posteriori, que tiene, sin duda, algo de suicida. Porque la Guerra de Secesión a que dio origen el problema de la esclavitud, hace ya cien años, se basó en la tentativa de segregación de los Estados sureños, los cuales, de haber triunfado, se habrían organizado separadamente en una nueva nación, manteniendo la esclavitud. Los Estados del Norte impusieron la unión por la fuerza e hicieron triunfar su doctrina en los campos de batalla, como se ganan las guerras y como se hacen prevalecer unas ideas contra otras desde que el mundo está poblado de hombres y no de ángeles. Con el triunfo del Norte se impidió la segregación de los Estados esclavistas y se mantuvo el concepto de los Estados Unidos de entonces, y de hoy, como entidad política. Ahora no se ve qué bandera podrían agitar los Estados sureños. No pueden defender la esclavitud, que no existe, ni sería decoroso declarar que pretenden volver a ella. ¿En nombre de qué principio lucharían?

La mera segregación física que se hace aquí de los negros no basta para cimentar una causa política. El que los blancos desprecien a los negros no es suficiente para llevar a los Estados a la guerra, puesto que ni siquiera se atreven a formularlo, y la segregación se logra sólo por medio de subterfugios, subentendidos y eufemismos. En

suma, la causa del Sur está condenada a la extinción por falta de combustible espiritual, que es al fin y al cabo el motor eficiente de todas las guerras que en el mundo han sido.

CONFLICTO DE PODERES CONSTITUCIONALES

LAS RECLAMACIONES de los negros del Deep South, que solicitan igualdad efectiva de trato con los blancos, han seguido produciéndose con diferentes caracteres según la reacción de las autoridades locales. En Birmingham, Alabama, donde alcanzaron a tener la mayor gravedad, se ha entrado a un período de calma. ¿Por qué? Porque allí hay tropas federales que imponen respeto y temor, que garantizan a los negros la libertad de movimiento y que cohíben a los blancos en sus habituales demostraciones racistas. En otras ciudades, en tanto, la policía de los blancos sigue cargando contra los negros, mientras éstos pretenden imponer en la práctica las disposiciones sobre derechos civiles.

Entran dos o tres negros a una tienda, donde compran algo; pero en seguida, en el mismo recinto, pretenden ocupar sillas junto al mostrador donde se venden bebidas, refrescos, platos de comida, y allí entonces no se les atiende. Los negros alegan, gente acude y finalmente la policía entra al establecimiento y hace salir a los negros en vista de que su actitud está produciendo alarma y excitación. Si los negros acceden, no pasa nada; pero a cualquier asomo de insistir se les mete en los carros policiales y se les lleva detenidos. Los negros en el Deep South son ciudada-

nos de segunda clase, a quienes no se les ahorran vejaciones.

A todo esto, los blancos que dominan en los Estados del Sur, que desean seguir dominando y que siempre han mirado a los negros con gran desprecio, se sienten sumamente ofendidos por la política de Kennedy, quien trata de conseguir, discretamente, que a los negros se les vaya concediendo un trato igualitario y digno de seres humanos. Kennedy está comprometido a fondo en la lucha, y no se sabe en realidad cómo va a salir de ella; ni si va a salir, porque estas aventuras sureñas pueden destruir en parte la plataforma de la votación que tuvo cuando fue elegido, con lo cual entra a correr peligro la reelección.

Pero por encima de los contornos personales del asunto, es decir, si Kennedy triunfa o no, está el problema constitucional. Los gobernadores del Deep South acusan a Kennedy de asumir poderes dictatoriales, al negar la soberanía a los Estados, es decir, los derechos que éstos tienen reservados por la Constitución para darse leyes y para aplicarlas dentro de su territorio sin limitaciones o intrusiones ajenas. El sistema federal se encuentra de pronto ante un problema difícilísimo. Yo quisiera invitar a los chilenos que creen en el federalismo como una panacea para los males seculares de Chile, a que contemplen este abismante ejemplo. El régimen federal de gobierno, que ha regido en los Estados Unidos desde 1787, entra rápidamente en crisis. Los blancos alegan que su legislación estadual, de uso interno en cada Estado, puede contemplar limitaciones para los negros, como evitar su acceso a teatros, templos, escuelas, buses, bibliotecas, piscinas, tiendas, restaurantes, estaciones, a fin de prevenir que se acerquen a los blancos. Los blancos agregan que siendo cada Estado soberano, no hay poder alguno dentro de la nación para imponer en esta materia decisiones que no hayan sido pre-

viamente aceptadas por las autoridades legítimas de ese Estado. Para opinar así tienen a la vista la conservación del *status* presente, es decir, la exclusión implacable del negro en todos los sitios en que al blanco puede molestarle su presencia.

La Corte Suprema de los Estados Unidos ha dictaminado recientemente que dentro del país no puede haber clases privilegiadas, y que la exclusión por el color de la piel es incompatible con aquel precepto. Pero aquella Corte no dispone de fuerza física para hacer aplicables sus pareceres o dictámenes, y en consecuencia es el Estado federal el que la emplea. La empleó primero en Little Rock, Arkansas, para imponer la desegregación escolar, y después en Mississippi para obligar a la Universidad del Estado a que diera matrícula a Meredith; y la está empleando ahora para mantener en Birmingham una situación que nosotros, los espectadores del balcón, llamamos de paz. Los blancos de Birmingham, en tanto, se sienten oprimidos por la presencia de las tropas federales, y acusan abiertamente al Presidente Kennedy de estar ejerciendo una lamentable "dictadura" con su exhibición.

Mientras tanto, como en Estados Unidos es frecuente el uso de las transacciones, innumerables comisiones paritarias (es decir, compuestas de blancos y de negros) están funcionando en todas partes para llegar a alguna solución. Ciertos sureños asisten a estas reuniones con el ánimo preconcebido de conceder algo, pero no todo. Concederán, por ejemplo, que en las escuelas se junten los niños blancos y los niños negros, porque están seguros de que los padres ante la emergencia darán pronto dinero para construir nuevas escuelas en las cuales la segregación se imponga de nuevo. Pero no concederán en modo alguno aceptar que en los restaurantes y en los teatros se mezclen los blancos y los negros. Aflora de vez en cuando la im-

presión de que el blanco siente repulsión física, asco o como se llame, ante el negro y de que ésta es la causa profunda y remota de lo que pasa.

Algunos periódicos registran la impresión que estos sucesos causan en el extranjero. El hecho de que haya países en los cuales conviven blancos y negros sin que nadie sienta jamás la menor molestia, como ocurre sin ir más lejos en las naciones iberoamericanas, se presta para graves comparaciones. Los periódicos de las naciones soviéticas dan enorme prominencia a las luchas raciales de los Estados del Sur, y acaso las condimenten con pólvora y TNT. Creen ellos que estas luchas, agravadas paulatinamente, provocarán la organización de nuevas naciones compuestas de negros, las cuales emergerán del seno de los Estados Unidos, así como han emergido otras, también formadas con negros, en las antiguas colonias europeas de Africa.

Todo ello sería tortas y pan pintado si no hubiera el enorme desnivel que existe entre las diferentes magistraturas del país para abordar el asunto.

Mientras el Poder Ejecutivo de Washington quiere imponer, con la majestad de la Corte Suprema y el auxilio del ejército, donde sea necesario, la igualdad de tratos entre blancos y negros, las autoridades del Deep South se sienten amagadas en sus fueros y se disponen a resistir. Claro está que ninguna ha cometido hasta hoy la locura de oponerse violentamente a la presencia de las tropas federales; pero en cambio todas declaran que elevarán el asunto al juzgamiento de la Corte Suprema, porque en su entender el comportamiento del Presidente Kennedy es contrario a las disposiciones de la Constitución Política. Hemos dicho que ninguna ha cometido la locura, pero para ser justos hay que aceptar también que existen grupos perfectamente diferenciados de blancos sureños para quienes el asunto debe ser llevado a sangre y fuego hasta las

últimas consecuencias. No sé qué importancia tengan, y me apresuro a creer que ninguna, pero es el hecho que existen y que su doctrina extremista no es un secreto para nadie.

Los negros del Sur, tradicionalmente excluidos por los blancos, están levantando cabeza poco a poco, en manifestaciones pacíficas; aisladas, que se parecen no poco a las de desobediencia civil que organizó el Mahatma Gandhi cuando la India estaba sometida al dominio de la corona británica, manifestaciones en las cuales se cantan himnos religiosos y se vocean consignas de paz, siempre de paz y de concordia. Los blancos que tienen el poder local en esos mismos Estados responden con la fuerza, acorralan a los negros contra el muro y los rocían con abundante agua fría, a presión, o lanzan contra ellos a perros policiales especialmente adiestrados, que muerden sin hacer daño... Los encuentros son pintorescos; pero nadie podría negar que el asunto, fuera de ser trágico, se está poniendo peligroso.

INCOMPATIBILIDAD SOMÁTICA

LAS GRAVÍSIMAS agitaciones raciales de Alabama, centradas principalmente en la ciudad de Birmingham, dejaron ya la calle y van a los estrados de la justicia federal. Es evidente que este cambio en el curso de los sucesos se debe a la enérgica y decidida intervención de Kennedy. Despachó tropas a las vecindades de Birmingham, lo que era una prevención con cara de ultimátum en el sentido de que si la guardia del Estado de Alabama no era suficiente para hacer imperar el orden, el ejército federal intervendría para hacerlo. Cosa semejante había ocurrido antes, cuando fue preciso pacificar a la población de Little Rock, Arkansas, con la diferencia de que esa vez quien ordenó la intervención del ejército no fue un gobernante demócrata, sino un republicano, el general Eisenhower...

En el período callejero los negros fueron repelidos en sus manifestaciones, de modo que se les impidió marchar hacia el centro de la ciudad; ante el ataque, los negros reaccionaron disparando piedras y ladrillos contra los camiones de la guardia y contra algunos edificios; sintiéndose atacados, los blancos se reunieron en pandillas, por la noche, y pusieron fuego a las residencias de los individuos que figuran como jefes espirituales de los negros, a un *motel* reservado a la gente de color y aplicaron bombas en diversos sitios de la ciudad. En la mañana siguiente la

tropa federal avanzó hacia Birmingham y su sola presencia calmó a las gentes. No es difícil imaginar lo que habría ocurrido sin este despliegue de fuerzas. Nuevos estallidos de violencia se habrían registrado, en represalia, y como los blancos son los dueños de la fuerza estatal, los negros habrían sido aplastados en forma cruenta...

En la Casa Blanca está, pues, el Presidente Kennedy ante el problema de sofocar las manifestaciones de rebeldía de los Estados, que no desean conceder a los negros ninguna de las medidas de avance que se basan en las disposiciones constitucionales y en las decisiones de la Corte Suprema de Justicia. Aquí es donde el asunto, en fin, como decíamos, pasa a los estrados judiciales.

El gobernador de Alabama anuncia que acude a la Corte Suprema a fin de que ella se pronuncie sobre su demanda. Lo más importante de ésta consiste en declarar inconstitucional la enmienda número 14, precisamente la que ha sido invocada en aquella Corte primero y en diferentes declaraciones del *Attorney General* a propósito de las declaraciones de los negros. La enmienda mencionada dice así: "Todas las personas nacidas o naturalizadas en los Estados Unidos y sujetas a su jurisdicción son ciudadanos de los Estados Unidos y del Estado en el cual residen. Ningún Estado puede hacer o aplicar una ley que restrinja los privilegios y las inmunidades de los ciudadanos de los Estados Unidos; ni puede ningún Estado privar a ninguna persona de la vida, la libertad o la propiedad, sin el debido procedimiento legal; ni denegar a ninguna persona dentro de su jurisdicción la protección igualitaria de las leyes".

¿Dónde está el problema? El problema está en que los Estados del Sur, donde hay vastas poblaciones negras, quieren conservar disposiciones legales internas por medio de las cuales se dificulte la inscripción de los negros para votar, pues en todos esos territorios existe la tradición de

que los blancos gobiernen solos. Una ley que "restrinja los privilegios de los ciudadanos de Estados Unidos" en atención al color de su piel, es inconstitucional según la enmienda decimocuarta. Para evitar que así sea en lo futuro, el gobernador de Alabama discurre, pues, solicitar a la Corte Suprema de Justicia que declare inconstitucional la enmienda misma, lo que implicaría lisa y llanamente su no aplicación.

El asunto tiene mucha gravedad y la intentona del gobernador de Alabama ha producido verdadero estupor. No se cree que prospere, aun cuando sí que vaya a producir una agitación extraordinaria en todos los Estados en los cuales el problema de las relaciones entre blancos y negros está en situación de virulencia. Una agitación de algunos grupos blancos para repeler a los negros y obligarlos, por la fuerza, a aceptar su supremacía, bien puede esta vez seguir no a la acción judicial iniciada por el gobernador de Alabama, pero sí a la sentencia de la Corte, si ésta, como se espera, es negativa.

En algunos Estados las relaciones entre blancos y negros son benignas, y están basadas en la indiferencia. Viven juntos en una misma ciudad, pero en barrios distintos, y cuando en una vecindad de blancos se cuelan los negros, ocurre el desbande de aquéllos. A los negros se da empleo en tiendas y fábricas, pero, salvo excepciones calificadas, tienen acceso únicamente a trabajos inferiores, que el blanco mismo rehúye, porque los cree serviles o de poco porvenir. En otros Estados, en cambio, las relaciones no son benignas. Los negros no sólo no tienen acceso a ciertas labores, sino que existen letreros que les indican dónde deben estar. Esto se ve sobre todo en los servicios higiénicos de estaciones de ferrocarril, aeropuertos, universidades, etc., donde hay separación estricta de acuerdo con el color de la piel. Es un síntoma más, en el conjunto, para

establecer que en el fondo del problema racial de Estados Unidos hay motivos somáticos que va a ser muy difícil reducir. Dicho de otro modo: hay blancos que sienten aversión por el negro y quieren estar lo más lejos de él que sea posible.

La independencia de diversas antiguas colonias africanas, que de pronto, en poco tiempo, adquieren forma de Estados autónomos, designan representantes diplomáticos, impetran y obtienen entrada en las Naciones Unidas y pasan por este solo hecho a pesar en la decisión de asuntos de interés internacional, es indudable que está alentando a los negros de Estados Unidos para exigir un mejor nivel de existencia. No es el aspecto económico de las cosas el que más les interesa, sino el aspecto moral y político. Reconocen que son minoría, pues no alcanzan al diez por ciento total de la población del país; pero la distribución que tienen dentro de los Estados cambia por completo la relación meramente numeral. En los del Sur, como Louisiana, Georgia, Arkansas, etc., son mucho más del 10 por ciento, y sin embargo allí no tienen representación alguna directa, ni en los parlamentos estatales, ni en las municipalidades ni en centro alguno de acción cívica o social.

En Alabama, como se sabe, el movimiento ha tenido como objeto que se acepte a los negros en las inscripciones para votar, para lo cual es preciso pasar por encima, primero, de la legislación local, que contiene sutiles resortes que se pueden hacer funcionar en contra de los negros, y en seguida, de la mala voluntad blanca, tradicionalmente encaprichada en hacer gobierno sola, como expresábamos, es decir, sin intervención de los negros.

Hace algún tiempo el Dr. Lipschütz pronosticó que se organizarían naciones independientes de indios en todas las naciones hispanoamericanas donde existen grupos de

éstos suficientemente poderosos. De este modo se pondría término, después de unos cuatrocientos años, a la empresa de colonizar en interés de los ideales europeos de vida a los pueblos aborígenes del Nuevo Mundo. La hipótesis pudo ser aventurada mientras no se concedía personalidad política a las naciones africanas; pero ahora no lo es tanto. Dicho de otra manera: existen unas mismas razones de orden jurídico para que los negros del Africa se organicen en Estados independientes, abandonando la coyunda de los imperios coloniales europeos, y para que los grupos indios de América adquieran también forma de Estados. Claro está que el proceso habrá de efectuarse mejor donde las masas aborígenes sean más importantes y hayan subsistido con sus primitivas culturas en un estado de conservación relativamente feliz, no donde se haya producido una asimilación profunda entre europeos y aborígenes, asimilación que ha permitido el ascenso de éstos a los niveles europeos de vida colectiva.

Y lo que se dice de una nación puede decirse de otras. Los negros de Estados Unidos pueden, también, solicitar de las Naciones Unidas un *status* legal que les permita aspirar a la independencia, para lo cual contarán sin duda, de antemano, con los votos de los representantes africanos. Y como la tendencia a la dispersión es la que rige, no constituirán una sola nación, sino varias separadas y distintas. Es lo propio de una etapa histórica en la cual la proliferación de nuevas nacionalidades hace retroceder cada vez más hacia el desván la utopía de las grandes federaciones nacionales.

NOTAS VARIAS

SEISCIENTOS MIL DOLARES DE RENTA

A LOS norteamericanos les excitan mucho los contrastes que hallan por los países por donde viajan, y no dejan de señalarlos en los libros que escriben o en los artículos de periódico. El que haya algunos automóviles nuevos y esplendorosos —por lo demás, producidos en los Estados Unidos— en Guayaquil, mientras en la sierra quiteña se vean indios que llevan a la zaga burros con carga de madera, es un tema que hace desbordar lagos de tinta. El periodista norteamericano ve allí un "contraste", y lo señala a sus lectores. También es un vigoroso contraste el que suele descubrirse entre los blancos leídos, letrados, licenciados y doctorados, a veces con estudios en la Sorbona y en Oxford, que ejercen el gobierno en algún país sudamericano, y las masas iletradas y poco refinadas que pueblan ese territorio. Señalado el contraste, habría que preguntar si se desea de verdad que gobiernen esas masas y no los letrados. Porque en Cuba se ha dado el cambio, y los letrados quedaron ya fuera del gobierno, y en reemplazo de ellos van a mandar los guajiros, cosa que a los norteamericanos les agrada poquísimos...

Y es que los contrastes se dan en todas partes. El turista que recorra el vasto país que se llama Estados Unidos tiene en esta materia muchísima tela que cortar. Díjose que la renta personal de Mr. Kennedy, Presidente de Esta-

dos Unidos, subía de seiscientos mil dólares anuales, lo que es sin duda un notorio contraste con quienes cobran por su trabajo sólo dos mil o tres mil dólares por año, que suman por cierto varios millones de hombres. El contraste que hay allí, si se viera en Chile, daría motivo para innumerables declamaciones al periodista americano usual. Diría que ello prueba cómo la oligarquía domina en este país, y cómo no será posible que Chile progrese mientras esos contrastes no se atenúen o desaparezcan. Gente más equilibrada diría que no es el contraste entre las fortunas de los hombres un signo socialmente útil, salvo en el sentido de que quienes tienen la casa a flote son los mejores gobernantes, a la larga, porque han podido prepararse con calma para el ejercicio del poder y han podido aguardar, sin impaciencia, el turno que suele a las veces hacer un partido para pasar de la oposición al gobierno. Y probaría, además, que el poseer una sólida fortuna confiere al hombre fortaleza de ánimo, seguridad en sí mismo, optimismo personal y social, todas las cuales son virtudes útiles para el ejercicio del mando político.

Pero no nos detengamos en los contrastes personales, sino que vamos a los del paisaje, del medio ambiente, de la geografía, los cuales suelen determinar a su vez consecuencias de innegable alcance sociológico.

La región más visitada por los turistas que vienen a los Estados Unidos no es una región sino una ciudad, Nueva York. Algunos van más lejos en su inquisición, y conocen Miami, Detroit, Filadelfia, Washington... La impresión que allí se recoge es de esplendidez suma, o el dinero corre por cañerías secretas, hasta donde se le puede ir a recoger cuando haga falta, o se fabrica en el aire. Grandes edificios con puertas giratorias, irreprochable pavimento en las calles, iluminación generosa, hasta el punto de que la mayor parte de las tiendas cierran en las noches con las luces

encendidas; cafés elegantes, buses niquelados y lustrosos como gëmas, grandes puentes, túneles forrados enteramente de ladrillos de cerámica, todo por allí da la sensación de una humanidad no sólo pujante, sino de gustos selectos. Claro, no todo eso es bello, pero todo, sí, está como recién salido de la fábrica, las pinturas irreprochables, los muros immaculados. La "grafitosis", que tanto suele darse en otras partes, es una enfermedad desconocida en los Estados Unidos, y se buscan en vano en los ascensores y corredores de los edificios aquellas pequeñas caricaturas de partes del ser humano que en otras latitudes le permiten a uno decir:

—Ya pasó por aquí, antes que yo, un hombre ansioso de probar que sabe escribir.

Pero esa grandeza y esa impresión de robustez, que también se dan en sitios como Chicago, San Francisco, Los Angeles, no es lo único que se ve en este espectáculo. Hay también "contrastes". Tan grave y dramático como el burro andino y el automóvil de la costa es el estado de prostración en que se hallan los Estados del Sur, cien años después de la guerra, sumidos en un estupor muy parecido a la decadencia. Yo he pasado además por ciudades del interior, en Estados como Arizona, New Mexico, Texas, Nevada, de donde parecían estar huyendo los habitantes: casas vacías, jardines agónicos, caminos rotos, calles sin pavimentar. Y, sobre todo, he atravesado miles de kilómetros viendo campos labrantíos de enorme riqueza potencial, donde no se ve indicación alguna de cultivos, y otros, cultivados sin duda, donde no se divisa un solo hombre. O los campos aquí producen solos, o sobra tierra para nuevas generaciones.

Las dos cosas son, en parte, verdad. Los campos dan la impresión de producir sin el concurso humano, porque las máquinas hacen en horas lo mismo que en otros países menos generosamente dotados se hace en semanas y meses

de agotadora labor. Y de que sobra tierra, no cabe ya la menor duda. Todos los años hay considerables excedentes agrícolas, que no se lanzan al mercado internacional para no producir el temido *dumping*, que llevaría a la quiebra y a la ruina económica y política a decenas de países con quienes Estados Unidos necesita estar bien. Para remediar este problema de los excedentes se procura, por lo demás, suprimir cultivos agrícolas repetidos en ciertos rincones, racionalizar la producción, convertir en jardines y parques, y en bosques y reservas botánicas, paños de terreno que ya no hacen falta para la producción que el país necesita, con todo y ser ella enorme.

En contraste con esta despoblación, hormiguean las masas en las calles de las grandes ciudades. Hay momentos en que la isla de Manhattan, de superficie bastante más pequeña que la de Santiago, contiene más de diez millones de personas. La salida de una fábrica en Detroit, Cleveland, Pittsburgh, asusta por el número de hombres evacuados, pero más aún por el hecho de que todos, o casi todos, tienen automóviles propios para ir del sitio de su trabajo a su domicilio. Esta misma tarea se lleva a cabo en grandes ciudades, como Nueva York, por medio de ferrocarriles interurbanos, que de unas cuantas estaciones ubicadas en pleno centro salen minuto a minuto. Los estadios ocupados por miles de individuos a un mismo tiempo hacen un vigoroso contraste con esos campos que parecen abandonados, y de donde, sin embargo, sale una torrencial producción.

Admirador de la variedad y de la diversidad, soy de los que creen que es precisamente esta serie de grandes contrastes lo que forma la grandeza de los Estados Unidos, desde la renta muy alta del Presidente Kennedy hasta la insignie soledad de los campos agrícolas. En este país de las cadenas de almacenes, donde hay firmas que cuentan miles de sucursales distribuidas en todas partes, se da tam-

bién, y con frecuencia, sobre todo en las ciudades del Este, el caso del inmigrante recién llegado que atiende a solas su pequeño mostrador. Haciendo el hombre-orquesta, vende tanto cigarrillos como diarios, peinetas, tarjetas postales, alquila el teléfono y permanece en su covachuela ocho o más horas en el día, algo así como trescientos sesenta días de un año, para lograr dos cosas igualmente útiles: aprender el nuevo idioma para que no lo engañen y nutrir una cuenta bancaria hasta poder llegar a hacer inversiones. El viejo ideal de apañar dinero para vivir mejor después de los sacrificios de la juventud, que han planteado todos los inmigrantes que en el mundo han sido, es el que vemos en obra en estas dramáticas historias. ¡Contrastes, siempre contrastes!

Las fundaciones han sido dispensadas del pago de los impuestos, a fin de incrementar su número y de dar permanencia a la caridad y a la solidaridad en cuanto ella pueda ejecutarse por medio de dinero. Y como en Estados Unidos existe libertad de testar, el resultado es que el caudal de las fundaciones va en rápido incremento. No crea el chileno que aquí la gente es más generosa o desprendida que en Chile; nada de eso. Lo que sí pasa es que hay libertad de testar, y que no pocas veces se da el caso de fortunas que pasen casi totalmente a las fundaciones. Los hijos pueden tocar muy poco, prácticamente nada, si ya están asentados bien en la vida o si ya son ricos a su vez, de modo que el viejo creador de una fortuna no se siente afectado en su conciencia por haberles dejado en su testamento poco o nada.

Yo no hago propaganda a la institución de la libertad de testar, y creo que el régimen de Chile, con cuotas legítimas forzosas y demás, está bien para Chile. Lo que sí aseguro es que las enormes fundaciones que se ven en los Estados Unidos (algo así como quince mil en total), algu-

nas de ellas conocidas inclusive en el extranjero por la amplitud de sus prestaciones, no acreditan en este país una mayor generosidad individual de quienes poseen el dinero, sino el que los ricos no estén obligados por la ley a dejarlo a los de la familia. Por lo demás, en Estados Unidos, país de inmigración por excelencia, se da mucho el caso del hombre solo, expósito en su país de origen, sin pariente alguno conocido, que se hace rico y de pronto comprueba que no tiene a quién dejarle el dinero que posee. De allí las donaciones de beneficencia, para fundar hospitales, bibliotecas, clínicas, universidades, seminarios, y de allí, asimismo, las fundaciones ya referidas, organismos que hacen a permanencia y por plazo indefinido la caridad, sea al estudiante pobre, sea a los enfermos y lisiados.

Por donde se mire, pues, grandes contrastes, enormes desigualdades de la fortuna, de la iniciativa, del poder. Un señor Ford, construyendo automóviles, logró forjar una de las fortunas más grandes del mundo, y además creó una fundación para disminuir, en parte, la acumulación del rendimiento de esa fortuna, que ya no había cómo cifrar. Y así y todo, la fundación es enorme, y sigue siendo enorme la fortuna de los señores Ford, los de las nuevas generaciones, que continúan haciendo automóviles como el agudo y venerable abuelo. Junto a él, docenas de fabricantes de automóviles en los mismos años quebraron, perdieron todo lo que habían puesto en el negocio, tuvieron que ceder fábricas y oficinas e irse a su rincón, la cola entre las piernas, a vender zapatos por cuenta ajena o a cortar en rodajas las salchichas de otros.

Grandes, saludables contrastes, por medio de los cuales se nos prueba que la grandeza, la fortuna, el saber hacer las cosas, el agradar, el conquistar la fama o la gloria, son puros azares en los cuales una diosa ciega e impasible da lo que gusta y mezquina lo que le agrada.

NOMENCLATURA SUBJETIVA

SI EL viajero abandona los Estados orientales, se dirige hacia el sur y reemprende la marcha hacia el norte por los Estados que miran hacia el océano Pacífico, verá no pocos cambios de la nomenclatura, los cuales tienen raíces en la historia. Los Estados del Sur pertenecieron por muchos años a Francia, que los vendió al gobierno de Washington avanzado ya el siglo XIX. Los de la costa occidental estuvieron en poder de México hasta 1848, y en ellos se conserva, aunque amortiguada y sin sentido, la nomenclatura propia de los españoles. Al norteamericano de hoy, por ejemplo, la expresión Santa Fe no le dice nada, en absoluto, y no porque carezca de creencias, sino porque para comprenderla sería preciso dársela traducida. En todo caso, los nombres geográficos, entiéndalos o no el vulgo, revelan muy a cabales la psicología de quien los aplicó. Así parece revelarlo el hecho de que los ocupantes de origen británico hayan repetido en este país los nombres que dejaron en su sitio de origen, como manifestación de su nostalgia por la patria abandonada; y así se explica el gran número de "nuevos" que hay por todas partes, desde el famoso Nueva York. Los sitios recientes quedan bautizados con el epíteto "nuevo" cuando recuerdan en algo el paisaje nativo, así como los españoles, en su caso, hablaron de Nueva

España, y de Nueva Toledo y Nueva Granada en el continente sur.

A los ocupantes de origen británico, asimismo, les gustaba dejar establecido en los nombres geográficos los caracteres psicológicos de que a su juicio iba a revestirse esta nueva tierra. Prevalcen las expresiones de amor y de comprensión. Hay multitud de Sun Valley, esto es, de sitios donde resplandece el sol, y no faltan Hope, es decir, ciudades donde se ha depositado una esperanza. Cuando se descubre un lugar eminente, desde el cual se domina amplia porción del paisaje, entonces se habla de Inspiration Point, entendiéndose esta vez que "inspiración" es un estado de espíritu feliz, generoso, que abre paso a reflexiones profundas. Sin ir tan lejos, los nombres de los territorios en la parte oriental de los Estados Unidos abundan en expresiones sonrientes. Richfield y Fairfield denotan, con idéntico fervor, el entusiasmo de los colonos ante las generosas cosechas después de un invierno riguroso. En algunas ciudades prevalece la tolerancia, y entonces se habla de Concord, o, respetando la palabra latina, Concordia; se aspira a la comprensión mutua, y entonces la población queda bautizada como Harmony.

Los espectáculos naturales, dominados desde lo alto de colinas y de cerros, dan paso a nombres no menos gentiles para la tierra circundante. Por eso vemos Fairview, esto es, Bellavista o Vista Hermosa, en no pocos lugares. A idénticas emociones responde el bautismo de ciudades con nombres tales como Pleasant Ville, y todos cuantos hayan vivido en Washington recordarán el famoso Mount Pleasant. En otras partes del país abundan Greenville y Greenwood, con los cuales se recuerda para siempre el verde fresco e inspirador que tuvieron aquellos sitios cuando los contemplaron, con ojos de amor, los viejos colonos.

En Chile, en tanto, son famosas algunas denominaciones

derrotistas, como Sal si Puedes, Bahía Inútil y Llano de la Paciencia, donde queda estampada la huella de los sufrimientos que el país proporcionaba a quienes emprendieron la tarea de explorarlo. Se nos ocurre, también, que la psicología del pueblo español, algo amarga en sus reacciones, cáustica y extremista, nada afecta a la tolerancia, ha debido influir en estos actos de bautismo. Las coincidencias por lo menos son algo sospechosas.

En los Estados que antes pertenecieron a México y donde, como decíamos, queda presente la lengua española, que el norteamericano pasa por alto, pues no la entiende, se dan a cada instante nombres que revelan el sentimiento trágico de la vida, como Las Trampas, Atascadero, Escondido, o se alude a la realidad física del contorno sin ningún disimulo y sin aquellos gentiles eufemismos a que tan afectos son los ingleses. A éstos, desde luego, no se les habría ocurrido llamar Soledad, Calaveras y Camino de las Pulgas a otros tantos sitios donde la vida fue y es ingrata por la sequedad hostil de la tierra. La nota alta se da en California, donde uno de los desiertos se llama nada menos que Valle de la Muerte, ingenuamente traducido al inglés como Death Valley.

Es verdad que también vemos por allí Eldorado, y más de una vez; pero debe notarse que la expresión fue aplicada acaso en forma irónica, pues los sitios a que se aplica no prometían ninguna riqueza. Son, en cambio, nombres naturalistas, desgarrados y nada eufemísticos los de Quemado, en donde algún incendio destruyó un bosque, y Cimarrón, con referencia al ganado montaraz.

Si los norteamericanos estudiaran español y se dedicaran a comparar estos nombres, y muchísimos otros que no cabe argüir en obsequio a la brevedad, podrían alcanzar a regiones psicológicas hasta las cuales hoy, por lo que se ve, no tienen acceso. Si hay carácter nacional, el del pueblo

español se hace notar por el pesimismo, y algo de esta actitud de negación ante la vida se transparenta, aunque amortiguado, en los nombres geográficos. Y decimos amortiguado, porque en muchos casos el acto de bautizar cosas nuevas aparece gobernado por votos de fe religiosa. Santiago, la capital de Chile, se llama así por una promesa que había hecho Valdivia, al salir del Cuzco, en su aventurado viaje. A juzgar por las penalidades que allí sufrió Valdivia, bien pudo llamarse Angustias o Desolación...

Al norteamericano medio, afortunadamente, estas nociones no se le alcanzan, de modo que pronuncia con la misma inocencia Fairview que Calaveras. De la primera expresión sabe lo que significa, esto es la alusión a un panorama grato, apacible, donde alternan el lucio ganado y la mies robusta y bien coloreada, justo premio de sus fatigas y de la larga espera invernal. De la segunda nada sabe, y si alguien llega y le dice, para jugarse inocentemente en su buena fe, que alude asimismo a hechos agradables y que prometen un mejor futuro, lo creerá sin duda alguna...

CRUELDAD DEL PERIODISTA NORTEAMERICANO

EN LOS diarios llegados de Chile veo que con una nueva trastada de la prensa norteamericana se han perjudicado otra vez las buenas relaciones que deben regir entre ese país y los Estados Unidos. Esto parece ya incurable. Quiere decir que los países hispanoamericanos han de sufrir, hasta la consumación de los siglos, de la desinteligencia que se forja entre los pueblos de distinto origen, la cual se agrava cuando unos y otros hablan diferentes idiomas. Porque del idioma meramente físico, reducido a signos, se pasa al otro, al invisible, al idioma psicológico, que es donde se pronuncian, ¡ay!, las más graves, las más irreparables diferencias de la conducta.

Veamos algo de estas diferencias.

Los americanos de origen hispánico jamás entenderán, en el terreno de la simpatía moral, el periodismo de los Estados Unidos, donde una mezcla de ingenuidad y de cinismo es la nota cardinal. El periodista típico de este país es un hombre de personalidad agresiva, como se dice por estos lados, despechugado, insolente, que no respeta a nadie con tal de lanzar una noticia o de lograr un comentario; un espécimen a quien se acata por lo que se le teme; un ser insocial, brusco, de malos hábitos, de quien es mejor estar lejos; un escritor que siempre afirma, inclusive lo que no sabe, y que jamás se retracta.

Pero esto de la ingenuidad y del cinismo es sólo en la superficie. Hay algo más en el fondo.

El periodista norteamericano, desde luego, desprecia por ignorancia a todos los demás pueblos del mundo. Cree que la democracia de los Estados Unidos es perfecta, y que en consecuencia todas las naciones deben imitarla; pero se irrita muchísimo si descubre que esta imitación no es instantánea, es decir, si aparece sometida a diversos ritmos, según sea la nación que está imitándola. Es evidente, por ejemplo, que la imitación de las instituciones democráticas no puede llevar el mismo paso en la India que en otras partes, y que motivos históricos, culturales, religiosos, hasta somáticos, impiden que todos cuantos corren la carrera de la democracia vayan a llegar juntos a la meta. Pero estas evidencias no las divisa el periodista norteamericano típico, porque su bagaje cultural no es tan dilatado como para ampliarle el criterio hasta la aceptación de las cosas de fuera.

En esto, por lo demás, se está repitiendo la historia. Cuando Francia ocupaba una posición central en el mundo, del francés se decía, y con entera justicia, que era un señor condecorado que ignoraba la geografía. Hoy son los Estados Unidos quienes ocupan aquella posición céntrica y son sus ciudadanos los que ignoran la geografía, sin perjuicio de ignorar, asimismo, la historia y otras cosas. Hace pocos días, una nota suelta, de mero relleno, decía en un diario de New Orleans que en Chile "jamás" se había hecho un censo nacional. ¿Malicia o ignorancia? De todo, pero en el fondo, profunda estupidez. ¿A quién que esté en su sano juicio puede ocurrírsele que un país de la formación histórica de Chile no haya tenido "jamás" un censo? Lo podemos suponer de algunas islas de la Polinesia o de algunos territorios poco accesibles del Africa; pero de un país ubicado en el continente americano del sur, es ra-

dicalmente imposible. A los lectores de aquel periódico, sin embargo, por obra de la letra impresa, se les quedará grabada en la memoria la imagen de un país donde "jamás" hubo un censo nacional, y podrán, con plenos motivos, afirmar que semejante nación es un lunar en el mundo.

Los tópicos despectivos son, a veces, más mordaces cuando se habla de países que han emergido del seno de la Hispanidad. Todo lo que proviene de España les es sospechoso de antemano. Afirman que la crueldad, el fanatismo, la intolerancia, que se dieron por igual en otras naciones y en otras centurias, han quedado como remanentes en los países hispanoamericanos, precisamente por ser vástagos de España. Las campañas contra España y sus hombres, que se han sucedido en la prensa norteamericana, son ejemplares por su virulencia. Algunos podrían creer que fueron animadas por odio a Franco y porque los republicanos perdieron la partida. Pero el hecho es que se vienen sucediendo desde que hay prensa en los Estados Unidos, es decir, dos siglos antes de que Franco naciera. No es, en fin, a Franco a quien atacan, sino a España. Los pueblos americanos surgidos de la Hispanidad reciben las salpicaduras de este odio.

Para el periodista norteamericano típico, las naciones hispanoamericanas son pequeñas, bulliciosas, sucias, desordenadas; están habitadas por un pequeño número de ricos insolentes y por masas depauperadas y analfabetas; la distribución de la tierra es inicua; la Iglesia ejerce absoluto control en las conciencias; el sufragio es una farsa, los funcionarios son ineptos, cuando no, además, venales... Bueno, no sigamos. No habría espacio para hacer un epítome de las increíbles especies que circulan en los diarios de los Estados Unidos cuando se trata de presentar a una de las naciones hispanoamericanas. Lo divertido es que éstas siguen las huellas de la política de Washington, a pesar de lo mucho que en esos periódicos se hace, por pura in-

consciencia, para alejarlas de esa huella y para echarlas a buscar otras.

Se dirá que la prensa es libre en Estados Unidos, libre para el bien como para el mal. Todo es relativo. Las naciones americanas tienen embajadores en Washington, los cuales logran acceso al Jefe del Estado. Este, de otra parte, celebra reuniones públicas con la prensa, en la Casa Blanca, una vez a la semana, salvo que circunstancias imperiosas se lo prohíban. No es en nada imposible que el Presidente de los Estados Unidos, en una de esas reuniones, diga que ha sido informado de que el criterio con que se aborda periodísticamente el tema de las relaciones entre ese país y los hispanoamericanos ha producido y sigue produciendo resentimiento en éstos. No es imposible que agregue cuánto interesa a Estados Unidos no herir a quienes pueden ser sus aliados; no es exagerado suponer que, empleando el lenguaje aquí usual, se diga que es mejor negocio ser deferente y culto que grosero. En suma, la prensa de los Estados Unidos no dejará en un ápice de ser libre porque un alto dignatario del país, le llame la atención, discretamente, a sus insoportables demasías, a sus injurias y a sus crueles y atroces calumnias.

Lo único que se puede afirmar, como corolario de estas observaciones, es que la prensa de los Estados Unidos no está ganando simpatías para la causa internacional del país donde se produce. Dada la diferencia de idiomas, esto no lo sabrá nunca el periodista norteamericano; pero, aunque así sea, alguna vez habrá que decírselo.

CEREMONIA ACADÉMICA

EL VIERNES 23 de marzo de 1962 el Presidente de los Estados Unidos llegaba, a las once de la mañana, al aeródromo de la armada establecido en Oakland y emprendía el camino en automóvil hasta Berkeley. Había atravesado el país con el objeto de adherirse a la ceremonia anual de la Universidad de California, que esta vez celebraba el 94.º aniversario de su fundación, y después de recibir allí el grado de doctor *honoris causa* iba a pronunciar un breve discurso.

En los días anteriores el tiempo estuvo desapacible: llovió duramente varias veces y algunas rachas de viento impetuoso remecieron los árboles. Pero esta mañana del viernes se mostraba ejemplarmente hermosa. Sol desde temprano, que duró el día entero, y en el cielo algunas nubes muy remotas, que no amenazaban con agua y que, en cambio, refrescaron más de una vez el ambiente moderando el peso de los rayos solares. Por el cielo, entre las nubes, volaban, más alto aún, aviones que dejaban estelas de humo para marcar su paso. Del zumbido de sus motores no alcanzaba a tierra ni el más ligero murmullo.

La ceremonia debía desarrollarse en el estadio de la Universidad, que puede contener ochenta mil espectadores. A éstos deben unirse otros cinco mil, entre profesores e invitados, que ocupaban asientos dispuestos en el campo

deportivo mismo. En el centro, una plataforma no demasiado elevada esperaba a los huéspedes más ilustres, es decir, Kennedy; el Ministro de Defensa Nacional, Robert S. Macnamara; el gobernador Brown; el presidente de la Universidad, Mr. Clark Kerr, y representantes de colegios y universidades de diversos puntos del país. Plataformas más elevadas suspendían a bastante altura los altoparlantes para difundir las voces de los oradores. Las banderas de los Estados Unidos flameaban al viento.

Ya a las doce del día, los asientos del estadio se veían totalmente ocupados. Una masa compuesta de estudiantes, funcionarios administrativos de la Universidad, padres de familia y simples curiosos, iba deslizándose por entre los asientos para buscar el hueco todavía libre. Contrariamente a lo usual en campos deportivos, no se veían insignias de grupos ni trajes llamativos y ningún vendedor de comestibles ofrecía nada. Era una ceremonia, no un campeonato, y el público estaba sin duda impresionado íntimamente con el espectáculo que ya comenzaba a desplegarse a sus ojos.

La primera entrada fue la de los catedráticos, vestidos de togas y con birretes. Sobre el negro de las togas descollaban, opulentos, los colores contrastantes que distinguen a los doctores y los que caracterizan a algunas universidades: rojo, amarillo, azul en varios matices, esmeralda, marrón. Doctores graduados en universidades extranjeras llamaban más la atención todavía, con hopalandas rojas, birretes plegados y adornos superpuestos de terciopelo, piel, raso, felpa. Entraron, pues, en lenta procesión, y tomaron asiento en las sillas colocadas en la pista.

La segunda entrada fue la de los representantes de otras universidades, más algunas autoridades del Estado de California. La tercera estaba compuesta por grupos de garri-dos muchachos, con uniformes, del ejército, de la marina y

de la fuerza aérea, pero sin armas, que abrieron calle, en contacto de codos, mientras pasara el Presidente Kennedy.

Finalmente apareció Kennedy escoltado por Kerr, seguido de Edward W. Strong, que en la misma ceremonia iba a ser investido Canciller del *campus* de Berkeley, y de otros altos funcionarios, entre los cuales iban todos los profesores de la Universidad de California que han recibido, por diversas especialidades, el Premio Nobel. Y a propósito: Kennedy en su discurso señaló la circunstancia de que esta Universidad es la que tiene el más alto número en el mundo. Entre ellos aparece Glenn T. Seaborg, profesor de química, hoy a cargo del laboratorio atómico que funciona dentro de la propia Universidad, si bien depende del Estado federal.

El ambiente era recogido y serio, y sólo nutridos aplausos señalaban, de vez en cuando, las emociones de aquellas ochenta y cinco mil personas cobijadas a la sombra de las banderas de la Universidad de California, azul y oro. Pero cuando llegó el turno de que hablara el Presidente de los Estados Unidos, cambiaron algo las cosas. Desde luego, se presentó con la toga pero sin el birrete, y en su rostro, tostado, brillaba siempre una sonrisa que le escondía los ojos entre los párpados. En su discurso también innovó. Tuvo notas de humor, como cuando, refiriéndose a su mujer, Jacqueline, dijo que estaba lejos de los Estados Unidos, haciendo un "largo viaje en elefante".

El discurso en sí fue el de un estadista, es decir, de un hombre a quien gravísimas responsabilidades sobresaltan, que se siente capaz de aceptarlas y de cumplir todas sus implicaciones, pero que habla de ellas, las reconoce y las confía a sus oyentes, en el entendimiento de que éstos, por solidaridad nacional, acudirán a ayudarlo. Se refirió a los peligros de la paz, elogió la democracia, y señaló, con mayor audacia, que el sistema político que preconizaba la

Unión Soviética está trizado, como prueba de que es imposible aplicarlo al mundo. Esta última especie corre mucho estos días en los Estados Unidos, donde se habla ya de verdaderas fricciones entre los soviéticos de Moscú y los comunistas de Peiping, y el que la haya acogido el Presidente en su discurso contribuirá a darle ambiente en la opinión pública.

La ceremonia terminó con este discurso, después del cual un sacerdote metodista pronunció las palabras de bendición. Se cantó asimismo el himno de la Universidad de California.

El himno no fue compuesto ahora, ni para esta ceremonia, pero adquiría una especie de entonación premonitoria cuando ochenta y cinco mil personas, a cabeza descubierta, lo cantaban en aquel recinto. En los peligros de la guerra, como en los azares de la vida, no queda a los hombres otro refugio que Dios, quien si no siempre salva los tesoros terrenales a que el hombre se apega, concede a menudo la gracia de la fe que necesitan no pocos seres humanos para calmar su angustia. Y así, bajo el peso de aquellas emociones contenidas, todos emprendieron, lentamente, el viaje de descenso por las laderas de la empinada colina, donde quedaba el estadio con su vacía oquedad.

RENTAS DE UN MILLON DE DOLARES

DESPUÉS de dos años de leer cotidianamente la prensa de los Estados Unidos, me pregunto si se ha registrado en ella algún mejoramiento en el trato despectivo que se brinda a los asuntos de los países iberoamericanos. Y no: ningún mejoramiento se percibe. Alguien diseminó, en años anteriores, gruesos errores sobre las naciones del Sur, y estos errores, abonados con el paso del tiempo y jamás desmentidos desde los sitios interesados, han seguido prosperando y llevan hoy al periodista a los más divertidos trances.

Uno de esos errores, o prejuicios, consiste en dar el nombre peyorativo de oligarquía a los gobiernos de los países iberoamericanos. ¿Por qué oligarquías? ¿Hay algún gobierno en el mundo que no lo sea? ¿Se concibe el gobierno informe, simultáneamente ejercido por los siete millones de chilenos, por los doscientos millones de rusos, por los seiscientos millones de chinos? Si todo gobierno, por el mero hecho de serlo, es una oligarquía, ¿qué significa esto de señalar con ese nombre solamente a los gobiernos establecidos al sur del Río Grande?

Significa una sola cosa: que en el entender del ciudadano medio de los Estados Unidos, estos países no son serios, no se les puede tomar en serio, no merecen ser estudiados, y deben ser tratados más o menos en la forma que

se trata a los niños sin discernimiento: engatusándolos con un dulce mientras se portan bien, regañándolos cuando sacan los pies del plato.

Yo no tengo espacio para contar las muchas demasías que he visto prodigadas en la prensa de Estados Unidos a propósito de las naciones subdesarrolladas del Sur, cuya trágica, insondable miseria debería por lo menos provocar la misma piedad que produce una epidemia o una catástrofe natural en la cual mueren los hombres sin haber hecho nada para merecerlo.

Le da prominencia el hecho de que ha sido publicada por *The New York Times*, diario antiguo y serio, y de que lleva una firma responsable, la de Edward C. Burks. El autor, escribiendo desde Santiago y con fecha 27 de abril, comenta varios hechos políticos de Chile, y se las arregla a pocas líneas de comenzado su artículo para hablar de "*the traditional land-owning classes, the oligarchy*". ¿Qué le habrán hecho estas clases al autor para merecer ese tratamiento? Seguramente nada. Lo que pasa es que oyó hablar en su patria de que en los países del Sur hay oligarquías, y que estas oligarquías se caracterizan por estar compuestas de terratenientes, y en consecuencia creyó conveniente repetir aquella majadería también sobre Chile.

Otro de los tópicos que se prodigan en los Estados Unidos es el de que en los países del Sur no se pagan tributos adecuados, de donde se desprende, *grosso modo*, que el Estado se ve privado de recibir el dinero que podría emplear en planes de progreso y en obras de mejoramiento. La verdad es absolutamente lo contrario. La verdad es que el peso tributario de Chile, para citar uno entre otros países, es comparable al de Estados Unidos en algunas cosas, y es muy superior en otras. He citado el caso de los recibos, facturas y demás instrumentos comerciales, que en Estados

Unidos no pagan impuesto alguno, mientras en Chile están gravados con timbres fiscales, y no tienen curso legal si no llevan el timbre, siendo además fraudulento y doloso otorgarlos así.

Pues bien, Edward C. Burks no hace excepción a la ignorancia general que en Estados Unidos domina sobre el régimen tributario de Chile, y creyéndolo muy liviano y nada oneroso, escribe: "*The tax bill is designed to reduce some of the gross inequities of a system under which the wealthy have paid relatively little*". Excuse el lector la licencia que me he tomado: he copiado esas palabras en inglés, siguiendo a la letra el original, para que no se me acuse de infidelidad en la traducción.

El señor Burks agrega a la ignorancia general aquí, un detalle propio. Ignora que el régimen tributario de Chile es progresivo, carácter que también tiene en los Estados Unidos, e ignora por lo tanto que el extremo que él señala (que los ricos paguen "relativamente" poco) es en todo imposible. En un régimen tributario progresivo, siempre los ricos pagarán más que los pobres, porque para eso ha sido lucubrado, para eso se le dispuso, por eso se le emplea y conserva. Cuando el régimen tributario no es progresivo, podría darse el caso de que los ricos pagaran relativamente menos que los pobres, pero si lo es, el resultado es absolutamente imposible.

Otra cosa es que se postule como conveniente que las más altas rentas paguen todavía más de lo que pagan, para lo cual entonces, dentro siempre del sistema de tributación progresiva, hay que introducir reformas en las tasas y en los porcentajes. En los Estados Unidos las tasas son muy altas en las rentas elevadas, pero también existe un sistema que en Chile no se conoce y que seguramente no podrá introducirse. El sistema está basado en el concepto de "renta congrua", y tiene por objeto permitir la exención

tributaria en los casos de los gastos de representación en que debe incurrir el individuo de elevada situación. Se pueden descontar gastos de viaje, desde la bencina del automóvil hasta la cuenta del hotel; se descuentan los agasajos a los amigos, desde la mesa en el restaurante hasta los gastos que ocasione una partida de caza.

¿Se imagina el lector el griterío que se organizaría en Chile si se pretendiera hacer una cosa semejante? Se diría que la ley estaba siendo acomodada para permitir las fantasías de los ricos, y en nombre de la austeridad se impediría aplicar un régimen que parece calculado para evitar la excesiva agresión tributaria en sus fórmulas primitivas.

Decimos esto porque, según publicaciones recientes, se sabe que el presidente de la General Motors gana, por año, una remuneración acumulada de cerca de novecientos mil dólares. Hemos dicho, en ocasión anterior, que el Presidente Kennedy gana seiscientos mil por año, entre lo que le proporciona el sueldo de su cargo y las rentas personales de su fortuna. La estadística de 1960, que es la última publicada, señala que hubo ese año trescientas seis personas cuyas rentas anuales subieron de un millón de dólares, y permite ello apreciar el trecho recorrido desde 1932, en que los hombres de rentas superiores al millón eran sólo veinte.

Me permito decir quién puede en Chile jactarse de ser rico junto a esas cifras que mueven a vértigo. Pueden convertirse esos dólares al precio de cambio que se quiera, y siempre serán cifras apreciables. Teóricamente, el individuo que gana un millón de dólares por año debe pagar setenta por ciento de esa suma como tributo, y aun algo más. Pero eso es sólo en la teoría. En la práctica viene a actuar el que llamé concepto de la "renta congrua", y la erosión tributaria se amengua no poco. Si un rico puede presentar como exenciones las partidas de placer en que

comparte mesa con sus amigos, y los viajes y el costo de mantenimiento de automóviles, lanchas de motor, aviones y yates, bien podría resultar pagando una cuota bastante reducida.

Estas evidencias, que están en los labios de todos, no alcanzan, sin embargo, expresión escrita, ni se divulgan. De allí que en los Estados Unidos se siga repitiendo, con toda ingenuidad, que en los países subdesarrollados del Sur el régimen tributario es muy liviano, y que debe ser elevado; y que, como vemos en el caso del señor Burks, corresponsal de *The New York Times*, se ignore que el régimen tributario de Chile es progresivo y grava, por lo tanto, más pesadamente la renta mientras ésta sea más alta.

No creo que convenga a las buenas relaciones de Estados Unidos con las otras naciones del hemisferio el desplazarse indefinidamente en medio de prejuicios y de leyendas erróneas.

LO QUE VA DE 1862 A 1962

MUCHAS veces, desde que vivo en Estados Unidos, me he preguntado a qué se debe el profundo espacio que media entre los dos extremos de América, es decir, entre el hombre norteamericano y el hombre centro y sudamericano, espacio o distancia que no parece haber disminuido en los últimos años, sino, acaño, aumentado. Juzgadas las cosas desde cierto punto de vista, no cabe duda de que la distancia es mayor hoy que ayer, puesto que hace unos pocos años Cuba estaba dentro del sistema hemisférico, y hoy está fuera de él y en abierta pugna con todo lo que él significa. Esta sola pérdida, la de Cuba, implica, pues, que la desinteligencia entre los dos extremos de América no lleva camino de resolverse o aminorarse.

Vuelvo a la pregunta inicial: ¿por qué, si se necesitan, no saben vivir en compañía? Habría que explorar innumerables hechos y ahondar en docenas de problemas psicológicos y sociales para avanzar un tanto en la dilucidación de tan grave situación. ¿Quién lo hará? Si los norteamericanos influyentes aceptaran que esta distancia entre los dos extremos de América no conviene a ninguno de los dos ni, tampoco, al mundo, quién sabe si conseguirían que una de esas portentosas fundaciones que hay aquí, con dinero de sobra, contratara a un equipo de gentes llamadas a estudiar el asunto. Pero lo que no aceptarían es que

no son los propios norteamericanos los llamados a informar sobre él. Tienen muchos intereses comprometidos, y es de temer que lleven al debate las respuestas ya prontas. De este modo, no hay juego limpio.

Uno de los peligros consiste en que el norteamericano reproche, como hace hasta ahora, a los hispanoamericanos su manera de vivir. Los redactores del programa de la Alianza para el Progreso, por ejemplo, indican en forma clara este aspecto de la psicología del poblador de Estados Unidos. Cree que es su forma de vida la mejor posible, creencia que es perfectamente razonable, desde que cada grupo humano ha pretendido siempre lo mismo; y presume que todos deben imitarla, lo que ya no es igualmente equitativo, y se irrita cuando ve que no se acude pronto a copiarla al pie de la letra, lo que es, sin duda, una gruesa iniquidad, por no darle un nombre más justo, pero que podría ser malsonante.

Al norteamericano típico le irrita mucho la tenencia de la tierra que es característica en los pueblos hispanoamericanos, sin advertir que no es sólo en ellos donde existe, sin sospechar siquiera que también en su país, es decir, en Estados Unidos, hay grandes, enormes latifundios, como los hay en Canadá y en Australia. Ignora que esa organización latifundista es propia del Nuevo Mundo, herencia directa de su organización histórica, y que se da con idénticos caracteres y rasgos en todos los países de ese ámbito geográfico y no sólo en los de lengua española y portuguesa.

En vista de la irritación que le causa saber que en el Perú, por ejemplo, hay algunos propietarios territoriales de apreciables haciendas, prescinde de estudiar si no los hay también en los Estados Unidos. Si el poseer tierra es causa de desazón, no se ve por qué hayamos de sentirla en presencia de un grupo de esos terratenientes y no de otros.

Si a mí me pareciera mal la existencia de acaudalados propietarios rurales, me parecería mal en todos los países, cualquiera que fuese su idioma. No creería equitativo manifestar inquietud o malestar sólo frente a unos, pues eso equivaldría a medir a los hombres no con una vara fija, recta e invariable, sino con una cinta elástica de longitud caprichosa...

El norteamericano típico, agobiado por el peso de tributos bastante fuertes, se siente irritado al saber que en algunas naciones hispanoamericanas el gravamen tributario es relativamente menor, y prorrumpe en denuestos contra las clases dirigentes de esos países, que, a su juicio, toleran en forma cómplice la evasión tributaria y otros espantables delitos.

Pero ese mismo sujeto que grita y chilla, ignora una cosa que es elemental. Chile, por ejemplo, ¿en qué situación se encuentra, desde el punto de vista del desarrollo de su economía, frente a los Estados Unidos? ¿Podría alguien atreverse a decir que el reloj de la historia económica muestra para las dos naciones una misma hora? Quien así lo dijera sería un insensato. Chile está atrasado con relación a Estados Unidos, lo que significa decir que la economía chilena es, más o menos, como la del país del Norte de hace cien años. Los tributos equitativos o justos en Chile deben ser los de Estados Unidos de 1862, no los de 1962. Dicho de otro modo: la economía chilena necesita, para prosperar, que se alivien los tributos que actualmente la agobian. La Alianza para el Progreso, en cambio, siente en forma distinta, y con mucho disimulo, con un lenguaje académico muy almibarado, cada vez que se le presenta la ocasión sugiere que no sería nada de malo elevar el gravamen tributario.

En 1862 Estados Unidos necesitaba capitalizarse para poner en trabajo las muchas riquezas de su suelo; no era

potencia de alcance mundial, y hasta imperaba en grupos muy influyentes el convencimiento de que jamás el país debía intervenir en cosa alguna que correspondiera a las necesidades de otro continente. Tal era el alcance de la doctrina Monroe: América para los americanos, y, en consecuencia, los americanos para América, no para Europa o Asia. En 1962 Chile también necesita capitalizarse, no porque las riquezas de su suelo son muchas, sino precisamente porque, siendo muy pocas, exigen un desembolso económico enorme; no es ni pretende ser potencia mundial, y en sus cuerpos dirigentes seguramente prevalece un saludable escepticismo acerca de que alguna vez llegue a serlo...

Otro aspecto en el cual el norteamericano típico posee ya prejuicios antiguos, profundamente enquistados en su sensibilidad, es el del trabajo. Como el rendimiento de la labor humana es en este país sumamente elevado, aquí se cree que ello se debe a que el norteamericano trabaja más y mejor, y, en consecuencia, produce irritación ver cómo en otras naciones no se avanza con el mismo ritmo que aquí impera. Esta observación es superficial y acredita un estudio muy incompleto del problema. El trabajo cunde en los Estados Unidos porque tiene máquinas en su servicio, y si las máquinas no existieran, la lentitud de su rendimiento sería exactamente la misma que se observa en naciones no mecanizadas. Se dirá que ésta es una observación de Pero Grullo; puede serlo, pero bastantes noticias tenemos del juicio que se hace del rendimiento del trabajo fuera de los Estados Unidos para que podamos repetir lo que ya decíamos. El norteamericano típico cree que él trabaja más y mejor que el hispanoamericano, y, por tanto, no estima que éste viva en el subdesarrollo por motivos económicos, sino por motivos psicológicos. Supone, en fin, que no hay tal subdesarrollo, sino pereza, falta

de métodos, falta de organización, falta de disciplina, etc.

Pongamos algunos ejemplos. En una hora de labor el obrero norteamericano produce X toneladas de carbón; en el mismo tiempo, el hispanoamericano produce X menos 4, menos 5, menos 6, etc. ¿Por qué? Porque las máquinas suplen una cuota adicional de fuerza, que el brazo del hombre no podría producir en el mismo tiempo. Estos cálculos de contabilidad del esfuerzo humano son, naturalmente, muy viejos, porque hace mucho tiempo que las máquinas están al servicio del hombre; pero hay que revisarlos con frecuencia, porque nuevas adquisiciones se logran, con las cuales el rendimiento del trabajo tiende siempre a mejorar.

El campo chileno está poblado de mucha gente que trabaja poco, y, en consecuencia, el rendimiento económico de la explotación agrícola queda gravado con el gasto que ocasiona la alimentación de esa gente. ¿Cuál es el remedio? Mecanizar las tareas agrícolas, primero, y mejorar en seguida en forma científica los sistemas de cultivo. Así por lo menos se ha hecho en los Estados Unidos. ¿Puede hacerlo Chile? Sí, naturalmente, y lo está haciendo, pero con lentitud que el norteamericano no entiende ni menos justifica. Chile no produce los instrumentos de la mecanización agrícola, y en consecuencia debe importarlos de donde se produzcan. Chile tampoco posee los demás instrumentos técnicos del mejoramiento de los cultivos, desde los laboratorios y estaciones experimentales hasta las semillas y los desinfectantes.

El agricultor norteamericano se jacta de que él solo siembra y cosecha tales y cuales miles de hectáreas, y cree que su colega hispanoamericano es un holgazán, porque no logra el mismo resultado. Habría que hacerle una sola pregunta: ¿Está usted seguro de hallarse solo?

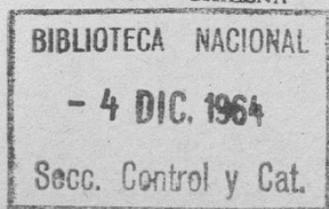
Los instrumentos mecánicos de que ese hombre dispone

equivalen a la fuerza de varios centenares de brazos, con una diferencia sustancial: que estos brazos se cansan, trabajan a diferentes ritmos y suelen, en fin, desertar en mitad de la labor. El instrumento mecánico trabaja con un mismo ritmo por el número de horas que el agricultor necesita, sin falla ni alteración algunas.

Estas menudencias forman, en conjunto, una montaña. Desde los Estados Unidos se cree que las naciones subdesarrolladas poseen en su seno fuerzas propias con las cuales podrían levantarse de nivel, y claro está que así es; pero esas fuerzas no podrían en modo alguno conseguir ningún resultado apreciable antes de cien o doscientos años, tiempo que es naturalmente demasiado amplio para la impaciencia del hombre del siglo XX. Creen, además, los norteamericanos que su sistema de vida es el mejor posible y que se le debe imitar cuanto antes. Y aquí sí que se equivocan de medio a medio. Las imitaciones son malas, y sociológicamente hablando resultan, por lo común, contraproducentes. El régimen de vida imperante en los Estados Unidos, bueno o malo, es el fruto de una evolución propia, local. Los descendientes de daneses nacidos en Estados Unidos no viven ya como sus antepasados de Dinamarca, y esto mismo puede predicarse de los irlandeses, los alemanes, los griegos, los italianos, los letones, los noruegos. El norteamericano típico debe aceptar que cada país tiene su estilo de vida, su ritmo, y que no es sensato pretender que renuncie a ellos para imitar los del vecino.

Pero este asunto de la desinteligencia es inagotable. Basta por hoy; algún día volveremos a él.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



INDICE

Dos palabras	7
<i>San Francisco y su región</i>	
Santos y pecadores	13
¿Calles o serpentinas?	17
La oración es infinita	21
Un adiós para Alcatraz	25
El reposo del lago	29
<i>Parques Nacionales</i>	
Entre los alfiles de Bryce	37
El gigante comprimido	42
Osos de Yellowstone	46
<i>New Orleans de día y de noche</i>	
Luz de gas	55
Música de jazz	60
Cantos nocturnos	65
Rejas y lámparas	70
La savia sube en silencio	74
La ordenada locura del Carnaval	77

Prófugos cubanos

Lágrimas por dentro	85
El gran pillaje	88
Adiós a Cuba	92
Hogares cubanos en Estados Unidos	97

La problemática Alianza para el Progreso

Escepticismo inicial	105
La paja en el ojo ajeno	110
Ricos y pobres	115
Política de Jano	118
Cambios estructurales para la exportación	123
Carrera hacia el socialismo	127

Economía, producción, tributos

Hay un país en que el crédito es bueno... ..	133
Trabajar menos y vivir mejor	137
Hoy no se fía... ..	141
Consolidación económica	147
Filosofía de la miseria	150
Más facilidades bancarias	155
La evasión tributaria también existe en Estados Unidos	159
La mancha del petróleo	163

La estrategia de la guerra futura

¿A qué iban los técnicos soviéticos a Cuba?	171
La guerra en el hemisferio americano	175
¿Error o cálculo de la Unión Soviética?	180
La gran brecha de Cuba	186

Razas enemigas

Gravedad de la crisis racial	195
Conflicto de poderes constitucionales	200
Incompatibilidad somática	205

Notas varias

Seiscientos mil dólares de renta	213
Nomenclatura subjetiva	219
Crueldad del periodista norteamericano	223
Ceremonia académica	227
Rentas de un millón de dólares	231
Lo que va de 1862 a 1962	236

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

VISITACION DE BIBLIOTECAS
E IMPRENTAS
25. NOV. 1964
DEPOSITO LEGAL